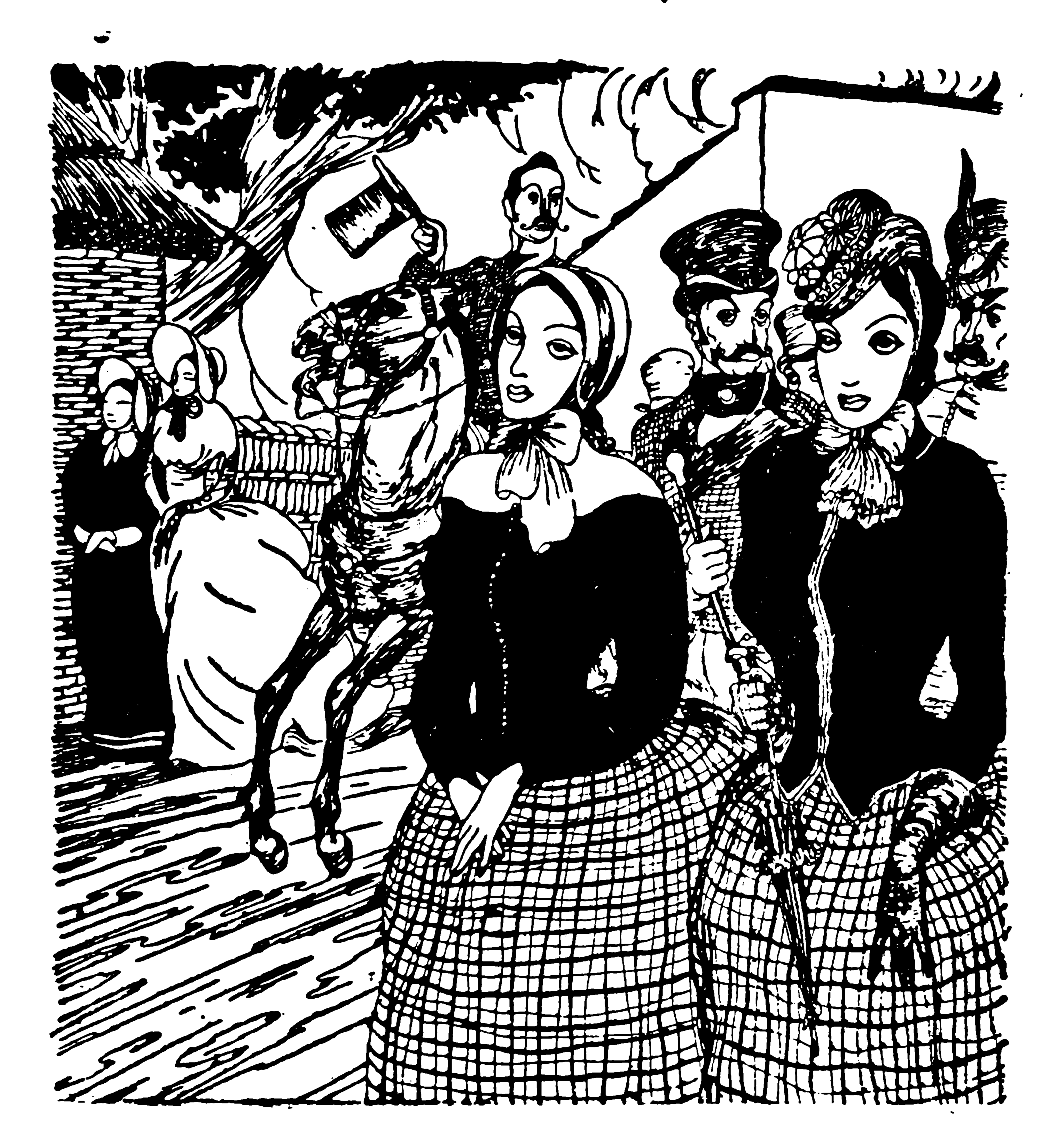
M. Ferdinand Pontac



# Aguafuertes de la Restauración

EDICION 4a.



# Aguafuertes de la Restauración

M. Ferdinand Pontac

# AGUAFUERTES de la RESTAURACION

PORTADA DE SIFREDI

4ª EDICION

*Editorial Albatros*
MONTEVIDEO

*A la memoria de mi hermano* Carlos,
*que es siempre mi conciencia y*
*mi sangre.* — L. B.

# Al lector

*Desde una eternidad de cantos sacros, hasta un infinito de repiques alegres que ahora sólo perciben algunas almas adictas a los severos juegos de la historia, la Capilla de la Mauricia, en mi dulce Villa de la Restauración, llama a misa como en los lejanos tiempos en que grandes señores le agregaban esplendor con su presencia a la "misa de once".*

*Eran los fundadores, los de reclinatorio propio como en un predio del cielo, los de fe inconmovible e inconmovibles creencias políticas, que en ese tiempo formaban guardia de honor en torno a su Jefe en la tierra, y a su augusto patrón en los cielos...*

*Basáñez, Larravide, el cura Ereño, el abuelo Taborda, y ya para la inmortalidad lírica, una hermosa mujer guitarrista y payadora: la señora de Fariña, que supo darle tan cumplida felicidad al hombre y caballero que la eligió para esposa y compañera.*

*Llueve, y en este atardecer otoñal, dulcemente lleno de nieblas, mis fantasmas me rodean agradecidos a esta supervivencia que les está dando la evocación amorosa de quien es el servidor más apasionado de la historia de su pueblo.*

*Llueve...*

*Estoy corrigiendo las pruebas de imprenta de la cuarta edición de mi libro más humilde y querido.*

*¡Cuánto ha cambiado mi viejo pueblo, que tenía su Calle Real, sus antiguas casas de azotea, las empinadas damas de miriñaque, tan cubiertas de ricas telas, como descubiertas de piel dorada son las damas de hoy, descendientes*

*gloriosas de aquellas que acompañaron austeramente a sus hombres en los nueve años del Sitio de Montevideo. . .!*

*Amo este libro como todo artista ama su obra, por modesta que sea. Lo amo sin vanidad, sin ambición, consciente de su pobreza y consciente también de su latido eterno.*

*No lo hice como el orífice que pule y bruñe la alianza de su compromiso amoroso, y trata de grabar en ella lo más rico que guarda en su corazón: las iniciales de su nombre amado.*

*Es que yo solamente entrego a mi pueblo su romance, y la eternidad de los hombres que sobre sus piedras y sus lodos, construyeron las primeras casas y erigieron su primera iglesia, documento de su fe.*

*Es que en las "Aguafuertes de la Restauración" yo soy su primer albañil, su inicial cronista. . .*

*Es que en este libro está, intacta, mi alma de muchacho que llegó un día al barrio desde el campo lejano, y en él supo ser feliz con su compañera y los cinco hijos que le deparó el destino.*

M. FERDINAND PONTAC

# LA CALLE REAL

## Faroles y Candilejas

Las noches de invierno de mi lejana Villa de la Restauración, oscura y desamparada, debieron tener ese extraño sabor arcaico que todavía conservan algunos pequeños pueblos del interior, a pesar del triunfo definitivo de la electricidad.

Son de una rara emoción melancólica las evocaciones de aquellos tiempos. La grasa de potro nutría las candilejas del alumbrado público y privado, salvo en las casas patricias, en las que se gastaba el lujo de velas en candeleros de bronce y candelabros de caireles.

Pero lo general, empezando por los comercios, era ese farol de hierro, con el casco vaciado, de la misma bestia que ofrecía su grasa para el negro pabilo humeante. Los potros salvajes debieron ser amigos de los vientos, pero no de la luz. Amarían la velocidad de la carrera, y quizás tuvieran el terror de la llama. Y así la daban, en la grasa de sus ijares, infecta, mínima, tarda. En todas las paredes y en todos los techos, su consumición dejaba la huella de caprichosos dibujos, en los que, cualquiera que los contemplase, podría encontrar los contornos de su ambición o de su ensueño. Tal vez mi Villa de La Unión aprendió a soñar con ellas. Hablando con el general Visillac, ahora ya en la paz de la madre tierra, mis viajes al pasado tenían una intensa gracia de poesía. El viejo admirable me prestaba los ojos memoriosos que contemplaron el pueblo naciente, y mi afición insaciable veía por ellos, lo que bien deseara para las noches de mi realidad actual. Por las calles barrosas, el rengo Pushina, bayano de Ba-

hía o de Bagé, iba todas las tardecitas de cuadra a cuadra, al trote largo con su escalera al hombro, y el tarro de grasa, a nutrir la menguada luz de cada esquina. Era, en el verano, todo farol iluminado, la atracción de los insectos nocturnos, ciegos, locos y pálidos. Y en las noches de tormenta esa menguada claridad hacía de cada sesgado fleco de lluvia un hilo de plata, verdadero lujo del cielo. Si el farol coincidía, lo que no era difícil, con alguna esquina ochavada sobre la que se abría una ventana de caladas rejas, la imagen de Santa Rosa, patrona de América y señora de los temporales de antaño, con buen marco de ébano y adornada con los laureles de Pascua, se convertía en protectora de la devota familia, de la cual debía desviar el rayo y la centella, el grueso granizo destructor, y el soplo de los huracanes, apadrinados por el duro Pampero. A la luz discreta de aquellos faroles primitivos, más de una vez una dulce pareja olvidó la pequeñez pueblerina, para sentir el soplo del romanticismo inmortal.

A los cien años del nacimiento de nuestro pueblo, un médico recoge la emoción que sobre la población naciente dejó caer un día lejanísimo alguna alma sensible, en estas mismas calles de casas bajas y rejas florecidas. Calles de singular encanto, permiten asomar por sobre los cercos de guaco, de madreselva y borla de oro, la enorme redondez de la luna, gualda moneda con que contribuye el cielo a la belleza rústica de los pueblos pequeños. El conserva esa emoción en los ojos. Y la renueva. Nos explica ella su ansia andariega y su negativa, cuando se le solicita por la noche, para atender enfermos que no viven demasiado lejos, a que le traigan coche, que lo privaría de la caminata y del ensueño, junto a los fantasmas a los que no deja nunca alejar del todo.

## El Genesis

El origen de la Restauración es el más curioso de todos los pueblos del país, sin excepción alguna. Se edifica sobre el antiguo caserío del Cardal, pero se edifica de un golpe. Ese Cardal que cabalga sobre una cuchilla es un punto inter-

medio entre el Cerrito y el Buceo. Se explica que en él hayan afincado las familias de los soldados sitiadores y un alto comercio. Si Oribe hubiera atacado Montevideo por sorpresa, ese 16 de febrero de 1843, en que, vacilando inexplicablemente, inició el asedio, la Restauración no hubiera nacido. Por muchos años habría sido el Cardal, vegetando en medio de sus estanzuelas, sus pulperías y sus ranchos. Pero Oribe estableció en él su cuartel. La soldadesca no se avino a la soledad, y el cura Ereño bendijo muchas uniones humildes en su capilla de la Mauricia. Las que no bendijo formaron legión, y las parejas ilegítimas se multiplicaron. Los oficiales y jefes del Cerrito, los altos funcionarios, se casaron también, y el propio Oribe fue padrino en las bodas brillantes de su capitán ayudante Leandro Gómez, de su Ministro Villademoros, del coronel Maza, y de Soria, su director de Aduanas.

La nueva población bajó del Cerrito al Cardal. Negociantes y particulares levantaron sus ranchos de terrón, con permiso de los dueños de los terrenos, o sin él. Los ranchos se aglomeraron así, sin alineación. A fines del 46 ya formaban un importante núcleo poblado. Ese núcleo tenía comisaría, dirigida por don José Visillac; juzgado de paz, a cargo de don Francisco Farías; oficina de correos, donde se expedían también los sellados del Sitio. El nuevo pueblo creció incesantemente, pero siempre en el mayor desorden de edificación, hasta 1849. Ese año, don José María Reyes, delegado del Presidente legal, reunió al vecindario, pidiéndole consentimiento para abrir calles sobre sus tierras, cortando cercos. Obtenido, levantó en seguida su plano. Se delineó, pues, el pueblo, los propietarios vendieron sus tierras, y los dueños edificaron sus poblaciones sobre terrenos mensurados.

Este movimiento coincidió con la llegada al Cardal de don Vicente Mayol y don Antonio Fontgibell, pasados desde Montevideo en febrero del 49. Son estos hombres los verdaderos arquitectos de la Restauración. Transforman al pueblo en algo más de un año. Hay un espacio libre en el plano. Será la plaza. En pocos meses han de flanquearla, de un lado, el Colegio, del otro, la Iglesia.

Lo interesante de esto, es la sustitución total y rapidí-

sima de un pueblo por otro. La demolición del rancherío que estaba fuera de línea, no fue, sin embargo, cosa de días, ni tan fulminante. Pero desapareció al fin la primitiva aldea de barro, y en su lugar se edificó otra de material, y de azotea.

Esta brusca transformación del pueblo nacido cerca del campamento, está certificada por don Juan Manuel de la Sota, quien ya en 1855, había publicado su segunda edición del "Catecismo geográfico-político-histórico de la R. O. del Uruguay", en la que consigna el hecho.

Lo confirma también una crónica aparecida en "El Siglo" en mayo-junio 1867, bajo la firma de "Progresista", crónica escrita con el mismo estilo y bríos que sabía usar el viejo maestro de la Restauración, don Cayetano Ribas. El también concede a los tres últimos años de la guerra, la edificación brusca del pueblo.

Y así fue, pero con una excepción.

Esa excepción, fue la "Calle Real".

## Primeras Riquezas de la Restauración

Una rara fotografía de nuestro archivo, nos permite asegurar que la Restauración, en su calle principal, de 30 varas de ancho, fue un macizo núcleo de edificación urbana, antes de ese año de 1849, en que de la Sota y Ribas sitúan el verdadero año del nacimiento de la Unión.

Esas dos manzanas de casas, pertenecen a la acera norte de la calle Real, hoy 8 de Octubre, y son las comprendidas entre las hoy calles Larravide e Industria. La casa baja de la esquina de Larravide, que luce un letrero encima de la puerta, era entonces la escuelita de niñas de Ana Rella de Bianqui. En su solar se alza hoy el Banco de la República. La contigua, de altos, balcón de hierro y reja arriba, existe aún, y en ella conocimos hace 38 años la joyería de Martínez. A su lado, una casa sin revocar, y cuatro pilares: la herrería de Letra: se ve la muestra, con un caballo, en un ángulo. Junto a ella, dos casas bajas, una de las cuales dio paso, en 1870, al edificio de altos en que estuvo el Hotel de la Ve-

neciana, edificio que existe aún, y en el cual vivió muchos años el doctor Brusco. En la esquina. la casa de altos de Vergara, que se conserva intacta.

Cruzando la antigua calle Agricultura. hoy Miró, puede verse la casa de altos de Haramburo, y a su lado la de altos también, que se conserva igual, como la anterior, y que es la que ocupó tantos años Monseñor De León. Casi al extremo de la foto. la casa de altos de Andrés Reggio, y en la que, desde 1879. funciona la Escuela de 2º Grado, Nº 20.

Esa fotografía de excepción fue sacada en 1862 por el farmacéutico francés don Alfonso Guillemete, quien la obtuvo desde el almacén del Cerro Largo. Por ella pudimos saber cómo era la Unión del Sitio. Calle de tierra, sin pavimento, muestra las veredas de losa de Pando, protegidas de los ímpetus de los coches por postes de madera dura; faroles con velas de sebo, tres por cuadra. Para agotar la foto, hay qu ver la volanta (no es "la farrista", tan conocida en la Unión de fines de siglo) y el mefistófeles de capa y galera alta," posiblemente el cochero, y que tan a gusto parece haber posado para Guillemète.

Así era la Restauración en sus principales cuadras, sobre la calle Real. Edificación maciza, sin un hueco. A ella se asomaba un importantísimo comercio.

Un dato ilustrativo: antes de la paz de octubre, ya hay cinco boticas en la calle Real. El pueblo tenía entonces seis mil habitantes. La primera que se instaló fue la de don Jorge el inglés, frente al Café de los Federales y del Almacén del Sol. Era don Jorge Cranwell. Lo resucitó una noche para nosotros el general Visillac: alto, lampiño, gordo, bonachón, servicial, pero lunático, y con una invencible debilidad por las faldas. que tenía sus ribetes de ridículo. En aquel tiempo las polleras eran larguísimas, y el viejo libidinoso no se satisfacía con la pesca que le alcanzaba la racha de viento, o el ascenso a un coche de alto estribo, o el gesto de la dama que levanta la falda frente a un charco agresor. Era pedigüeño. Salían las muchachas de la botica y don Jorge las seguía unos pasos "A ver... a ver...", imploraba. Los ojos ávidos caían sobre el tobillo. y las mozas riendo francamente,

se alejaban sin prisa... y sin miedo.

El segundo boticario que llegó al Cardal fue don José María Pérez, que en junio de 1846 se trasladó de la llamada casa Suárez, en el Cerrito, a la calle de la Restauración, para asociarse muy pronto con don José Roubaud, farmacéutico aprobado por el tribunal de medicina. La sociedad instalóse al lado de la sombrerería de don José Bowers, frente "a las casas del Sr. Larravide".

Y luego la Botica Nueva. Y la Botica de la Restauración. Y la Botica del Molino, donde se vendía "la verdadera medicina de M. Le Roy", y que lindaba con el molino nuevo, de Basañez primero, y más tarde de don Lorenzo Cardona.

Los avisos de "El Defensor" nos permiten ubicar ese floreciente comercio de la calle Real, que en 1846 empezó a llamarse de la Restauración, y en 1850 calle del general Artigas.

En ella vivieron durante la guerra grande, ejerciendo honradísima medicina, los doctores José María Azarola, Pedro Capdehourat, José R. de Mattos, Francisco García de Salazar, Pedro Vavasseur, Agustín Robert y Pedro García Diago.

Y en ella se instalaron tímidamente —alquilaban una pieza— los primeros dentistas del pueblo. Don Pedro Bourse, "en casa de don José Bowers"; don Guillermo Tenker, en casa de don Juan José Sierra".

Y descendiendo en la escala científica el *sangrador* Damián Gortari, y un *flebótomo*, el barbero don Jaime Fonlladosa, *sacador* de muelas, *colocador* de sanguijuelas, y "único expendedor de la famosa pomada para el pelo, de grasa de avestruz, león y oso"...

Y luego las *tiendas*, de Magín Artigas, de José Ortega, de Perdomo, —vendía éste, entre una blusa y una pieza de coco, las "poesías de Enrique de Arrascaeta";— de Juan José Segundo, de Huidobro y Salguero—, tienda "La Estrella", que andando el siglo, llegaría a entregarle a Brundi la enseña. Y los *registros*, el de don José Pringles, el de Carranza. Y las *barracas de maderas*, la de don Casimiro Solanet, verdadero banco de la época, según don Ildefonso García Lagos, barraca que ocupaba la manzana del cuartel; la de don Jaime

Illa y Viamont, ex jefe político de Oribe, instalada en la esquina crucial con la de Larravide; la de don José María Aguirre, frente a la de Pijuán, y muy cerca de la capilla.

Tal vez sea monótona para el lector moderno esta enumeración de comercios alineados a lo largo de la calle Real. Seguramente interesará a pocos. Pero no es posible prescindir de ella, en esta resurrección que intentamos de nuestro pueblo.

¿Cómo olvidar la figura de don Pedro H. Olave, o de don Carlos Moratorio, rematando en las tiendas los saldos de estación, o por orden de Antonio Benvenuto, los restos de una barca naufragada en la costa cercana?

¿Cómo desconocer las *platerías* de la Restauración, imán permanente para los militares del Cerrito, fuente de la que extraían el oro y la plata para el apero de sus pingos? Cerca de la "Platería Oriental", otra, sin nombre, y que se singularizaba en los avisos, por estar "al lado de la botica". Más allá, la que ampliaba la órbita de su negocio "repicando hoces a precio moderado, y afilándolas a fondo". Y luego la de don Juan Pol, enorgulleciéndose en los anuncios, de ser "la más antigua platería y joyería del pueblo". Y la de Lametz, especialista en caza, pólvora, munición, fulminante, morrales, y ofreciendo la ventaja insólita de alquilar escopetas "sin garantía". No olvidaremos, no, nada de lo que ayude a imaginarnos el viejo pueblo. Ni sus fondas, aquella del *Caballo blanco*, del francés Vital de Lupy, de "alta cocina y trato marsellés", o la de Santiago, que atraía a la soldadesca con su "mesa redonda", o la que ha llegado hasta nosotros con el nombre simbólico de "la del Tropezón", y que se mantiene aún, frente a la plaza, con su pequeña reja y sus ventanitas en las que manos femeninas renuevan todavía los claveles del aire y los malvones....

* *

El "Café de los Federales" reunía la mejor oficialidad del Cerrito. Jugaban los veteranos sus partidas de truco, mezclándose con las gentes nuevas. Atraía la atención general

una pareja, la de don Juan Antonio Lavalleja, con su patilla al medio, y don Jacinto Trápani, imponente por su estatura y su barba entera, pareja que por boca del último, con razón o sin ella, pasaba por ser temible en los días del Sitio. Los dos concurrían al reñidero contiguo al café y en el que tantas veces salió vencedor el famoso gallo del general Ignacio Oribe, que no peleaba nunca por menos de "20 onzas de oro de parte a parte", y al que siempre aportaba Lavalleja sus simpatías, dada su vinculación con don Ignacio, con quien compartiera tantas horas, inciertas como las del Palmar, o jubilosas como las de Carpintería. Menos distinguido, el "Café de los Defensores de las Leyes", recibía clientela más humilde. Por una jugada dudosa, en su largo salón de la calle Real, el sargento Castillo, del Batallón Libertad, le arrancó una oreja al cabo Margarito Corbo Quincoces, aunque un diario de la época atribuyó la riña a cuestiones sentimentales.

Recordemos también los comercios especializados de la calle principal de la Unión. Don Pedro Recard tenía una "tienda de pieles curtidas"; don Juan Roses una chocolatería; don Federico Nin, en su rancho frente a la azotea de don Cipriano Cedrés una casa de mármoles; Julián Candela, un almacén de tabacos. El más fúnebre de estos negocios, estaba a cargo del guardia nacional Pedro Gorostide, dueño "del depósito de cajones de todos los tamaños para difuntos", y que prometía "tratar con esmero a las personas que tuvieran el placer de ocuparlo". La invitación estaba atenuada por una inesperada última línea: "En la misma casa se componen paraguas"...

*Esta es la calle Real, éste su aspecto*, apretujando *comercios*, y no guardando espacio más que para estas únicas diversiones: los dos cafés mencionados, el reñidero, el cosmorama con vistas de Constantinopla y de Venecia, la cancha de pelota frente a la capilla y el Circo Olímpico.

## El Patriciado

¡Restauración! Florón riquísimo de la joven República... El general Oribe, su fundador, amaba el brillo, el orgullo del

entronque patricio. Descendía de nobles españoles, y quería conservarse como un severo hombre de ley, en la familia, en la sociedad. Él mismo velaba, autocráticamente, por el pueblo que fundó, y a su alrededor crecía. Quería tal vez que se le representara como un profeta antiguo, Jefe y Señor. Las familias, unidas por cercanos parentescos, no usaban transgredir la ley. Bien sabían las mujeres, sin códigos escritos, cuáles eran los deberes de entronque y de sangre. Fundaban el patriciado; tenían la altivez del nombre y casi un deber de belleza. Por coquetería innata y por deber de nombre y familia, las muchachas orientales paseaban por la calle Real su hermosura y su donaire, fundando así un nuevo patriciado: el de la belleza, pulido, perfecto, casi soberbio, porque la hermosura, hasta en su deber de herencia, es un privilegio casi divino. Recordemos algunos nombres. Carolina, Juana, Rosa y Valentina Basañez, cuatro flores del fresco ramillete ofrecido por Juana Illa y Viamont a su noble esposo don Tomás Basañez, y que irían casando, para fundar nuevos hogares nobilísimos, con Beherens, con Verde, con Pochet, y con Butler. Aurora y Elvira Visillac. Fátima Díaz que fue de Acevedo. Dolores Oribe, que casó con Maza. Faustina Lenguas, que sería la compañera de Leandro Gómez, el héroe que habría de encontrar en Paysandú su tumba y su inmortalidad. Carolina Lasala, luego esposa de Soria. Elisa Maturana, pálida novia de romance, prometida purísima de Juan Carlos Gómez, esposa por imposición paterna, del Ministro Villademoros. Son nombres privilegiados, con el privilegio alto de la belleza.

La luna, eterna, supo de aquellos rostros perfectos y puros. Aun hoy, ya dormido el pueblo que las vio florecer, pueden por una evocación admirativa, bien guardada, volver a cruzar la calle Real, en una fiesta de hermosura trasmitida a hijas y nietas, a muchas descendientes de tanto señorío aún, como los que alientan todavía con la sangre de Joaquina Vázquez, rama noble y añosa, que llevó un nombre respetado y querido, el de don Eduardo Acevedo, y que hoy lleva su hijo, que es, en todo el país, como un seguro de nobleza y talento, de rectitud y de justicia. Galardón que puede ofrecerse poco.

Un título: gran Señor, lujo de su pueblo. Guarde el noble espíritu de don Eduardo Acevedo este recuerdo tierno: su madre fue en el Paso de las Duranas y en nuestra Restauración del Sitio, una rosa morena, patricia alta y hermosa como ninguna.

Me place contemplar en la imaginación el antiguo desfile, el paseo dominguero por la calle Real, costumbre trasmitida desde Montevideo a todos los pueblos del país. En grupos alegres, aunque con esa contención de tan buen tono, que vela la voz y apenas esboza el ademán, las muchachas de la época, con sus trajes de pekín y moaré, amplios y susurrantes, lucían su resplandeciente belleza, trasmitida luego de generación en generación, como una corona real que no puede perderse. Pasado ese día consagrado al paseo, y a esa especie de tertulia que se formaba en una esquina, o frente a la vidriera de un comercio, que por esa sola elección casual se ponía en seguida de moda, venía el encierro por el resto de la semana.

Y quedaron así en muchas familias, fruto de esa prisión renovada, de ocho días, encajes y bordados primorosos, que las nietas de hoy desdoblan de entre amarillentos papeles de seda, para decir, como quien muestra el cuño de su escudo:

—"Los hizo Abuela, cuando la Restauración..."

Son tiempos viejos. Tiempos de la patria... Ya no se formulan promesas como aquella hecha para salvar la vida de la niña a la que alargaba el tifus su garra, y con cuyas trenzas renegridas, bordó una madre del Cardal, la imagen de la Inmaculada. Sacrificio inaudito entonces, que hoy no se comprendería, pues hasta las abuelas cortan sus trenzas de plata y ondulan su melena. Ahora nadie haría esa promesa. Ni trenzas, ni bordados, ni noviazgos románticos, están de moda. Tampoco lo está la fe. Si el general Oribe se diera la mano con Lázaro, sobre la losa de mármol, consideraría indigno el pueblo que fundó, soñando tal vez, con que era suficiente su padrinazgo, para que esa fundación tuviera su cuño arcaico, del que el pueblo, que tuvo su calle Real, y ya no la tiene, no pudiera desprenderse nunca...

## UN CURA FEDERAL

Se acerca al siglo y medio la Iglesia del Cordón. Es de 1805. "Faltan en este libro —reza una nota bizarra en ortografía— las partidas de bautismos de dos años anteriores, contados desde febrero **1805** hasta febrero 1807, por *haber echo* pedazos los ingleses **en** la entrada que en el otro mes hicieron a esta Plaza de Montevideo". En la "entrada del otro mes", caben el combate del Cristo, y la muerte de Maciel, cuyo cadáver quedó tendido entre los cardales inmensos, y no pudo ser rescatado.

En 1843 la Iglesia del Cordón amenazaba caerse. Era vieja, y no tenía aún cuarenta años. Ocupaba un solar en la esquina S. O. de las hoy calles Tacuarembó y Colonia. Capilla del Carmen la Mayor. Así se la llamaba para no confundirla con otra. En una loma de la Aguada se levantaba desde 1792 la Capilla del Carmen la Menor, de corta vida, ya que el gobierno español de Montevideo mandó demolerla en 1811, iniciado el primer sitio, porque estando bajo el tiro de cañón, significaba un peligro para los feligreses. Se la reedificó más tarde, alcanzando el honor de recibir un día de 1829, la visita de San Martín, testigo de algunas de las sesiones que allí celebró la Asamblea Constituyente.

La ciudad vieja llegaba en 1843 hasta la Ciudadela. La nueva, hasta Ejido. Atravesando la ciudad y coronando la cuchilla, se extendía hacia el Este el Camino Real. A los lados, el caserío del Cordón.

Era cura párroco de su Iglesia, un sacerdote que comenzó firmándose Estrázulas y Falcón, para terminar eliminando el Falcón y adoptando, por agradecimiento, el Lamas, hecho insólito, que no habría de constituir su única metamorfosis. Autorizado para ejercer la medicina homeopática, lo hizo gozando de enorme popularidad, en los últimos años de su vida.

El 7 de febrero de 1843 cerró sus puertas la Iglesia del Cordón. No debía reabrirlas hasta enero de 1847. Los 21 cañonazos del 16 de febrero comenzaban el Sitio. No los esperó Estrázulas, que era blanco, pero no oribista. En un primer momento trasladóse de Montevideo a Maldonado, donde con-

tinuó sus funciones sacerdotales. La Iglesia del Cordón, mientras tanto, era trasladada a la Capilla de Dolores del Reducto.

Pero esa Iglesia tenía, además de su párroco, un teniente cura. Dejó su firma en las últimas partidas de bautismo ese fraile español llegado de Vizcaya. Había nacido allí en 1810. Tenía, pues, la edad del Cristo histórico. Se llamaba Domingo Ereño.

Cerrada su iglesia, se fue al Cardal. Llevaba en uno de los bolsillos de su sotana una llave mágica. Con ella hizo girar los goznes de la Capilla de la Mauricia. La llave era una autorización. La firmaba el Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Vicario Apostólico de Montevideo. I. y R. S. V. de M. Cinco mayúsculas detrás de las cuales aparecía la figura del padre Larrañaga. Que ese era el Vicario que tuvo para Ereño el ligero empujón amistoso, el que debía convertirlo en el primer cura del Cardal.

* *

En la capillita rural no había libros. No disponía tampoco el cura recién llegado, de ornamentos para la celebración de los oficios divinos. Larrañaga ordenó a Estrázulas su entrega inmediata. Con dolor recibió el prelado una rotunda negativa. Esta es la explicación del por qué, hasta 1849, los bautismos, casamientos y entierros, no se anotaron en la Mauricia en libros, sino en "cartapacios borradores".

Se trasladarían esos borradores, algún día, cercano o no, a los libros respectivos. Empezó a cumplir el mandato de Larrañaga el cura Ereño al comenzar la guerra grande. Lo cerró el cura Madruga, en los albores de la de Aparicio.

Hemos hojeado estos días el archivo de la Capilla del Cardal, custodiado hoy en la Iglesia de San Agustín.

Uno de los primeros bautizados por Ereño fue uno de sus sobrinos, hijo de su hermana Carmen y de Pedro Aramburú. Domingo, que habría de dejar recuerdo tan puro en los estrados judiciales del país, nació en el Cardal, en 22 de mayo de 1843.

Seis años oficić don Domingo Ereño en su pequeña capilla del Cardal. En esos seis años transformóse el caserío, por la fuerza de las circunstancias, "en una dependencia del cuartel general del ejército sitiador". Había crecido su población, desarrollado un comercio fuerte, y ganado, a justo título, nueva jerarquía. "Queda erigida en pueblo, con el nombre de la Restauración, la nueva población formada en el Cardal". Primer artículo del decreto del 24 de mayo de 1849. Sobre él, redactado y escrito en el Saladero de Fariña, frente al campo de los olivos, la firma de Oribe y Berro.

* *

El nacimiento de la Restauración ejerció influencia en la vida del cura Ereño. Había oficiado hasta entonces en la capilla de la Mauricia, y de cuando en cuando, en la de los Olivos, construída ésta a un kilómetro de la calle Real, en el camino del Campamento. A las dos iban los soldados de Oribe, católicos y federales. No entró nunca en ellas, con escándalo general, un capitán del batallón Lasala. Había nacido en el Cardal en 1819, y se llamaba Carlos Bonavita. Tenía ideas liberales. Era masón, y le venía de Córcega su anticlericalismo. Su padre, Serafín Bonavita, había conocido en Ajaccio las persecuciones religiosas. Lasala, por otra parte, era tolerante y comprensivo. Su liberalismo fue conocido en el ejército. Muy pronto, alguien que ha seguido de cerca su actuación en el triste episodio de Quinteros, colocará a este hombre honrado, que sufrió la execración después de muerto, en el lugar de reivindicación y de justicia que se merece.

El cura Ereño oficiaba, pues, en las dos capillas. Pero quería *su iglesia*. El Jefe se la dio. La de San Agustín. "Su origen está exclusivamente determinado por la voluntad del general don Manuel Oribe, quien queriendo premiar a un clérigo, don Domingo Heréñú, que en la clase de capellán de los vascos le fue buen servidor durante el asedio de la capital, le autorizó para proporcionarse donaciones y toda clase de recursos, con la sola idea de que levantase una capilla para su patrimonio".

Se trata, creemos, del único ejemplo de iglesia levantada en nuestro país en patrimonio de un sacerdote.

¿Se debió a esa circunstancia la febril actividad desplegada por Ereño en la construcción de la iglesia elevada en honor de doña Agustina Contucci, esposa del jefe sitiador? No lo creemos. Si de algo no podemos dudar, es de la legitimidad de los sentimientos religiosos y partidarios del cura Ereño. Hombre de pasiones fuertes y de singular energía, se nos muestra. "Elocuente en la línea de pedir. lo llama uno de sus comentaristas. Llegó a obtener de un feligrés de la parroquia, una contribución de cuatro mil pesos. "El mismo general Oribe daba mensualmente algo, y aún tenía Ereño la asignación de un tanto por cada piel de animales vacunos y caballares que se embarcaran por el puerto del Buceo". Se explica el optimismo de Ereño. Contaba ya con el terreno, donado por el antiguo vecino don Tomás Basáñez, y sobre el cual pudo ver el templo soñado, en setiembre de 1849, época en que se escrituró la plaza, iglesia y colegio, por cesión de parte, y permuta de tierras por otras, las que pertenecían al "salvaje unitario" Juan Miguel Martínez, antes de su confiscación por el *gobierno* del Cerrito. El cura realizó su obra derrochando dinamismo. Fueron albañiles de la iglesia de San Agustín, muchos soldados de Oribe, Santiago de Anca, botero que siguió de cerca a los 33 cuando su desembarco en la Graseada, Irigoyen, hermano de un rey del Congo y vendido como esclavo a estas tierras del Plata.

En la obra católica, Ereño jugó "el rol de sobrestante, mayordomo, ecónomo, síndico, tesorero, recaudador, pagador, contador". Hombre absorbente en una palabra. No llevaba libros, pero sus apuntes, escritos en largas tiras de papel, alcanzaron fama. Se llegó a dudar, en 1854, ya desterrado del país, de la delicadeza con que habría manejado los dineros de la parroquia.

* *

Se merece unas líneas este episodio.

Para nosotros el destierro de Ereño no lo aplicó Flores,

triunviro, sino bajo la exigencia del padre Reyna. Había muerto en 1852 Monseñor doctor don Lorenzo Fernández, interesante figura, primer rector de la Universidad, presidente de la Asamblea de Notables. Era entonces Vicario Apostólico del Estado. En su enfermedad terminal se preocupó de su sucesión. Dejó nombrado al padre Reyna, por escrito, y con anuencia del Gobierno.

Apenas muerto Fernández, el padre Rivero que había sido Vicario de Oribe, presentó un documento sensacional. Por ese documento se le nombraba a él, provicario. ¡Y ese documento llevaba la firma de Monseñor Lorenzo Fernández!... ¡Y esa firma era auténtica!...

Inmediatamente reclamó Reyna de la autenticidad de ese documento. Llevaba, sí, la firma del Vicario muerto. Pero era doloso su contenido.

Se le habría llenado después a ese papel, que seguramente había firmado en blanco el descuidado Vicario fallecido.

¿Quién llevó a Rivero ese documento? Don Domingo Ereño. No sabemos, no lo sabrá nadie, si el documento en litigio era en realidad falso, y en caso afirmativo, si el cura Ereño intervino realmente en la preparación del engaño. Pero creemos que debe buscarse en este episodio, revelado por primera vez hoy, la razón posible de la fobia con que persiguió Reyna al cura de la Unión, hasta llevar a Flores a alejarlo definitivamente del país. Episodio desconocido, y de cuya autenticidad no puede dudarse. Existe su expediente en el Archivo Nacional. Está caratulado: "Papel del Vicariato Apostólico".

* *

De cualquier manera podría verse en esta lucha una continuación de la recién terminada, de unitarios y federales. Lorenzo Fernández y Reyna eran colorados. Contaron con el apoyo de Flores. Ereño y Rivero, blancos, no tuvieron el de Oribe, en viaje por Europa.

El lector desearía conocer, tal vez, el final de esta batalla

tan poco edificante. Aquí está. El pleito fue a Roma y desde allí la clarividencia de Pío IX zanjó la dificultad con el nombramiento de un tercero. José Benito Lamas. Entró éste, al Vicariato frisando en los 70 años. No debía rebasarlos. Como Vilardebó, supo morir en mártir. El médico, intentando una inútil lucha contra el flagelo amarillo. El sacerdote, preparando a las almas para una probable bienaventuranza.

* *

Se construyó San Agustín bajo la dirección de los catalanes don Vicente Mayol y don Antonio Fontgibell. Su aspecto primitivo es el que nos ofrece un conocido grabado de Berta. Sin torre. Fue inaugurada en medio de fiestas extraordinarias que duraron varios días, en 12 de octubre de 1849. No estuvo Oribe en la inauguración. Hombre enfermo, era frecuente verlo postrado en cama. Padecía ya en esa época una bacilosis intestinal, y hacía uso diario de la leche de burra, a la que se atribuían entonces excelentes cualidades curativas. En octubre del 49 debe haber padecido una crisis fuerte y prolongada. No se explicaría de otra manera su ausencia en el acto solemne de la inauguración de *su* iglesia. Para ese acto delegó a don Bernardo P. Berro, y fue éste quien presidió la ceremonia.

Cuatro batallones del ejército, bajo el mando del coronel Lasala, dieron brillo a los festejos populares. Don Carlos Anaya fue padrino de la iglesia inaugurada. Don Pedro Olave apadrinó las campanas.

En Entre Ríos pasó Ereño los últimos años de su vida. Cura párroco de Concepción del Uruguay (el Salto no lo admitió como párroco de su iglesia, para la que fue nombrado), alternaba su devoción religiosa con la delicada y compleja función de agente político de Urquiza. Fue un verdadero nexo entre el Señor de San José y los blancos que llegaban hasta él conociendo su influencia con el caudillo. Se convirtió así en un personaje de importancia. Lo visitó Blanes cuando se trasladó al litoral para inmortalizar en el lienzo la heroica defensa sanducera.

Hecho inexplicable para nosotros. Todo día de su vida, lo acercaba más y más a Urquiza. A Urquiza, que había derribado a Oribe, arrancándole la paz de octubre.

En 1871 lo atrajo Buenos Aires. Allí murió de "una pequeña enfermedad". manos heladas, rasgos afilados, lividez marmórea. La fiebre amarilla.

* *

Miguel Barreiro tuvo por muchos años, junto a su cama, los huesos de su madre.

Domingo Ereño, vizcaíno de pasiones fuertes y de exaltadas convicciones políticas, guardó en Concepción del Uruguay, desde 1866 hasta su muerte, una urna con restos humanos: los huesos de Leandro Gómez.

Descarnados por Mongrell habían encontrado en el hogar de aquel cura de aldea, un cálido descanso. Y una piedad suprema...

# CUATRO PADRINAZGOS DEL GENERAL ORIBE

## Ereño, Cura y Soldado

De febrero 1843 a setiembre 1849, el teniente cura de la iglesia del Cordón desempeñó sus funciones en la capilla del Cardal. Iniciado el Sitio le escribió a ese cura el padre Larrañaga. desde su silla del Vicariato Apostólico: "Continuará usted en la capilla de doña Mauricia, el ejercicio de las funciones parroquiales". Lo cumplió sin disponer siquiera de los libros correspondientes, habiéndose opuesto a entregarlos el padre Estrázulas. La constancia escrita de los bautismos, casamientos y entierros del lugar, puede verse en los cartapacios borradores que conserva en su archivo la Iglesia de San Agustín.

Encarnada en la recia figura del sacerdote Ereño tuvimos en esta orilla del Plata la sombra de Rosas. Sombra impetuosa en el pueblo. Se proyectaba en la capilla, en el arrabal, en el Circo Olímpico, en las arenas del Bucéo esperando los barcos, en el juego de pelota, en los hogares campesinos, en el campamento, y en el lugar del suplicio.

Sombra ruidosa también. Casi se tocaban el relámpago de sus ojos y el trueno de su voz, tableteando entre el terror de las seis palabras: "Mueran los asquerosos, salvajes, inmundos unitarios". No dejó nunca el vasco Ereño de predicar el evangelio federal desde su púlpito de aldea. Pueblo totalmente blanco, no tuvo el sicario de Rosas que descender en él al espionaje.

¿Quién olvidaba la divisa oribista roja y blanca? Sólo

los argentinos, que llevaban la rosista, de la Santa Federación, enteramente roja. Observando las gentes, lanzaba Ereño, como una maza, su grito. Era un sagrado mandamiento más, que él ampliaba, erizándolo con palabras de odio y encono. Los muchachos a quienes preparaba para la comunión, aullaban a la salida, en apretado grupo, inmediatamente después del anatema contra los unitarios: "Enemigos de Dios y de los hombres". Inocente giro en la boca infantil, puntillazo sangriento en labios del sacerdote oribista. Hasta la cuarta generación de los unitarios alcanzaba el apóstrofe tremendo. Después de proferirlo, le parecía al cura-soldado que quedaba en paz con las alturas, y con la causa. Por boca de este hombre alto y fuerte, de franca sonrisa y nuca colorada, habituóse la Restauración al terrible grito de Rosas. Se le oyó sin escándalo, sin réplica, y sin miedo. Sin miedo, porque no cayó jamás en oído unitario, que no lo hubo nunca en el Cardal del Sitio.

Se explica que a este hombre de pasiones violentas, lo haya llevado al paroxismo del furor la paz de octubre. Hubiera querido, con más ardor aún que el general Díaz, que el ejército blanco fuera enterrado entero en un repliegue de su último campamento, antes de consentir en ese fin de sorpresa, de sumisión y de derrota. Pudo cambiarle el nombre a nuestro pueblo la paz del 51, pero fue incapaz de rozar los sentimientos partidarios del cura Ereño. Desde su nueva iglesia de San Agustín, que el general Oribe le había levantado el 49, siguió denostando a los hombres de la Defensa y del imperio, para enaltecer a los próceres del Cerrito.

El Triunvirato tuvo la necesidad, a fines del 53, de alejar al agitador y al impulsivo. Era el brazo fuerte de la rosista iglesia local. Flores lo amputó, y lo tiró a Entre Ríos. Se supo entonces la total adhesión de nuestra iglesia a su pastor en desgracia. Cuando el Cura Conde, reemplazando a Ereño, empezó a predicar en la Unión con su palabra altisonante y su gesto bizarro, lo hizo frente a un templo vacío. Todas las almas de la Restauración habían huído, con el otro, hasta la provincia argentina. Rodeado por ese éxodo extraño y único, vivió sus últimos años el bravío cura español que

escanciaba en jarro de estaño el oscuro zumo de sus viñas. En el dormitorio de su humilde morada del destierro guardaba en Entre Ríos, descarnados por Mongrell, los huesos de Leandro Gómez. Fijo el pensamiento en la urna del capitán de Oribe, se durmió en Buenos Aires, el fraile Ereño, en un atardecer de marzo de 1871...

## "Ese es"

373 parejas de toda condición social unió en matrimonio, en su capilla de la Mauricia, este buen padre Ereño. La más humilde, la de dos pescadores canarios, Pilar Falcón y Andrés Cabrera. Se detiene en ella el recuerdo, aguijoneado por el espectro de Florencio Varela. En su casa de la calle Misiones lo apuñaleó un día de marzo de 1848, un hombre de nuestro pueblo. No afiló con odio el puñal de mango de hueso. Ni siquiera conocía a su víctima. Tuvo que preguntarle a Arbelo "cuál era". El hombre que asesinó con esa extrema frialdad, fue el pescador que vivía con su mujer y sus hijos en una de las casuchas del puerto del Buceo. El mismo Cabrera que en la capilla recién abierta encontró una voz suave para contestar al cura Ereño, mientras apretaba dulcemente la mano de la Pilarica: "Sí, Padre"...

## Tres Bodas y una Agonía

Por cuatro veces se arrodilló en esos años, en uno de los reclinatorios de la capilla, el altivo Señor del Cerrito. Padrino en cuatro bodas, dobló la rodilla ante la Inmaculada, la erguida figura del general Manuel Oribe. El padrinazgo del Jefe tuvo entonces muy distintos destinos. No trajo siempre la dicha plena. Pero las cuatro bodas, brillantes y únicas en los anales de nuestro pueblo, no podrían perderse. Conservar su recuerdo, es como no dejar esfumar el de las madrinas, tan altamente situadas junto al Jefe: doña Francisca Viana, la madre; doña Agustina Contucci, la esposa; doña Margarita Oribe, la hermana.

Boda brillante la de Dolorcita, hija del general Oribe, con el Jefe del Batallón Libertad, de la Confederación Argentina, coronel don Mariano Maza.

Y la de Carolina Lasala Furriol, con don Ignacio Soria.

Y la de Faustina, hija del general Pedro Lenguas, con el capitán ayudante de Oribe, don Leandro Gómez.

Brillante también, pero triste, la de Elisa Maturana, pálida novia de romance, sacrificada a la pasión partidista. Llegó al altar bajo la presión paterna, y puso su pequeña mano, en cuyo hueco ardía aún la brasa del último beso desesperado de Juan Carlos Gómez, en la del Ministro don Carlos Villademoros, a quien no quería, y apenas estimaba.

Para tan diversas parejas repicó alegremente la campanita de la capilla. bajo el cielo azul y radiante, en los lejanos días de nuestra Restauración. Capilla engalanada, chispeante de luces, lujosa por sus guirnaldas de flores de la época: coronitas de novia, mimo de agosto, bíblicos nardos, pequeñísimos azahares de naranjo, flor de raso, y espuela de caballero, entrelazados con el oro y la luz, en estampas de hace casi un siglo, y que tanto nos complace evocar, como si esperáramos que un conjuro pudiera levantar los fantasmas, para revivir el cromo desteñido de aquellas ceremonias.

Consciente del honor que esas bodas reflejaban sobre su casa, doña Mauricia y los suyos se desvivieron por disimular la pobreza de su capilla. Cuatro reclinatorios forrados de damasco azul, frente al altar prodigiosamente florecido. Velas de cera perfumada, en los antiguos candelabros de plata que el feligrés limeño donara. El Padre Ereño con sus ropas de gala, en las que lucían las puntillas de crochet y de malla, los deshilados de cribo y de flor de ají, las místicas azucenas de oro. Toda la habilidad de las sabias manos bordadoras de la Restauración. En el sillón de alto respaldo tallado, obtenido en préstamo de la esposa del general Oribe, la ancha banda con los colores de la patria. Una pleitesía al poderoso señor que sólo inclinaba la cabeza ante el altar de la Inmaculada.

Hervía la garrulería del pueblo. Se apiñaba en los alrededores de la capilla, para admirar de cerca a los perso-

Fray Domingo



Fray Domingo

najes que descendían de las sopandas, arrastradas, en un desborde de partidarismo, por troncos de lustrosos tordillos negros.

Las novias en la tiesura de los miriñaques, y de los anchos vestidos de raso blanco, con abullonados sostenidos por azahares de cera. Los novios con sus galeras altas, y la abotonada y severa levita oscura. El General y su cortejo. Los delegados del Señor Gobernador don Juan Manuel de Rosas, y sus parejas femeninas, deslumbradores ellos por sus entorchados de oro, y ellas por las sedas crujientes, las pesadas joyas, y los antiguos encajes.

Por sobre todas las cabezas, el repiqueteo feliz, inconsciente y devoto, de la campanita campesina. Se apretujaba el pueblo, ansioso por contemplar el paso de los personajes, en dos alas compactas. El ébano de los esclavos acentuaba el rojo de los rebozos de las negras. Sonreían éstas obsequiosamente, y su sonrisa de éxtasis hacía brillar la mazamorra de sus dientes. El lujo y la belleza de los amitos eran, para cada esclavo, una riqueza propia. De ella se envanecía, y de su fama se cuidaba, dando rienda suelta a su candorosa fantasía, ingenua y desinteresada. Iba de grupo en grupo *Retenten*, recogiendo crónicas de juglar para los estudiosos del porvenir: *Juan Pablo*, esclavo arrogante, pivote de un largo pleito, hacía arrumacos a la Jesusa Peña, otra esclava de doña Mauricia, con la que casó más tarde, y a la que obsequió con un lote de negritos motudos y fuertes.

Y en el claroscuro del medio, las negras quitanderas, circulando entre los grupos alegres, con sus canastos cubiertos de limpísimos paños blancos, a través de los cuales ascendía hasta las anchurosas narinas, el olor de los bizcochos calientes, los bolos de cuajada, cocidos en el horno, cuando la estación lo permitía, sobre hojas de higuera, que le prestaban una extraña fragancia vegetal; los bollos de anís, con una rosita de azúcar en la cúspide; las rosquitas bañadas, los budincitos de queso, los alfajores de Córdoba, los suspiros de monja, las yemas doradas...

El pregón ha llegado hasta nosotros, como mecido por la cálida brisa africana:

*"Aquí está la morena quitandera,*
*que se acerquen, que se acerquen,*
*los que quieran cosa güena. . ."*

No faltaba el alboroto de una mano de negro pequeño, — garrita de mono — cazada dentro del canasto por un brusco, hábil y justo movimiento de la quitandera. Chillidos, gritos, peleas, inevitables: la madre defendiendo al crío, la vendedora el negocio.

Todo el pueblo menor sintiéndose feliz en el espejismo de una boda. Felicidad ruidosa, dicharachera, reidora.

Abríase de nuevo la puerta de la capilla. Daba ahora paso a los novios, ya unidos, y que en las cuatro bodas dispares, pudo mostrar a quienes supieron *ver*, tres jóvenes caras radiantes; y un dulce rostro de agonía. Sobre la masa de pueblo caía entonces el silencio respetuoso y deslumbrado. Otra vez al sol la riqueza del oro y los rasos.

Otra vez el desfile altanero de la opulencia, sin un rubor por ese pasaje entre los humildes cubiertos de percal, la propiedad de carne negra, los rebocitos cribistas y federales. Otra vez aún, la campana de la Mauricia cantando aleluyas con su garganta de bronce. Y otra vez la suntuosa belleza de un presente patricio, naciendo y muriendo para la historia. Para la Historia, que ama a los fantasmas y los levanta de sus tumbas, para gloria de un Figari, o simple gozo de un cronista aldeano, a quien le gusta inclinarse sobre sus espejos, y darle nueva vida a aquellos hombres y mujeres merecedores del romance o de la leyenda.

Por la dolorida sombra, de Elisa Maturana, trazamos estas líneas diseñando por ella esta estampa mínima.

# EL JUZGADO

¿Dónde abrevaban justicia los pobladores del Cardal, en los lejanos tiempos de la gesta? Gente de chacra y puestos, saladeristas, atahoneros; pulperías de palenque, escuelita de diez niños; idilios de reja; almas límpidas. La campaña, pero asomada a las puertas de Montevideo.

Eso era el campo surcado por cuatro arroyos con algunos núcleos poblados: Las Piedras, Miguelete, Canelón Chico, Peñarol, Pantanoso, Toledo, Manga y Cardal. Se llamaban "partidos", en las jurisdicciones primitivas.

La extensa zona tenía centralizada en una sola mano toda la justicia primaria. Un decreto de 1827 había hecho de don Andrián Ortiz, su juez. Al pie de la hoja, dos firmas y dos transparencias: Joaquín Suárez y Juan Francisco Giró.

Hasta 1835 no se encuentra más nombre que el de ese juez Ortiz, en la enorme jurisdicción en la que cabría la Unión antigua.

Pero a partir de ese año, ya se concreta un juzgado del partido del Manga, y a él concurre el vecindario del Cardal. Juan Pedro Oliver es el primer juez de ese juzgado de la 6ª. Es él quien recibe el sumario contra "el pardo Mariano, esclavo que fue de don Pedro Piñeyrúa". Y quien investiga sobre el caso del negro Manuel, que se queja de que, "con motivo de un daño que se le atribuye, se le perturba en su trabajo". Y quien recibe del juez del crimen doctor Angel Medina, la orden de captura de tres españoles que huyeron del Cordón hacia el Este, después de haberle cortado la cabeza, a un desconocido. Orden acompañada de filiación pintoresca. Uno de los asesinos tiene una cicatriz de sable en la

cara, y "usa botines abiertos por un lado, cuando hace mal tiempo". El otro, "es muy colorado de pescuezo". El tercero es el que menos eludirá a la justicia. No tanto porque no se separa nunca de su "poncho viejo de paño azul", como por esta seña más terriblemente acusadora todavía, y de la cual no se desprenderá fácilmente: "tiene ojos pardos y humildes"...

Por este juzgado del Manga, desfilaron jueces dignos, hombres rectos todos, gentileshombres, algunos. Don Simeón Aguiar, don José Toribio Madrazo, don José Lozano, don Paulino Berro.

Viejo juzgado de la 6ª, que se transforma en 1856 en la segunda sección de la Unión antigua, la sección de las chacras. Nadie ha hollado el polvo de su archivo en los cien años transcurridos. Sacudiéndolo, nos hemos acercado a muchos hombres de nuestro pasado, cuya humildad no permite el recuerdo ni siqniera en el lejano circuló familiar.

Ese año de 1856 el juzgado de las secciones 4ª y 5ª, urbanas, se transforma en la 1ª sección de la Unión. ¿Dónde encontrar su origen?

A su frente se halló, hasta hace pocos días, un juez que honró a la magistratura nacional. Junto a él buceamos el último otoño, en los papeles agresivos, agresivos por el polvo y la tinta empalidecida. Se detenía nuestro empeño. No podíamos retroceder más allá de 1849. Allí estaba la clara letra de Basáñez. No era el primer juez. Se nos escapaban algunos años, cuya sombra se haría definitiva, si nos resignáramos a la derrota.

La noche del 22 de mayo se nos tornaba amanecida. Era la tercera en que arrojábamos a la investigación histórica, el descanso escamoteado al ejercicio profesional.

De pronto cayó nuestra emoción sobre la hoja antigua. Aquietados en la mesa del juzgado, el doctor Bajac leyó en voz alta el mensaje lejano, que empezaba: "En el campamento general del Cerrito a nueve de enero de 1845...".

Así hallamos los orígenes del juzgado de la Unión. En un amarillento [illegible]. Firmaba el acta primera don Francisco Fariña [illegible] diferenció la firma casi infantil, de

los rasgos nerviosos y viriles del texto. La letra con que está redactado éste y que constituyó evidentemente un modelo para las actas futuras, no nos era desconocida.

* *

Es el acta que marca el nacimiento del juzgado de la Unión. Francisco Farías, firmante, fue nombrado juez de esa nueva sección judicial, de la 4ª y 5ª, en 2 de enero de 1845. Antes de esa fecha no había juzgado en el Cardal. Es categórica, a este respecto, el acta 18: Asunto Escariz contra Luis Monacillo, por incumplimiento de contrato de arrendamiento. El arrendamiento en litigio tiene apenas una antigüedad de dos años. El demandado no cumple, y si recién es conducido al juzgado, es porque éste acaba de instalarse. Léase bien: "...que además es un desobediente a la autoridad, pues que antes de haberse instalado los juzgados, ocurrió el que habla al Sr. Jefe de Policía pidiendo el desalojo, el cual fue ordenado por éste, sin que se le diera cumplimiento". Así, pues, en esa época dictaban desalojo en el Cardal las autoridades policiales, en ausencia de las judiciales, de rigor. Y eso ocurría muy poco antes de la demanda. Esa acta, es, pues, realmente, la que inicia nuestro juzgado. La primera que firma ese juez Farías, tan inexperto en actas, como para haber tenido que rogar a alguien, más entendido, la redacción de la primera, que le serviría de modelo en el futuro. Ese redactor anónimo parece ser por la letra, el general Antonio Díaz.

* *

El documento, está encabezado:
*¡Oribe, Leyes o muerte!*
*¡Mueran los salvajes unitarios!*

Puede apreciarse en él, una raya ondulada, corriendo por sobre las fraternales palabras. Era común esa fraternidad a todos los documentos públicos del Cerrito. Pero sufrió variantes. En su juzgado sólo *ocho* veces utilizó Farías ése encabeza-

miento. Apenas durante el primer mes de su gestión. Luego lo suprimió. Reaparece, modificado en enero de 1849, en momentos que Basañez reemplaza a Farías.

La modificación es la conocida:

*¡Vivan los Defensores de las Leyes!*

*¡Mueran los salvajes unitarios!*

Desapareció la leyenda, y esta vez para siempre. con la paz de octubre.

Para siempre, no. Tímidamente, y sin mueras, la exhumó Berro en 1863. Hay en el nuevo grito, un olvido absoluto para los defensores de las leyes, y para la Restauración.

*¡Viva el Gobierno de la República!*

Pero es siempre un anhelo. Un anhelo que. desgraciadamente para el partido del señor Berro, se inició con Coquimbo.

* *

En pleno campo sitiador estaba ubicado el juzgado cuyos orígenes tratamos de historiar.

En terrenos que pertenecieron a don Melchor de Viana, fueron creados en febrero de 1845. el Pueblo, y la sección chacras del Cerrito. El coronel de ingenieros, don José María Reyes levantó el plano topográfico, del que poseemos copia.

El cuartel general de Oribe estaba ubicado entre la casa-quinta del vasco Chopitea. el Cerrito. y el monte de los olivos. La tienda de Oribe era un punto sobre una explanada de una hectárea. en uno de cuyos ángulos cuarenta piezas de bronce, descansaban. Allí las vio Poucel. No eran cañones americanos. A los españoles se los arrancaron los hombres del Plata en la lucha emancipadora. Habían llegado al Cerrito, para el héroe de Ituzaingó. Un préstamo del hombre de Santos Lugares...

* *

El grueso del ejército sitiador desparramado en la falda sud del Cerrito.

Los ranchos de la tropa, "hechos con barro y techados de paja". Alegre el aspecto general, blancos y limpios ranchos que se estiraban para ganar la altura. Así los vio Domingo González, con su real poder de observación engarzado en sus ocho años inquietos. Más pulcros los ranchos de los jefes. Los de los argentinos, sobre todo, el coronel Ramiro, y el coronel Rincón.

El Mirador, de pino blanco, cuadrangular, de 25 metros de altura, albergaba los caballetes para los anteojos de larga vista. El que había encargado el General a Río de Janeiro, y el que le fuera ofrecido más tarde por don Félix Bujareo. A merced del anteojo, Montevideo. Fuera del alcance de la mano, la Nueva Troya...

Sobriamente describe el "Licenciado Peralta" la habitación de trabajo de Oribe, donde reunía diariamente a sus jefes. Una gran mesa con carpeta de paño punzó, con sus útiles de escribir; un sofá de caoba tapizado en crin negra; un gran armario de cedro; una mesa más pequeña que aquella a que acabo de referirme, cubierta de papeles, un reloj de pie con esfera de acero; una dotación de sillas de caoba también tapizadas de crin; y una alfombra gris, de jergón de lana, era todo lo que componía el moblaje de la habitación".

Faltaba allí ostensiblemente la mano de una mujer. Aquella mesa de Marte, rechazaba el rústico vaso que pudo ser colmado con agua del manantial cercano, para refrescar el brazado de taco de reina, o el grácil de espuela de caballero. Mano de Lady Hamilton, desarrugando el ceño de Nelson. Mano de María Walewska. Pertenecen casi siempre a mujeres al sesgo. Las que rodean al marido, en su propio hogar, olvidan, muchas veces, esas frivolidades encantadoras. Lo exige la prosa diaria. O las solicitaciones de una sagrada maternidad.

Por otra parte no vivió Oribe en el Cerrito, durante el Sitio Grande. La exquisita alma femenina de doña Agustina Contucci, iluminaba al jefe blanco en su hogar de la Restauración, junto a la curva de las Maroñas, en la vieja casa propiedad de doña Agustina Reboledo, y que las gentes del lugar conocen hoy con el nombre de quinta de Ayala. Quien la

visite será tomado rápidamente por el embrujo del aldabón de la puerta de entrada, protegida aún por dos rejas de hierro de calados bizarros, aldabón que alzan en la noche, tal vez con callada angustia, los que llegan a solicitar a Madame Arigón sus servicios de comadrona. Porque en esa casa centenaria, hoy se gesta la Vida...

* *

En uno de los ranchos del campamento del Cerrito, tuvo su sede durante un mes el Juzgado de la Unión. No sabemos en cuál. Pero hasta él llegaron los vecinos del Cardal en demanda de la Ley.

¿Pensó realmente Oribe establecer en el Cerrito la capital de su "Gobierno", siéndole intolerable disponer para residencia del mismo "la costa de un arroyo, o un molino de viento", como humorísticamente destacaba Florencio Varela desde su "Comercio del Plata"? Tenemos que creer que sí. Por el plano de Reyes, del 45, y por un aviso del "Defensor", del 46 ofreciendo manzanas en el nuevo "pueblo", a 200 patacones, ¡y a plazos!...

Un hombre de la confianza del Jefe estaba encargado de esa venta que no prosperó. Era don Francisco Farías, nuestro primer juez de paz, que sabía alternar sus tareas judiciales con anotaciones de las ventas diarias en el campo recientemente amojonado.

Una mañana se presentaba a su despacho "don Felipe Maturana, sargento mayor de caballería de línea, y Edecán del Excmo. Sr. Presidente de la República", reivindicando "en su nombre y en el de los co-herederos de su finada madre doña Josefa Durán y Pagola, las tierras del Colorado, que decía suyas don Gregorio Quincoces"... y en la tarde de ese mismo día, el juez que había recibido la demanda dándole el trámite de práctica, anotaba en una libreta-registro la venta de la manzana 41, o el compromiso por "el solar que enfrenta a la portera de Fariña". La actividad singular de este hombre, y los relativos descansos de que gozaba, le permitían la doble función. Su juzgado, por otra parte, trabajaba un poco menos cada día. Los 178 asuntos ventilados en él durante el año 1845, cayeron a 150 en 1846, a 94 en

1847. a 50 en 1848. Aumentaba la población y se eclipsaban los pleitistas. Se explica. Los que en el campo sitiador esperaron la instalación del juzgado para apagar en él su sed de justicia, —sin confiar mucho en la balanza "policial"— fueron contemplados de entrada. Los pleitos, a partir de ahí, tenían que disminuir. Por otra parte, deponían un tanto sus pequeños rencores los hombres del nuevo pueblo, atemorizados por el trámite no siempre rápido, y por los sellados. Porque el Cerrito usaba sellados propios, impresos en su imprenta, y vendidos en el Cardal, en la calle principal del pueblo, que ya se llamaba "Restauración", seis años antes de que tomara ese nombre nuestra villa de la Unión actual.

Acaba de ser demolido el viejo edificio donde se vendían durante el Sitio, los sellados del Cerrito. Apenas estaba restaurado el frente. Intacta la pieza del Correo.

Pero ya no tenía entonces don Francisco Farías su juzgado "en el campamento general del Cerrito". Desde febrero de 1845 firmaba las actas "en este paraje de los Olivos". Se asomaba la antigua quinta de Tejada al camino del campamento, nuestra callecita Industria de hoy, tan llena de recuerdos, y en la que nos nacieron algunos hijos...

El paraje era pequeño. El juzgado debió codearse con la capilla, y con la cárcel, junto al macizo de Ferreño.

Los cuatro años de su gestión judicial los pasó en ese punto don Francisco Farías. Había pocos álamos entonces en esa quinta cuya salida fiscal se pierde en los albores del año 1769. En su lugar se veía ahora un monte de árboles pálidos y apacibles. Verde-gris tempranero. Un sólo olivo de aquéllos queda en pie. En su tronco ahuecado desde hace tantos años, ata hoy el peón de Ferreño la vaca chúcara, toda vez que quiere pasar —prestidigitador primitivo—, la ubre al balde.

* *

El juzgado nuestro se iba acercando, pues, al poblado. Del campamento, a los olivos. Cuando en enero del 49 se eligió nuevo juez, el juzgado pasó al centro del pueblo. A la casa habitación de don Tomás Basañez, en la calle del Colegio, entre naranjos...

## CAMPOSANTO DE ALDEA

Tuvo cementerio propio el Cardal. Tomó su nombre de doña Mauricia Batalla, pintoresco espíritu que alentó en nuestro pueblo y en él se extinguió un día de 1865.

Empezaba su presidencia Oribe cuando se afincó en el Cardal doña Mauricia, señora de Almeida, y luego de Causo. Compró por esa época la chacra de Fco. Espino, limitada en el Oeste por el camino del Cardal, y por la calle Real en el Norte. Comercio, de hoy, y 8 de Octubre, 299 metros sobre la segunda vía, y 500 sobre la primera. 3115 patacones por esas 15 manzanas de tierras centrales en nuestra Unión. Escritura extendida por el notario Brid, y firmada en 22 de enero de 1836.

En esa esquina S. O. de 8 de Octubre y Comercio tenía entonces su pulpería Manuel Rodríguez. Arrendaba la finca de Espino. Era el pulpero. Pulpería de palenque. Edificio de material. Dos puertas claveteadas y dos ventanas, guardadas éstas por gruesas rejas de hierro. Tres hojas en el portalón principal, de cerrajería impresionante.

En la manzana ocupada por esa pulpería se instaló nuestro primer cementerio. Su iniciación tuvo que ser familiar. Pronto debió aumentar el número de sus fosas, y entonces, interviniendo el espíritu de la época, junto al cementerio que nacía, se instaló una capilla.

Volcaron en este cementerio sus muertos, el Cardal antiguo y la Restauración. Terminado el Sitio, aquel camposanto de aldea fue insuficiente. Se pensó habilitar otro, alejado del poblado.

No podemos precisar en qué momento dejó de funcionar el cementerio de la Mauricia, y cuándo se inhumó el primer cuerpo en el de la Unión.

Sabemos, sí, que en 1854 ya prestaba servicios el último. En 26 de setiembre de ese año, frente al portón de ese cementerio, y ante la mirada de los cinco mil brasileños de guarnición en Montevideo, fue fusilado un sargento de aquella nacionalidad, convicto de haber asesinado en nuestra aduana a un superior.

Creemos que abierto el nuevo Campo Santo, se siguió enterrando en la Mauricia, por algún tiempo aún. He aquí el fundamento de nuestra creencia. La Junta de la Unión, en su Memoria de 1859, anota: "Se juzga urgentísima la construcción de un osario o carnero, para depositar los restos mortales que se trasladaron del cementerio de doña Mauricia, que existen aún a la intemperie, y cuya vista no es nada agradable para el público".

Se pedía ese osario para el cementerio de la Unión, librado al público, desde 1854, o antes. No suponemos que la piadosa localidad de la Unión permitiera que los restos sagrados de sus deudos permanecieran años a la intemperie. La única duda que cabe es ésta. Pudo inaugurarse el cementerio nuevo el 54, o antes, y dejar de funcionar al mismo tiempo el cementerio viejo. Lo que se habría verificado en 1859 habría sido entonces el traslado de restos. Los cinco años transcurridos entre el 54 y el 59 habrían permitido cumplirse el plazo para hacer posible la reducción de restos de los últimos sepultados.

Trasladados esos huesos, la Junta local habría iniciado gestiones para la rápida construcción del osario, ya imprescindible. En este punto escribimos por suposiciones, ayudados por la Memoria del 59. Es una escapada al método de tejer nuestras crónicas sobre el único canevá de los archivos.

El terreno sobre el que se delineó el Cementerio de la Unión, fue donado por don Antonio María Pérez. En uno de sus flancos quedaban aún los vestigios de la Zanja Reyuna. No se había escriturado en 1859.

Ni un solo árbol tenía entonces el cementerio cercano al río. Ni pozo de agua potable. Ni verja, ni cerco. Una fachada sin reboque lo limitaba al norte, y un portón rústico la cerraba. Contra él recostaron el banquillo de la justicia

militar, y mataron "al hombre que asesinó"...

El portón de hierro que se conserva todavía, y junto al cual puede verse aún los viejos nichos del Cementerio de la Unión, en la pared de la calle Rivera, es de principios de siglo.

En plena patriada de Aparicio se juzgó imprescindible la construcción de un nuevo cementerio para la ciudad de Montevideo. A punto estuvo de ser el Cerrito el favorecido con la mejora. Había en él abundancia de terreno fiscal. Se encontró, sin embargo, en el Buceo, un lugar más céntrico. Con esta ventaja: estaba contiguo al cementerio de la Unión.

No debía ser elevado su precio. Sin zonas de labranza, ni construcciones, apenas podría exigirse $ 300 la cuadra. Eso pensaba la Junta, erróneamente. Terreno de muchos dueños, don Tomás Le Bretón, don Miguel De León, herederos de don Luis de Herrera, y don Conrado Rucker. Uno de ellos pidió $2.000 la cuadra. La Junta amenazó expropiar con la base del impuesto. Bajaron las pretensiones. Se compró a pesos 600. Con una sola excepción honrosa, la de los herederos de don Conrado Rucker, que cedieron gratuitamente su parte.

En el terreno así adquirido por la Dirección de Cementerios, se efectuaron rápidamente algunas obras. Las llevó a cabo don Luis Mallet. Se plantó una alameda de 15 metros de ancho, larga de medio kilómetro. Con timboés y acacias de Australia fue ornamentado el frente. Don Juan de Cominges, agrónomo madrileño, introductor del timbó en nuestro país, donó 600 plantas de esta variedad para el cementerio que surgía.

El lector moderno no ha visto en el C. del Buceo los timbóes de Cominges. Tampoco los admiró la gente antigua.

Aquí callan las Memorias, pero hablará la tradición.

Era francés el jardinero jefe. No le falló ningún ejemplar. Se le secaron todos. Cuando no quedó la menor duda del *éxito* de la plantación, el jardinero fue llamado a la oficina de la Dirección. Prevenido, presentóse ante el asombro de la Comisión reunida para escucharlo... con jacket, galera y guantes.

Leyó el director, con voz pausada, él artículo 110 del Reglamento de los Cementerios de la Ciudad de Montevideo;

—"...y el jardinero se responsabilizará por ante la Comisión del acierto de sus trabajos..."

Una pequeña pausa sádica. Lentamente cayó la letra inflexible del artículo 111: "El jardinero será obligado a abonar el perjuicio que irrigue a la plantación por descuido suyo, probado que sea".

Luego el mazazo:

—"Explíquenos por qué se secaron *todos* los árboles plantados".

El jardinero, que parecía no haber oído más que las últimas palabras, se irguió:

—"¡Ah!... mais oui... C'est muy sencillo, mesié: Todos los que Nacen no Viven..."

No dijo una sola palabra más. Arqueóse en una reverencia exagerada, y dando una media vuelta, mucho más alemana que francesa, se fue.

El señor de Cominges era enemigo de la vanidad. Agonizando, a fines del siglo, escribió a su hijo: "...emplea en un hoyo de cinco o seis varas, lo que habrías de gastar en un nicho". Pero sentía devoción por *sus árboles*. No sabemos lo que pudo pensar cuando se le enteró de la respuesta inesperada. Habrá lamentado, posiblemente, que entre los que nacieron... y vivieron, pudiera contarse el urbanista cuyo conocimiento le deparó la fortuna, a tanta distancia del Pere Lachaise...

* *

En 1872 se inauguró oficialmente el Cementerio del Buceo. Efectuóse el primer entierro en 30 de marzo. Se honró con el número 1, el carpintero español Salvador Plá.

No empleamos con exagerada justeza el término *oficialmente*. Quisimos expresar con él, que antes de esa fecha se había habilitado, por motivos fortuitos, un pedazo del campo.

Fue en 1871. Montevideo soportaba dos epidemias. Una de viruela. De fiebre amarilla la otra. La Unión, que con-

tribuyó a la estadística de ese año con 315 fallecidos, sufrió 75 bajas por la epidemia de viruela. Tuvieron un privilegio estos muertos. Se les enterró sin certificado.

Hubo para los variolosos la misma póstuma consideración que se tuvo por esa época con los párvulos, gentileza llena de peligros, matriz de infanticidios y de terribles tragedias. Enterrados vivos en las epidemias de cólera...

En la estadística del 71 hay diagnósticos interesantes.

—"Certifico —decía un colega optimista— haber curado a X. ., que falleció de hinchazón en las extremidades". Incorrecta la terminología, ya que al edema se le llamaba hinchazón. En cuanto a la *cura* del paciente, había terminado en la fosa. Por ese final lógico, no tenemos nada que reprochar, claro está, al laborioso galeno.

En otros certificados puede leerse: "Del estómago". "De empacho". "De parálisis del corazón". "De cólico fulminante". "De muerte natural". El último certificado aclaraba, en nuestro concepto, que no había llegado a disfrutar el extinto, ninguna clase de asistencia facultativa...

El médico y periodista Woner, expresaba al diario "Los Debates", su satisfacción porque en más de cuatro mil muertos del Montevideo de entonces, sólo dos habían sucumbido a una "aplopegía alcohólica". Satisfacción que disminuía, frente a los cien muertos en duelo criollo, y a los cuatro fusilados de la plaza..

* *

Pero antes que la viruela, nos visitó ese año la fiebre amarilla. Ya conocía el camino. Se había asomado a los hogares montevideanos en 1857. Volvería en 1878, en otra visita de cortesía. Ese año de 1871 cundió la alarma de pronto. Curvado ya, había descendido de un barco europeo el francés Juan Colomber, que buscó refugio en una pieza de la calle Juncal Nº 12. Atendiólo allí el doctor Pimentel. En la madrugada del 19 de marzo fue enterrado el marsellés bajo el rótulo de colerina esporádica.

Entre ese primer muerto, y el último, de 28 de marzo,

tronchó la fiebre 142 individuos. Inmigrantes casi todos apeñuscados en los conventillos de los alrededores del Puerto. Un inglés cerró la cuenta, Enrique Stabs, ballenero novato, que no había cumplido los veinte años. Fue asistido en el Hospital, "por ser muy chica su pieza de la calle Cerrito 77".

Se inhumó las víctimas de esa epidemia en el cuarto de manzana que se cercó con ese fin en el campo en tratos de compra, y que sería más tarde C. del Buceo. Se efectuaron las inhumaciones "en fosas de nueve cuartas de profundidad, y doble cantidad de cal".

En realidad no reposaron allí todos los pestíferos. Entre ellos había varios ingleses. Tenían éstos su cementerio en pleno centro. No accedieron a que se mezclaran sus muertos con los otros. Como no había tiempo que perder, se resolvió sobre tablas cercar para la colonia británica un cuarto de manzana junto al C. del Buceo, costado Oeste. Este es el origen del cementerio inglés. Recién en 1884, se expropió en el Buceo cuatro hectáreas para el definitivo cementerio británico. En ellas se volcaron en 1887 los restos trasladados de su antiguo lugar de reposo, en el predio donde se levanta el Palacio Municipal. Dato interesante. Ni un muerto en la Unión en la epidemia de F. A. del 71. Es posible que el hecho, significativo, haya hecho merecer a nuestra Villa la fama que goza de mucho tiempo atrás, de lugar sano y no muy propicio para que afinquen en él los hipócrates soñadores. No creerán éstos lo mismo. En los dominios de Capdehourat, Azarola y Lizazo, *viven* más de 50 médicos.

* *

Así, pues, apresuradamente, los primeros cadáveres fueron acogidos por el Cementerio del Buceo en 1871, y recibieron los hisopazos correspondientes de mano del sacerdote Aquiles Antonuccio.

Luego un período de inactividad de casi un año, ya que en marzo del 71 aparece la [illegible] de las inhumaciones.

Se siguió enterrando, sin embargo, en el viejo camposanto de la Unión [illegible]

no identificados. La Memoria de 1878 es terminante. Nos dice que en ese año el personal del Cementerio del Buceo estaba formado por "un inspector, un auxiliar, un capellán, un sacristán, un jardinero, y 8 peones". El de la Unión, por un receptor de renta, un capellán, un peón y un jardinero".

Montevideo tuvo un gobernante que se preocupó con calor de investigar las causas de la muerte en todos los casos. Se asombraba el doctor Ortega en 1877 de que no apareciera un solo infanticidio en la estadística de ese año. Sin embargo, las criaturas recién nacidas eran arrojadas en buen número, "al mar, a los zanjones, al mismo camposanto".

Muchas criaturas. Nota arrancada a un archivo: "Hace algunos meses se encontró el cadáver de un párvulo en una zanja de la Unión. El señor Gobernador me encargó que buscara a la madre. La encontré. La autopsia demostró que la niña había nacido viva".

El señor Gobernador era Lorenzo Latorre. Hombre de rara energía, no toleraba demoras en la investigación de las muertes misteriosas. Una sola vez, posiblemente por exceso de tareas derivado de su absorbente dedicación a la cosa pública, no exigió Latorre que se aclarara la causa de la muerte de un hombre, cuyo cadáver había aparecido en la playa del antiguo saladerista Ramírez. Tenía el cuerpo una piedra atada a los pies. La piedra no lo hundió. Por ella convirtióse el cadáver en una boya humana. El muerto avanzaba por la orilla hacia afuera, y los curiosos seguían de cerca a ese ahogado que "tenía la cara vuelta hacia arriba".

* *

Muchos capellanes desfilaron por la capilla de este cementerio, que empezó siendo de aldea. Uno de los primeros, el Padre Lázaro Gadea, que en un rincón de Córdoba había llevado la cruz hasta el banquillo de Liniers, en los albores de la Revolución. Entre los últimos, el Padre Lapierre, de limpia ejecutoria y recio carácter cívico.

* *

¿Sabe el lector que en el zanjón del sur hubo hace muchos años un jardín de aclimatación? Seguramente no. Allí

se enraizó un extraordinario plantel de nuestra flora indígena. Bajo la égida de don Cornelio B. Cantera inicióse ese plantel que había de ser origen de nuestro Jardín Botánico del Prado, del que no podrá hablarse nunca sin recordar los nombres de Cantera, Arechavaleta y Racine.

Mientras tanto, en el extremo Oeste, se desarrollaba unos años antes, otro aspecto del cultivo de las tierras del cementerio.

El episodio, pintoresco, es de 1878. En ese año la Dirección de Cementerios llamó enérgicamente la atención del Consejo de Higiene.

El terreno que la Comisión inglesa había adquirido en el Buceo, estaba cercado, y encerraba los cuerpos de los pestíferos de otra época. Y en ese terreno, iba a sembrarse trigo... El C. de H. ordenó la inmediata suspensión de los trabajos preparatorios para la siembra macabra.

Surgió entonces Mr. Littlejohn. Era el inglés encargado del cementerio.

Negó el hecho. Era verdad que había bueyes aradores, pero los uncían sólo para extirpar del lugar las hierbas dañinas, y plantar arboledas de adorno...

Confesaba que había en el cementerio un pequeño cuadrado de hortalizas. Pero no era él tan inhumano como para destinar esa verdura al consumo de la población. *Esas verduras* —aclaraba al final— ¡las consumía solamente la familia inglesa que cuidaba el local!

* *

Esta es la crónica del camposanto de nuestro pueblo. Muy pequeño, cuando el Cardal era un caserío, algunas azoteas, un rancho junto a un cerco envuelto en madreselva trepadora, otro rancho, y una senda fangosa, un molino, frente al que pasaban los carros de los tamberos del Este. Y una escuelita.

Humilde todavía en la Restauración.

Casi riente en nuestra Unión actual, recortado contra el río, atesorando amargura, desde muchos antes de la tragedia de Angel Arena

# LA CAPILLA

## "Golondrina"

Podía engañar el nombre. Doña Mauricia. Evocaría sin esfuerzo una grácil figura de mujer, de apacible genio y suave voz. El apellido *Batalla* llamaba a la realidad. Un solo cuadro ha guardado sus rasgos. La presenta en los últimos años, arada ya la frente, menos firme la mirada azul. Apenas quedan libres, escapando al mantón, el óvalo de la cara, y las manos. Condice la gruesa figura con lo que sabemos de su carácter. Se esconde enérgica voluntad en los finos labios apretados. La acuarela anónima que guió a Buscasso, muestra en reposo la fibra combativa. Allí está, sin embargo, la Mauricia que no desapareció en la ancianidad. La indomable. La pleitista en los juzgados del Cardal y de la Restauración, bajo Farías y Basañez, Martín Cavia, Vianqui, y Segundo. Porque no supo perdonar un deudor. Ni al hijo Manuel, que perdió el derecho a su herencia "por haber recibido el monte de Toledo". Ni a la hija María, despojada de la bendición "porque se casaba sin su asentimiento".

Es la Mauricia de la actitud belicosa, rebenque en puño derecho, aún en la pulpería, entre los tercios y el mostrador que sabía de sus cálculos a base de dedos y de granos de maíz. Cuando compró la esquina Colorada, y el alguacil Latorre, cumpliendo la ceremonia de la toma de posesión, hizo salir de la trastienda al inquilino rebelde, tal vez ninguno de los presentes haya concedido a la repentina mansedumbre del desalojado, su significación verdadera. Podemos dárselo pasado el siglo: Fue un homenaje al talero y a la mirada de esa mujer que llegaba al pueblo a paso de carga y de conquista.

Había nacido en el Real de San Carlos, cuando éste era apenas un caserío que no albergaba más de 200 vecinos.

De 1792 es la partida de bautismo. Todavía muchacha de largas trenzas, establecido ya su clan en la chacra de los Cifuentes, estrechada por un brazo del arroyo Mereles y un saucedal, fue la campesina perfecta. Bajo el infierno de enero segó muchas veces el heno que había visto nacer, lo convirtió en gavilla, y luego abrió de nuevo la tierra, y otra vez la fertilizaron sus manos.

Fue la segadora, la rastrilladora, la atadora de garbas, empurpurada la faz, enlustrecida por los soles y por las madrugadas. Toda cuerpo para el esfuerzo, toda esfuerzo para la cosecha y la siembra. Espíritu ausente, privada del ensueño. Muy cerca de su chacra vegeta hoy el pueblo de Suárez. Allí forjó su carácter y cerró su alma a la contemplación. Cuando empuñaba en los estíos la hoz, era la abatidora. Ni tiempo para lamentar la muerte de la espiga, ni deseo de amapolar sus crenchas lacias. Incapaz de vida interior, enfilaba el esfuerzo hacia el máximo rendimiento. El aplomo y el temple de su alma, del surco y de los escarchados amaneceres, nacieron. Sus hermanas eran la égloga, y solían ennoblecer la cornamenta de los bueyes con gajos floridos de enredadera. Belleza sí, y frescura para las horas tórridas. Ella ni miraba por encima de los grávidos tallos, y si lo hacía rara vez, no era para otear en los horizontes un matiz nuevo, sino para extraer de ellos una esperanza de lluvia sobre la tierra seca.

Cuando la Mauricia araba, tres bueyes tenía la yunta...

No sentía el tercero el aguijón del instinto. Parecía como que también a ella la hubieran mutilado, para que fuera más mansa, y rindiera un trabajo más útil. Un día, sin embargo, debía liberarla su feminidad dormida. Un hecho trivial. Por su lado marchaba una carreta con heno recién cortado. Nada. Y todo. Desde la carga fragante huía hacia los campos la canción del labriego. En la estrofa campesina, el destino había envuelto para la Mauricia, una luna de miel. Luna breve, menguada, partida bien pronto por el llanto del hijo amanecido, que no sería el último, porque los hogares cristianos

de hace un siglo, con mujer joven y un *hombre*, conocían la bendición de las bíblicas descendencias.

## Nomenclatura Aldeana

Enviudó de Luis de Almeida, y casó pronto con Alejandro Causo. De Mercedes pasó a Toledo, acercándose al Partido del Cardal, en el que sería entidad, hasta colarse en la nomenclatura.

Doña Mauricia llegó a nuestro pueblo en 1834. Afincó en el cruce de los caminos Real y de los Propios, caserón antiguo de Pacheco Medina.

Calle por medio, los ombúes de doña Mercedes. En uno de los ranchos que sombreaban esos ombúes, había nacido Pancho Tajes, el fusilado de Quinteros.

Era entonces un caserío el Cardal, un remanso. Sendas y rejas florecidas, trigales asomándose al poblado, candilejas, pita, tuna, y cardo. Nombre de romance en las callejuelas, porque la aldea gustaba de bautizarlas con palabras simples y frescas. En el hueco del *Soldao* un drama de celos, y una cruz de palo. En la esquina del *gallo*, el recuerdo de la pulpería donde se criara el bravo giro de uno de los Aguirre.

Un poeta debió apadrinar la callecita de la *Luna*, a la que co[illegible] bruscamente los bañados de Malladot. Y otro la callecita del *Cardal*, por cuya senda azulada y espinosa se bajaba hacia el río. Había una esquina *blanca*, y otra *colorada*. Y una esquina *del indio*. Y una calle de la *fuente*. Y otra que va al molino, —por el del galgo— y en la cual, cuando ya se la conocía por calle de Toledo, nació un día de 1851, Eduardo Acevedo Díaz.

Tuvimos también, y sentimos no haberla localizado, la callecita de las *Tres Marías*. ¿La bautizó así un contemplador del cielo, que tal vez poseyese una lejana pinta de sangre caldea? ¿Habrá deseado bajar la bíblica constelación hasta las nuevas tierras del Cardal, acercando así al pueblo a esas tres mujeres remotísimas, la de Judea, la de Samaria, y la de Magdala? ¿O juntó, en apretado y gracil haz, a tres mozas de la orilla, dueñas —como la doña Juana Clavijo del fresco roman-

ce de Cané— de cinco lunares, tan ocultos y tan prontos a aparecer, ya que

*"cuando una muchacha quiere*
*nunca incomoda el vestido?"*

No entró el santoral en nuestras calles y sendas primitivas. Lo aventaron, primero la leyenda, y después el romance.

La esquina *Colorada* corresponde hoy a 8 de Octubre y Comercio. Marcaba el límite N. E. de las 15 manzanas compradas en 3115 patacones por doña Mauricia a Fco. Espino, hipotecado insolvente. En el centro de nuestra Unión, podía adquirirse tierras, en 1835, a 165 pesos fuertes la cuadra.

El alguacil introdujo a doña Mauricia en la quinta, la hizo dar, tomándola de la mano, dos vueltas alrededor del aljibe de ancho brocal de azulejos, y "la paseó, y arrancó pasto, y lo echó al aire, de cuyo acto protestó Espino, pero no fue oído".

Ritual y pintoresca la ceremonia añeja. Con ella empezó su prosperidad esta mujer tan singularmente dotada para los negocios, que habiendo llegado al paraje con poco más que con sus esperanzas, ya tenía, cuando el Sitio sorprendió al Cardal en trance de abandonar la crisálida, una capilla propia, que llevaba su nombre. Y un cementerio.

## Una Mujer y el Mar

La mujer estaba junto a la orilla, mirando la lejanía. Una ola empapó sus ropas, y ella pareció despertar. Al sacudir la amplia pollera reparó en la ofrenda marina. Una madera esculpida, a sus pies. La recogió. Cabía en el hueco de una mano. Preciosa talla misionera. Castigada por la ola, días o meses habría necesitado ese resto flotante de algún barco náufrago, para llegar a la orilla del Buceo. Vendría del Paraguay, tal vez, por aguas del Paraná. Obsesionada por el pleito del que dependía su fortuna, la Mauricia besó la imagen de la Inmaculada, murmurando: "Virgen querida: si gano mi pleito te levantaré una capilla en el Cardal".



## La Capillita

La menciona don Isidoro en el T. 4º de su "Montevideo antiguo". Enumerando los oratorios de la época. . ."; y el de doña Mauricia, para arriba del Cardal, en la vecindad de Pacheco Medina, o del portugués Melones". Señas imprecisas. Vivían lejos uno de otro, ese Pacheco, pulpero de palenque frente al camino de los Propios, y ese portugués Melones, famoso por haber plantado los bañados de Carrasco con estacas de álamo y sauce, en el primer cuarto de siglo, obteniendo del terrateniente don Juan María Pérez, "un vintén por estaca prendida".

El salón era grande, de material, techumbre de teja, de dos aguas. Pequeña cruz de hierro forjado en el techo. Campanita de bronce en un calado del frente. Tosco portón la separaba de la calle, que corresponde a la hoy Asilo, más cerca de Pernas que de Comercio. Conservamos el aldabón centenario. Parece forjado sobre el molde vivo de la mano de doña Mauricia.

Tres imágenes: la talla misionera que dio origen a la capilla, y a la que se hizo un nicho de madera, ahuecando un pequeño tronco de guindo de la quinta; — la Inmaculada, tamaño grande; y San José. Dos candelabros de [illegible] maciza en el altar. Y una amatista. Así empezó a c[illegible] la gente, entre los años 1837-1839.

## El Cielo

Alguien conserva papeles de esta capilla. El más pequeño tiene una fecha: —"Agosto uno mil ochocientos treinta y nueve". Debajo, dos palabras: "El cielo". Luego dos letras. El mismo trazo varonil de las líneas anteriores, escribió la *G*. La *S*. trazada por mano femenina, toca la G. y la penetra. Se abrazan las dos letras.

En un ángulo, este número, que parece no tener significación: 304.

Hay un idilio no vulgar en el misterio de esas líneas.

Dos almas quisieron fijar el día santo del *conocimiento*.

Lo confiaron al papel, escondiéndolo en la hornacina de alguna imagen. Dos sombras. No habrán pensado tal vez que un cronista piadoso lo recogería para salvarlo. A los cien años, vuelven a la luz esas líneas, impregnadas del romanticismo inmortal. Vuelven, destruída ya la capilla que las recibió, reintegrados al polvo los cuerpos que supieron encontrar el cielo ese 1º de agosto. Fijamos la fecha en esta crónica, porque nos ha parecido un límpido romance, éste, desconocido y misterioso, de nuestro viejo Cardal aldeano.

## El Cardal

Se extendían hasta el mar las tierras de doña Mauricia Batalla, que habían sido de Andrés Pernas, y antes todavía de Francisco Ramírez. Lo eran ahora de esa mujer trigueña, de ojos claros y severos, edad indefinida, grandes y regordetas manos, de cuyo puño izquierdo colgaba siempre el rosario, mientras pendía del derecho la manija de su rebenque.

A caballo o a pie, alcanzaba a menudo su playa, para vigilar el transporte de la arena dulce que era llevada en carretas al nuevo pueblo, donde serviría en las construcciones principales.

A la incansable andariega, se le haría corta la áspera media legua. Desde el camino Real hasta la costa, esa callecita, no era más que una senda tortuosa, angostada más todavía por el avance de las ramas cortantes que daban agreste nombre al camino.

Cuando doña Mauricia descubrió nuestro pueblo, en su primera salida de sus tierras del Este, un inmenso Cardal lo cubría. Era la continuación del que había ocultado el cadáver de Maciel, no sepultado, como tantos godos en el combate de enero del año 7. Tan altos los cardales, "que tapaban un hombre a caballo", recordaba don Domingo González, refiriéndose a los del 51, que habían matado la víbora del camino Real. Cubría toda la tierra entre el Cerrito y el mar, avanzando por el camino a Maldonado casi en forma boscosa.

La moda y la anilina han transformado el cardo plebeyo que dio nombre al pueblo recién nacido. Doña Mauricia podría tener para los boscajes que atravesaba su caballo en el camino de la playa, una mirada, hosca, porque maneaban su paso, y agredían sus brazos, su mantón, y sus trenzas. Era ignorante. No podía conocer el rol del cardo en las costumbres y el arte de otros pueblos lejanos. Fruto espinoso y salvaje, honrado como flor natural de Irlanda, se encarama a los capiteles góticos del siglo XV, o encuentra en España el centro de algún viejo escudo de armas de la Andalucía. Los galos lo conocieron bajito, y se acostumbraron a su penca rojiza y punzante. El nuestro fue siempre menos agresivo. Nos llegó de Persia a través del terrón español, bautizado ya con su nombre de borriquero, mucho antes que el empirismo o la esperanza, empujaran la maceración de su pulpa hasta la llaga abierta de los cancerosos.

No podría la castellana sospechar todo esto, mientras cruzaba lentamente la callecita del Cardal, desconocida hoy por las gentes nuevas, que no le conocen otro nombre que el de *Comercio*.

## Camposanto de la Mauricia

En el cementerio de la Mauricia se inhumó en 1845 a don Francisco Juanicó, muerto en el Miguelete en un accidente, por haber volcado la sopanda que lo conducía. A pedido de don Eduardo Acevedo fue autopsiado, confirmándose el derrame cerebral presumido clínicamente por los doctores Muñoz y Ballesteros.

Se enterró en él a uno de los 33 de la Graseada. Spikerman, que habiendo sido sorprendido por la grave enfermedad final en Montevideo, al principio del Sitio, pidió y obtuvo del Presidente Suárez, el derecho a "morir entre sus correligionarios del Cerrito".

Ese cementerio habría tenido, según la leyenda, un raro y curioso origen. Muerta una muchacha pariente de doña Mauricia, ennoviada con alguien que no gozaba de las sim-

patías de la matrona enérgica, fue enterrada al pie de un naranjo en flor, en medio de la quinta, y junto a la capilla. Las flores cubrían ese naranjo debajo del cual se había refugiado la enamorada. Supo ofrecerle los azahares de la muerte, el árbol que no pudo brindarle los de las nupcias.

A partir del triste episodio, que nos ayuda a completar el carácter recio de la Mauricia, las autoridades habrían concedido con cierta frecuencia el permiso para efectuar allí inhumaciones locales. El camino Real era trampa y jungla. Sería una solución habilitar nuevas fosas junto al reposo de la novia. Luego la guerra aisló al Cardal. Desde entonces tuvo doña Mauricia su cementerio. Todos los muertos en las líneas de Oribe fueron enterrados en él. Todos no. Los ajusticiados no encontraron franco el sagrado recinto. Para ellos, la promiscuidad de la fosa: una zanja, cavada, por comodidad, junto al batallón del coronel Maza. Sólo una vez se rompió la costumbre. Un grupo de soldados oribistas desertó, siendo tomado por la gente del Cerrito cuando se internaba en la ciudad. El general Díaz, a cuyas órdenes habían servido esos hombres, obtuvo de Oribe la deferencia de que fueran ejecutados más humanamente, y se les fusiló. El cementerio de la Mauricia acogió sus cuerpos acribillados.

Un 2 de noviembre, el de 1852, se hizo traslado de los restos de este cementerio, al de la Unión, costado *este* del campo inaugurado en 1872 bajo el nombre de Cementerio del Buceo.

La Mauricia murió a los 73 años, el 25 de agosto de 1865. La sintió el pueblo. Por unos años la calle Montevideo, Pernas de hoy, se llamó "calle de doña Mauricia Batalla". Honróse en la chapa a la vecina de 30 años, progresista y ejemplar comerciante. Recuérdese el origen de la capilla. No fue una ofrenda. Fue un pacto honradamente cumplido. Había ofrecido a Dios un negocio: por el pleito ganado, una capilla en el Cardal. Toda su vida cumplió su palabra con la misma honradez. Esa honradez de doña Mauricia, presidió su vida noblemente enfilada dentro de la humildad.

## El Dulce Milagro

En 18 de setiembre de 1896 ofició Monseñor Isasa la última misa que habría de decirse en la capilla famosa. Fue una acción de gracias por el restablecimiento de la salud del doctor José Luis Vila, nieto de la Mauricia, y dueño entonces de la propiedad. En ese agradecimiento tan prematuro, no se contó, desgraciadamente, con la fulmínea sorpresa de las anginas de pecho.

Muchos años después llegó a oídos de los deudos, una burda noticia. El albacea doctor Luis Melián Lafinur, habría manifestado intención de convertir la capilla en caballeriza. Conservaba vestigios del incendio del año 80, pero resistía bien aún. Para evitar una posible profanación, los deudos la demolieron en pocos días. Enero 1908. Por muchos años el predio quedó abandonado. No necesitaba ya del afán cuidadoso de don Raymundo Tomarelli. Nadie cruzaba ese campo sin trillo. Pronto fue una mancha rara en la Unión. Fiesta azul de los estíos, oquedad severa y desnuda en los inviernos. En el solar de doña Mauricia renacía el cardal.

Sobre ese cardal en flor se levantó en 1918 una casita nueva. Vino a ocuparla un matrimonio joven con un hijo pequeño. El era mayor del ejército. Ella hacía versos. "El dulce milagro" fue una de sus primeras poesías. Y "Vidagarfio".

Era morena y hermosa. Venía de Melo. Y se llamaba Juana.

## AGUAFUERTES DE LA RESTAURACION

La Unión cayó en la miseria al finalizar la Guerra Grande, y este desastre es explicable.

Los jefes, oficiales y soldados del ejército sitiador, tenían familia, formada al correr de los años de la guerra. Dato curioso: los militares del Cerrito necesitaban un permiso expreso, escrito de puño y letra de Oribe, para casarse en la capilla de la Mauricia.

Casi todo argentino ese ejército. Muy pequeña la proporción de orientales. La familia de los hombres de tropa vivía en los rancheríos del Cerrito. La de los jefes y oficiales residían comúnmente, en la Restauración.

El ejército oriental de Oribe estaba a sueldo de Rosas.

Se explica que "El Defensor" no haya publicado nunca los Estados de las Asignaciones recibidas por Oribe desde Buenos Aires. Pero "La Gaceta Mercantil" divulgaba sin retaceos el movimiento de tesorería de la Provincia de Buenos Aires. Tenemos a la vista los Estados de mayo-junio 1845. La cifra de $ 277.063 reis, parece excesiva. Se trata, seguramente de una entrega global. Corresponde a las "asignaciones del ejército de vanguardia que manda el general Oribe".

Don Isidoro de María, que redactaba en Montevideo "El Constitucional", conocía esos Estados, y atribuyó siempre esas publicaciones al deseo de Rosas de humillar al general Oribe. No podía éste, después de aquéllas, negar que su ejército nacional estaba a sueldo de la Confederación Argentina.

El caserío del Cardal, convertido por la guerra en un verdadero pueblo, sostenía un floreciente comercio. Las más

calificadas familias de la tendencia oribista se albergaban en el nuevo pueblo que adelantaba fulminantemente. Constituía la Restauración la verdadera Capital del país.

Montevideo estaba reducido al corto perímetro de sus muros. Se bastaba el puerto del Buceo para abastecer todo el interior de la República. Llegaban a la Unión las carretas por las rutas de acceso de la campaña. Desbordaban de cueros de vacuno y bagual, cerda, grasa, sebo, astas. Volvían luego al campo repletas de productos que habían llegado a la Aduana blanca, en los barcos españoles y portugueses.

Para dar una idea del fuerte comercio local, recuérdese que la Restauración sostenía cinco platerías. Una de ellas ostentaba a la admiración del pueblo, una muestra de sus depósitos grávidos: sobre caballetes dispuestos a la entrada, un equipo lujoso, "el recado, un par de estribos de plata con estriberas y pasadores; un freno con copas grandes de plata, cinceladas, figurando la cabeza de un león; riendas trenzadas con 12 argollas, y 28 pasadores".

No conocía más que la abundancia, el pueblo nacido en medio del campamento.

De pronto cesó la guerra. Urquiza decidió el puntillazo a Rosas, y como primer golpe consiguió la Paz de Octubre, que fue una derrota para Oribe, y debía significar para el tirano de Palermo el anticipo de Caseros.

El tacto de don Manuel Herrera y Obes suavizó los artículos del Tratado. Pero la paz había hecho caer a Oribe. Ni vencidos ni vencedores. Sí. Pero Oribe, que vivió desde entonces en su quinta del Miguelete, o en su casa de la Curva, mucho más en aquélla que en ésta, no entró a la ciudad que había sitiado tanto tiempo hasta pasados los cinco años de la Paz de Octubre.

Esa paz derribó la Restauración y le quitó el nombre. Se cerró el puerto del Buceo, persiguiéndose como contrabando todo desembarco en sus costas. Muchas familias blancas volvieron a la ciudad. Se perdió para el comercio local los fuertes ingresos que llegaban mensualmente desde Buenos Aires para el ejército que acababa de dispersarse. Y como si estos hechos significaran poco, tiróse un decreto, en

25 de octubre del 51, por el que volvían a sus dueños primitivos "todas las propiedades confiscadas y donadas por la autoridad que durante la Guerra Grande existía fuera de Montevideo". Los jefes oribistas que habían beneficiado de esas confiscaciones abandonaron forzadamente esos bienes y se empobrecieron. Muchos de ellos no habían dado valor a las donaciones hechas con tierras y propiedades de gente colorada, presintiendo cercano el día de su anulación. Otros, excepciones honrosas, rechazaron de plano las confiscaciones en su provecho. No debe olvidarse, en el número de estos últimos, el nombre del general Ignacio Oribe y el del comandante militar de San José, don Eugenio Larriera.

Así, pues, tenía que caer la Restauración, y cayó. No era más que un pueblo grande, que debía su prosperidad al aislamiento en que había vivido hasta entonces. Cuando desapareció ese aislamiento, la Restauración cayó en un letargo del que debía despertar muchos años después. Para ese entonces ya era la Unión, y era la Cenicienta.

## Del Cerco Florido a la Candileja

Era riente el aspecto de la Restauración. Un día describió ese aspecto para nosotros, el general Visillac.

Los más pobres ranchos de las orillas eran materialmente envueltos por la madreselva o la campanilla. No había china tan indigente como para no tener su pedazo de tierra junto al pobre hogar, con un macizo de espuela de caballero o de albahaca. La borla de oro, que muchos años antes fuera cultivada especialmente por Balbín Vallejo, era frecuente adorno de los cercos aldeanos. En la esquina de la plazita, frente al templo, hubo por muchos años una altísima retama de tronco retorcido. Don Isidoro de María recuerda estas variedades en su "Montevideo antiguo". En los viejos jardines de la aldea que era nuestra ciudad, abundaban el taco de reina, el botón de oro, el alelí, el lirio, blanco o morado, la congona y la rosa. Del jardín de Maciel en el Miguelete, vinieron a aromar nuestras tierras cercanas al mar. Pero el jardín madre, nacido junto al arroyo, desapareció en

los días de la patria. Los "muchachos de Otorgués" cortaron a filo de sable todos los tallos. Eran patriotas cien por cien, y no podían conservar "ni siquiera las flores de los godos".

La calle principal carecía, como las otras, de pavimento y vereda, y estaba alumbrada muy de trecho en trecho, por faroles que protegían recipientes con aceite de potro en el que se hundía la mecha retorcida. Pero no se crea que las orillas eran oscuras. Los ranchos volvían a la candileja de la época de Elío.

Ese aspecto alegre, de remanso, lo guardaba el pueblo para su rincón del Este. El camino Real, que era como un cabo tendido hacia la ciudad sitiada, desbordaba a los lados su agreste fiesta de cardos.

Una nota singular daba aspecto inconfundible al pueblo blanco: la extraordinaria cantidad de perros, que llegó a constituir una verdadera plaga. Oribe tiró un decreto, a mediados del Sitio, estableciendo patentes, para lo que se clasificaban en distintas categorías: "chicos, grandes, mansos, de caza, perdigueros, galgos, de agua, mastines mansos, bravos y de presa".

Un diario de adentro comentó el decreto. Flotando entre la traviesa ironía, esta pregunta tremenda: "Entre los perros de presa, ¿hay algunos de los que hicieron la campaña en las provincias argentinas?"

Se refería, evidentemente a Maza, que había *cazado* en Metán a don Marco Avellaneda...

## Ya voy, la señora...

Misía Biviana Morales, vecina de la Restauración, tenía tres hijas jóvenes y buenas mozas, acogedoras y cordiales.

Por sobre sus virtudes se destacaba ésta, de origen corso: la hospitalidad.

Visitaban a menudo las amigas el pobre hogar, al que la guerra había arrebatado con el padre, el sostén. La rueda pasaba la tarde acortando las horas.

A nadie dejaba de ofrecer doña Biviana, su mate. Mate *cebado* siempre por mano de la chinita Juana, mate caliente, de yerba paraguaya o misionera, —a elección— con rosquitas o pan con grasa, de leche o de agua, con cedrón o toronjil, y hasta con *anejuti*, licor obtenido macerando en caña, durante varios meses, la cáscara de la naranja. Mate cordial, tan generosamente ofrecido, con tanta voluntad... pero que no llegaba nunca... Lo que ha llegado hasta nosotros, abriéndose paso a través del siglo desgranado, es el refrán. Promesa no cumplida: "Mate de las Morales". Llevado y traído jocosamente durante tantos años, pudo muy bien este episodio de la Restauración, esconder una situación dolorosa. Las Morales eran gente humilde y gentil. Sufrían, seguramente, no pudiendo agasajar a los huéspedes como su exquisita hospitalidad lo exigía. La ofrenda singular, que no cumplían, estaba toda ella en el convite. Sabían que no podrían obsequiar con ese mate famoso, cebado tan bien, abstractamente, por la correntina Juana, que ponía un dejo particularmente festivo en su tonadita provinciana, para decir invariablemente: "Ya voy, la señora". Pero lo ofrecían. Con ese gesto tan simple, tal vez trataran de engañarse a sí mismas. Si no lo consiguieron, han obtenido, tardía justicia, nuestra comprensión. Ella envuelve una reparadora piedad. "Gracias", por el mate que no cebaron... pero ofrecieron bien...

## Guitarra y Danza

En esas tertulias pueblerinas, sobre todo en las reuniones de la noche, se hacía música. El piano era muy raro, aun en Montevideo. Más tenía que serlo en la Restauración, donde sólo podían entrar artículos de Montevideo violando los

decretos prohibitivos de Oribe. El mismo jefe blanco los violó en 1848, en su deseo de obsequiar con un piano a su esposa, doña Agustina Contucci.

Lo que aprendían las muchachas era la guitarra. Dos maestros de fama han dejado su nombre para la crónica. Juan Eloy, a quien "se podía encontrar de tardecita, en los ranchos frente a la casa donde vivía el finado general Núñez", era el maestro más nombrado.

Pero también se permitía un aviso en "El Defensor", otro profesor de guitarra, Hermenegildo Arce, que decía vivir "junto a la tienda de don Juan José Segundo, frente al almacén del toro".

Públicamente se ofrecían los maestros de baile. Manuel Montero Calvo, maestro de banda "que había sido" del batallón "Libertad oriental", de la compañía de volteadores, "enseña a domicilio la nueva polka". Era al fin de la guerra, y hacía siete años que había invadido París el nuevo ritmo bohemio.

No son superfluos estos datos. Hablan de la idosincrasia de nuestros abuelos, y de su época. Nos recuerdan los bailes de la Restauración, tan brillantes como los del Miguelete, con los cuales, posiblemente, buscara la gente sitiadora el olvido de las amargas horas de la guerra.

En febrero del 51 vio el Miguelete el baile más fastuoso del Sitio. Concurrió a él, en casa del coronel de ingenieros don José María Reyes, lo más distinguido de nuestro pueblo, y un fuerte núcleo de familias de Montevideo. Presidió la fiesta una de las más hermosas mujeres de su tiempo. doña Manuela del Villar, dueña de casa, castellana gentil, madre de Elvira, la que fuera más tarde novia del gran afortunado que se llamó Julio Herrera.

A esos bailes asistía el mundo social de nuestro pueblo.

El recato y la laboriosidad presidían la vida interior de las muchachas de la Restauración. Lo consigna una crónica social de la época, firmada por B. Quintero, verdadero cronista de retaguardia. Este párrafo corresponde a uno de los otoños posteriores al Sitio: "Los días de trabajo se ocultan las niñas a sus quehaceres domésticos; los domingos apare-

cen estas sílfides radiantes y hermosas, como la purpúrea rosa al nacer la fulgente aurora". Estrujando el párrafo conseguimos esta visión perfecta: las sílfides no eran callejeras, ya que se guarecían detrás de la reja durante la interminable semana que no disponía todavía del sábado inglés; y no eran gordas, lo que se debía, probablemente, al régimen del Sitio, compensador y estético.

## El Señorío

Conoció grandes damas la Restauración: Juana Illa y Viamont de Basañez, María Hinés de Larravide, Teodora Lima de Vilaró, Ana Rella de Bianqui, Clara Sienra de Díaz, Francisca del Campo de Arboleya, Bernarda Aguirre de Fernández, Paulina F. de Díaz, Manuela Rama de Pijuán, Felipa A. de Segundo, Gregoria Pérez de Vila, Celmira Iriarte de Reissig, Belarmina U. de Ribas, Dolores N. de Iriarte, Carmen A. de Arboleya.

Y la gran dama que fue doña Agustina Contucci, esposa del general don Manuel Oribe. Y Fátima Díaz de Acevedo, madre de Eduardo Acevedo Díaz. Y Manuela Gómez de Visillac, hermana del general Servando Gómez, y madre del general José Visillac, recientemente fallecido, cuando alcanzaba el siglo.

Disponemos de un verdadero censo social de la Unión, posterior a la Guerra Grande. Es la petición de los feligreses de la parroquia de San Agustín al coronel Flores, en ejercicio entonces del Poder Ejecutivo, en febrero 8 de 1854. Deseaban los firmantes que se incluyera al cura don Domingo Ereño, desterrado político, en el decreto de amnistía de 27 de enero de ese año. Volvería en esa forma la iglesia de la Unión a contar con su antiguo pastor, violentamente sustituído en diciembre del 53, no por las autoridades eclesiásticas, sino por el Triunvirato. El pedido no tuvo andamiento. Pero por sus 78 firmas de damas locales, y sus 605 nombres de caballeros, disponemos a la distancia, de un precioso censo de la época.

¿No sería el discretísimo conjunto de muchachas de la

Restauración —sólo San José ha conocido tantas muchachas hermosas como nuestro pueblo del Sitio— el verdadero señuelo que atraía hasta su romántico caserío a la más distinguida juventud de Montevideo de mediados de siglo?

En esa época la Restauración era el campo. "Lo que Aranjuez para Madrid", decía una crónica, "y San José de Flores para Buenos Aires".

Una selecta tertulia de mozos se agrupaba los domingos en la quinta de don Tomás Basañez, alrededor de Adolfo, hijo del castellano del lugar, que acababa de recibirse de doctor en jurisprudencia. Era el grupo de graduados de 1854. Véase estos nombres: Adolfo Basañez, Plácido Ellauri, Eustaquio Tomé y Domingo Gounouihou, doctores en jurisprudencia, Ildefonso García Lagos, Mariano Ferreira y José Pedro Ramírez, bachilleres.

De ese grupo, un hijo de don Doroteo García, de tan conocida actuación en el Cerrito, tomó muy pronto el camino del periodismo. Muchas crónicas de Ildefonso García Lagos, aparecidas en "El eco de la juventud oriental", nos ilustran sobre esa Unión curiosa y típica del 54, que él conoció tanto, y que atravesaba a menudo a caballo con su padre. Se apeaban en la barraca de don Casimiro Solanet, verdadero banco de la época, establecida en el solar del cuartel. De allí un carruaje los llevaba hasta la chacra de Toledo.

Por una de ésas crónicas, "El hombre-poste", sabemos cuáles eran las verdaderas peripecias del novio de esquina. Por otra, "La unidad del alma en relación con los ómnibus", nos enteramos de este detalle realmente curioso: los ómnibus a la Unión cobraban *un* boleto por persona, desde la salida del sol hasta su puesta; y cobraban *dos* después de la puesta del mismo. Eso pudo constatarlo en carne propia el satírico periodista que era en ese tiempo don Ildefonso, lo que lo empujó a la conclusión de que la Empresa de ómnibus que a Larravide tenía por capitán, negaba, por motivos de mostrador, la unidad del alma.

## A Primera Sangre

Esta es la Restauración del Sitio, y la Unión primitiva de la paz. Muchas aguafuertes de la época merecen un lugar de recuerdo.

Con una de ellas cerraremos estas líneas.

Dispersado el ejército del Cerrito en octubre del 51, no todos los soldados, como es natural, tomaron el rumbo de las provincias argentinas. Un buen número, sobre todo de criollos, quedó en la Restauración. Durante muchos años esa gente fue carne de pulpería. No tenía hábitos de trabajo, y por otra parte, la única obra pública de aliento de la época, la plaza de toros, alivió en muy poco, durante un año, la desocupación lastimosa que reinaba en el pueblo. Los incidentes sangrientos no eran raros, entre ese elemento que no fue matrero por falta de ambiente, pero que sólo sabía matar el tiempo con la baraja o con la taba. En 1854 el comisario resolvió una noche dar una batida. Su resultado fue sorprendente. Sobre la mesa de la comisaría, instalada en un ángulo del colegio, exactamente donde hoy el doctor Plá enseña clínica médica a sus muchachos, cayeron *ciento doce* cuchillos y dagas de todo tamaño y calidad. Se explica. El arma blanca era la más usual en la época entre el elemento humilde del pueblo, por su precio menor. En esa Unión a nadie se le caía el facón de la cintura.

Eran los tiempos heroicos del desafío sin odio, a la puerta de las pulperías. Sin odio y sin rencor. "A primera sangre". Los adversarios eran amigos: y no se disputaban en este tajo, una mujer querida. Peleaban, *por una caña.*



## SOBRE FINANCIACION DE LA GUERRA GRANDE

Doble gobierno tuvo la República durante el Sitio Grande. Dentro de los muros de Montevideo, Joaquín Suárez. Desde su loma del Cerrito, Manuel Oribe. Los dos tuvieron dificultades para sostener su gobierno.

### Montevideo

La plaza sitiada conoció la miseria. Aviso de diario, 1849: "calle del Cerrito número 23. Sabroso y barato dulce de zapallo". Lo preparaba y vendía un emigrado argentino. Tal vez se quitara el uniforme para hacerlo, ese general Lamadrid, que, con asombro de los montevideanos de la época, era el modesto industrial del aviso.

Un detalle. Sí. Pero basta él para imaginar la miseria ambiente. Sobre esa población empobrecida no podían caer cargas demasiado pesadas.

Disponía el gobierno, de la *Aduana*, como principal arbitrio fiscal. Bloqueados durante los años 1846-47 los puertos de Rosas, la Aduana de Montevideo percibió en ellos casi cinco millones de pesos.

De haber continuado el bloqueo, el erario nacional habría florecido. Inglaterra echó cálculos, y levantó ese bloqueo peligroso para sus finanzas. Francia la imitó, pero, menos rígida, indemnizó al gobierno uruguayo por la baja de su renta aduanera, fijándole un subsidio.

Al principio los impuestos internos aparecieron tímidamente. A uno de ellos, el de puertas y ventanas, la pobla-

ción, cáustica como siempre, lo bautizó con el nombre de "impuesto de tinieblas". "De luces" lo llamaba el Mensaje. Don Eduardo Acevedo consigna el hecho justificando el primer adjetivo. Los propietarios reducían en lo posible el número de aberturas a la calle, para pagar menos contribución.

Al principio de la guerra el gobierno de la Defensa había sido violento en sus procedimientos impulsivos. Apenas invadido el país, vendió el impuesto de patentes, alcabala y papel sellado, correspondiente a 1844. La suma obtenida fue suscrita con carácter obligatorio. Al grupo de capitalistas designado no se le consultó. Se debía llegar a tal cantidad. Correspondía tanto a cada uno.

No bastó el expediente. Se contrató entonces préstamos internos, con la garantía de las rentas de la Aduana. Pronto se fue más lejos. Esas rentas, siempre intangibles, fueron enajenadas.

En 1844 se formuló un plan de *confiscaciones*. Los ciudadanos que luchaban contra la República deberían perder sus bienes. El Senado detuvo el proyecto ya aprobado en Diputados, y la Defensa, que no confiscó las propiedades de los blancos, se ahorró un baldón.

En los principios del Sitio se acuñó plata en Montevideo. Los hombres del gobierno le huían al papel moneda, tan tentador, y tan peligroso. Las emisiones repetidas terminan en inflación, y en ruina. Se produjo entonces un doble milagro, por la energía de Andrés Lamas reforzada por la de Melchor Pacheco y Obes. Milagro el surgimiento en Montevideo de la Caja de Moneda Nacional. Milagro inaudito, la obtención, en esa misma Montevideo empobrecida y hambrienta, del metál con que debían ser acuñados los famosos pesos del Sitio.

Es magnífico el espíritu de la plaza. Responde al llamado sintiendo la grandeza de la hora. Pacheco usa de la violencia sólo por excepción, en los casos en que el sectarismo pretende esconder la veta incaica.

Se reúnen 19 arrobas de plata y se las envía al Ministro de Hacienda, junto a las listas de la colecta. Juan Fran-

cisco Giró, más tarde destacada figura en el campo opuesto, envía "una palangana de plata". Discreta, la lista no refleja el gesto que completó la dádiva. Fue gozoso el de Gomensoro, y el de Bernardo Bajac, entregando los cubiertos conservados hasta entonces como recuerdo de un pasado esplendor.

El Patronato de San Francisco reúne sus alhajas. La nota que acompaña las siete libras de plata maciza, recalca la falta de espontaneidad de la entrega.

Grandioso el esfuerzo. Pero con esos recursos, Montevideo, que no pagó sus servidores civiles, ni militares, apenas pudo hacer frente a la guerra. Tan vacías las arcas, que cuando se quiso premiar el sacrificio de Garibaldi, se dispuso sólo de unas pocas decenas de patacones. Una parte de ellas la aceptó el héroe de San Antonio. No tenía, cuando recibió la visita de los hombres del gobierno, ni siquiera velas para alumbrar su casa desmantelada...

## El Cerrito

Oribe disponía de más entradas. Rosas pagaba bien los hombres de su ejército. El dinero de Buenos Aires producía el milagro del florecimiento del Cardal. Giraba esa plata extraña en el pequeño pueblo surgido como por encantamiento entre una playa y un cerro.

Establecida en el Buceo, la *Aduana* de Oribe engendraba fuertes entradas anuales.

El puerto de Nueva Palmira y la Aduana de la Colonia, constituían magníficas fuentes fiscales para el general oriental. Desde agosto de 1843 había prohibido Oribe la marcación en las estancias. La medida, temeraria, debía tener dos efectos. Uno, inmediato: el atascamiento de carnes y cueros para la exportación, con el inmediato florecimiento de las arcas del Cerrito. El otro, tardío. La medida perjudicó vitalmente sobre todo a los estancieros brasileños, establecidos en los departamentos limítrofes. 300 hacendados en total. Su descontento fue permanente hasta el fin de la guerra.

En 1846 la ley de abolición de la esclavitud en el campo sitiador, debió necesariamente acentuar el malestar entre esos hacendados del Este. Habían perdido. Ahora soplaría el encantador sobre la carne africana. Casi todos los esclavos liberados se hicieron soldados del ejército blanco.

Pensó en indemnizarse a los dueños, pero la indemnización vendría después de terminada la guerra, de resultado incierto todavía.

Los atropellos a la propiedad brasileña hallaron en el barón de Yacuy un reivindicador enconado. El preparó el ánimo del Imperio para la intervención del 51. Si la llegada de Urquiza fue decisiva, no debía serlo menos la acción de presencia del ejército imperial en la paz de Octubre. Acción lejana, sí, pero cierta.

Enormes cantidades de cueros secos se exportó por el Buceo durante la Guerra Grande. 323.000 en los primeros 20 meses del Sitio. La cifra fue aumentando. Cuando en 1849 el cura don Domingo Ereño pidió a Oribe su ayuda para la construcción del templo de San Agustín, el Presidente del Cerrito le concedió, junto con su fuerte contribución personal, un tanto por cada cuero de vacuno que se exportara por el Buceo. No era despreciable la ayuda, aunque los cueros, según "La Estrella", desprejuiciado periódico colorado del famoso manco Méndez, valían apenas doce vintenes durante la guerra.

Fuera de la Aduana disponía Oribe. para mantener su Gobierno. de los ingresos derivados de las patentes de giro. Dos categorías. *Fijas*, en número de 27, desde $ 2 que pagaban los tambos, hasta $ 200 los saladeros. Y *proporcionales*. Estas las pagaban los establecimiento de pastoreo y de labranza, según las cabezas de ganado o las fanegas de trigo cosechadas.

Conoció el Cerrito otra fuente de recursos con la que pagó servicios a sus defensores más destacados. Son las *confiscaciones*. Caben perfectamente entre las leyes tributarias del Cerrito. Ley de julio 1845: "Los bienes de los salvajes unitarios, embargados en todo el territorio de la República, son propiedad del Estado". No era idéntico el proyecto de Mon-

tevideo, que el Senado rechazó, y no fue aplicado nunca. La Defensa había pensado documentar la toma de bienes, para dar cuenta al final de la guerra, indemnizando a los perjudicados del momento. Esta es la diferencia entre las confiscaciones de los dos campos. El gobierno sitiador dictó su ley, y la cumplió fríamente. En nuestro Cardal hay recuerdos. La iglesia de San Agustín está edificada en parte sobre los solares donados por Basañez, y en parte sobre terrenos "que pertenecieron al salvaje unitario don Juan Miguel Martínez".

A pesar de los ingresos obtenidos de esta manera, siempre tuvo Oribe dificultades económicas frente a los compromisos de su gobierno. Alguna vez orilló esos obstáculos con decretos verbales. Así, por orden expresa del general Oribe, desde el principio de la guerra hasta su terminación no pagaron alquiler en el Cardal las familias de los soldados del Cerrito. El 29 de enero de 1849, el juez de paz de la Restauración, don Tomás Basañez, contestó a Fco. Poucey, que solicitaba desalojo del inquilino Pedro Garat, por falta de pago en los alquileres, "que tenía orden del señor Presidente para proteger las familias de los individuos que estaban en servicio activo". Varios expedientes del juzgado de las secciones 4ª y 5ª —hoy nuestra 10ª— contienen esas mismas palabras de protección y de asilo.

Conocemos el rincón del Cardal objeto del juicio de desalojo. Corresponde al ángulo de las construcciones del Molino. Molino de don Tomás Basañez, primero, y más tarde de don Lorenzo Cardona. Allí arrendaba unas piezas Poucey y subarrendaba una a Garat, soldado de Oribe en servicio activo. La casona fue demolida hace un mes. Su construcción era anterior a 1843. Podemos asegurarlo, porque cuando Mayol y Fontgibell llegaron a la Restauración y comenzaron a levantar el pueblo, impusieron su *método*. Ya no hubo paredes nuevas del tipo de las antiguas: entre dos filas de ladrillo parado, una de ladrillos horizontales. Era el método francés. Por otra parte, no presentaba ese muro centenario, la marca de los catalanes ya nombrados: pedazos de hierro incrustados entre los ladrillos, herraduras, mojo-

nes, endureciendo la construcción, haciendo más resistentes los materiales.

El "Proceso al asesino de Florencio Varela", publicado en Buenos Aires en 1935 y comentado por Villar, nos revela un dato interesante. Federico Suárez, a fojas 105: "...que trabaja en el bote *9 de Julio*, perteneciente a Manuel Páez, en la pesca de lobos, por orden de don Manuel Oribe, quien recibía la tercera parte de los cueros de dos pelos, y todos los de un pelo, repartiéndose el resto entre toda la tripulación".

La matanza se hacía en Castillos. En ocho meses obtuvo Suárez tres mil cueros. Nos imaginamos su especial interés en masacrar lobos de dos pelos, por cuyas pieles se obtenía cierta ganancia, descuidando un tanto los de uno solo, que no dejaban ninguna.

Sobre la agricultura caía también la zarpa estadual. El gobierno del Cerrito supo interesarse en la marcha de las plantaciones vecinas. Líneas tomadas a "El Constitucional" de don Isidoro de María, de abril 9-1845: "La cosecha de trigo muy abundante en la Chacarita, Manga, Carrasco y Cardal. Oribe dio licencia para sembrar por estos alrededores, y les impuso a todos los campesinos una contribución de trigo y millo, después de la recogida, que los dejó temblando. De cada 10 fanegas exigió 5 para el Estado. En fin, los más trabajaron para el diablo, porque por poco no se queda con toda la cosecha el Sr. Oribe, para venderlo o suministrarlo al panadero que abastece de pan al ejército, y que está a medias con Oribe en el negocio".

Esa correspondencia está fechada en el Manga, en 3 de marzo de 1845, y luce una firma poco solvente: N. N. Se escuda el corresponsal en el anonimato, porque siendo vecino de Manga, no puede firmar esas líneas publicadas en un diario de *adentro*, y con un cargo tan concreto. Termina así la carta: "El Sr. Oribe dio orden para que nadie pudiese trillar con otra yeguada más que la de cierto jefe de su amistad, que llevaba un dineral por cada trilla".

La posdata aclara un tanto el clima de la época: "Nadie puede cuerear un animal sin dar el cuero y la grasa para el Estado".

Podría dudarse, y con razón del valer de estas correspondencia anónima transcrita. Podría dudarse *antes*. Ahora no. Para confirmar lo aseverado en aquella comunicación, han cobrado voz los viejos expedientes del juzgado de la Unión. En uno de ellos, el iniciado en Octubre 15-1849 —fojas 168— se habla de la panadería de propiedad de Vicente Ponce de León y Manuel Reyes en la Restauración. Las comillas siguientes encierran palabras del expediente: "Esta panadería trabajó algún tiempo por cuenta del Presidente Oribe". Tiene que haber sido así, ya que cuando demandan a Ponce de León por cobro de 202 pesos fuertes, el demandado expresa que "esa suma debe pagarla el Superior Gobierno", y no él. Comparte su opinión el juez Basañez, y designa al Sr. Ponce de León, para que se entreviste con el señor Presidente, "para ver de obtener de él algún dinero".

Así, pues, lo que se denunciaba en 1845, era cierto en 1849.

Aclaremos. No podemos aprobar la actitud del Presidente Oribe, gobernante y socio a un tiempo mismo, de una casa de comercio proveedora de su ejército. Pero esta actitud aislada del Presidente del Cerrito no nos permite sospechar de su honradez personal. Don Manuel Oribe no murió rico. Pudo disponer de la titulación del Cardal. Sin embargo, sólo fue dueño de un solar, de uno solo, sobre la calle del general Artigas. Sobre él estaba la casa donde vivió el jefe argentino Quesada, casa histórica, donde se firmó entre Flores y Oribe el Pacto de la Unión, comenzado por un abrazo en 1855 y concluído en 1858 por el degüello de Quinteros.

Ningún otro título del Cardal nos muestra al general Oribe como propietario en *su* pueblo. En *su* pueblo, que él fundó al conjuro de su voluntad todopoderosa. Desde el Cerrito obtuvo dinero de distintas maneras. Desde la de la entrega espontánea, hasta la menos pulcra de la confiscación. Pero ese dinero lo gastó íntegro en el sostenimiento de *su gobierno*. La honradez del general Oribe no ha sido discutida, y su administración como Presidente legal hasta su renuncia de 1838, fue absolutamente correcta, en cuanto al manejo de los dineros públicos.

# UNA ANTIGUA CALLE DEL PUEBLO

Puede interesar la historia de una calle, como la de un hombre. La fisonomía de aquélla, como la de éste, muda y se torna con el instante fugitivo. No del todo. Siempre queda algo rebelde al cambio. En el hombre, los ojos. En las casas viejas, el alma. No consigue el halo senil volver torva la tierna mirada. Cae la pátina de los años y envuelve al edificio que sabe envejecer sin perder su encanto antiguo. Sobre hombres y cosas deja un sedimento idéntico la fuga del tiempo. No será de tristeza. Pero se acerca mucho a la melancolía.

* *

Desde la infancia de nuestro pueblo, la calle del Pantanoso estuvo cortada, como ahora, bruscamente, del lado del Sur. Un campo de varias hectáreas le servía de límite. Campo quebrado, dejaba ver, de trecho en trecho, la piedra de su entraña. Pertenecía desde 1832, al Juez Ordinario de Montevideo, don Tomás Basañez. Ese bien era una mínima parte de las propiedades del terrateniente del Cardal. Campo de pastoreo. Lo fue hasta 1866. El general Flores proyectó ese año la pavimentación de nuestro pueblo.

Diego J. Martínez inició una rápida inspección por las orillas del pueblo. Era el primer empresario del empedrado local. Para no encarecer la obra pública necesitaba piedra producida en el lugar. En las lomas del campo de Basañez halló a flor de tierra la piedra que buscaba. Se le dio la concesión al señor Castellanos, y el vecindario empezó a familiarizarse con el ruido de los barrenos. Muy pronto habría de acostumbrarlo a los cañonazos, la ciega intrepidez de Timoteo Aparicio.

Don Tomás Basañez murió en 1873. Sus herederos vendieron en 1898 su campo.

Lo compró el Consejo Penitenciario que se apresuró a establecer allí un lugar de trabajo para 50 penados, bajo la vigilancia de un piquete militar. Desde entonces se conoció el predio como "la cantera de los presos". Treinta años. Con el Centenario desapareció el penal. La cantera se llenó de agua, y para distraer sus ocios ahoga un vecino por año. Un vecino confiado, que trata de refrescarse en sus aguas.

Su aspecto actual es desolador. Unas pocas casuchas de lata bordean las aguas de la cantera, del lado del Norte. Al vecindario, lo rodean las ratas y los cerdos.

* *

Con la piedra de esa cantera se pavimentó esta calle. Antigua calle del Pantanoso. Se le había dado ese nombre cuando el ingeniero Reyes delineó la Villa de la Restauración respetando en lo posible la bizarra alineación del caserío del Cardal.

La sección chacras de la antigua jurisdicción de la Unión, estaba limitada por cuatro arroyos: Toledo, Manga, Pantanoso y Miguelete.

Los cuatro se colaron en nuestra primera nomenclatura.

La calle que hoy se llama Pan de Azúcar se llamó entonces *Toledo*. En ella nació Eduardo Acevedo Díaz.

La que llamamos Porvenir, fue la del *Manga*. Vivió varios años en ella Francisco Acuña de Figueroa.

La que hasta el 9 de junio de este año fue calle del Plata, era en aquellos tiempos, la del *Pantanoso*. En ella educó a nuestras primeras generaciones, don Cayetano Ribas.

La Forteza de hoy, fue la del *Miguelete*, de ayer. Demolieron hace treinta días la más vieja casa de esa calle. Sus muros guardaban los ecos de la infancia de Juan Carlos Gómez. Sus anchos muros de ladrillo y barro...

* *

Así, de rica, es la historia de las viejas calles de nuestro pueblo

* *

No lució 20 años el nombre de Pantanoso. De 1849 a 1867. año. este último, de revisión total de nuestra nomenclatura.

La calle del Pantanoso se transformó en la calle del Plata. Como regalo de bautismo, o de confirmación, tres cuadras de afirmado de cuña. De Figueroa a Montecaseros.

De Figueroa al Sur, quien se dirigía a las canteras debía sortear el pantano que bordeaba la quinta de los Risso. De Montecaseros al Norte había otro pantano respetable, el de Malladot. foso y ciénaga que hacían inaccesible por ese lado la conquista de la Plaza de Toros.

Así. de confortable y acogedora. fue nuestra vieja Unión, siguiendo la flecha de la romántica calleja del Plata.

* *

En esa calle, junto a Nueva Palmira, a treinta pasos del famoso ombú que cortaron hace poco "porque estorbaba" nació hace 60 años un testigo de esta historia humilde, Luis Mangini, "barbero militar" según él, título bien ganado, según nosotros. Empezó su oficio afeitando en el histórico cuartel de artillería al coronel Adolfo Pérez, y no lo ha terminado, ya que sirve aún al general Ramasso, en su retiro de Pocitos.

Frente a su casa se conserva intacta la *azotea* de Joaquín Requena. Plata y Timoteo Aparicio. El viejo caserón merece la cruz de una chapa recordatoria. En ella nació, en 9 de marzo de 1883, Francisco Alberto Schinca. Muchos años después instaló allí su salón el pardo Fonseca. Desfilaron entonces por los "bailes de Luciano" varias generaciones de jóvenes curiosos, o desaprensivos. Ocupa la construcción un terreno amplio, cuña entre la casa de Requena y las tierras de los Baraldo, uno de los cuales, o los tres —Quintín, Ricardo y Teodoro Andrés— *habrían* tenido participación activa en el asesinato del general Flores. Subrayamos la palabra para significar con ella una negación, más que una duda. Los Baraldo se atribuyeron siempre esa muerte inno-

ble. Tenían el deseo, el antojo, de haber participado en un crimen político. Uno de ellos, varios años después de este episodio, se concedía el honor de haber intervenido en el asesinato de Urquiza. Su relato, confidencial y novelesco, permite relacionar su supuesta participación en la muerte de Flores, con el delirio reivindicatorio que se agudizó evidentemente en él, en los últimos años de su vida.

Mucho más callado, hermético en realidad, era Quintana, desaparecido de la Unión en 19 de febrero, y muerto en Aceguá algunos años después, rehuyendo toda conversación que girara alrededor del asesinato de don Venancio...

* *

La casa contigua es "la casa del esclavo". El esclavo era "tío José María", africano criado en casa de su amo el señor Vidal. El 55 llegó a la Unión desde Solís, casado ya con Rosa Vilaza. Era libre desde la ley del 42. Compró en $ 60 a de Malladot, foso y ciénaga que havían inaccesible por ese tanoso, a menos de 200 metros de la calle del General Artigas, que había sido Real, y Restauración, y sería, pasados los años, 8 de Octubre. Catorce varas de frente por diez y ocho de fondo. Lindaba al Sur con terrenos de Requena, y al Norte con tierras de Sebastián Martínez. Edificó "tío" José María un pobre rancho de terrón. Se lo incendiaron. Se probó la intención dolosa, y se castigó. Pero el atropello benefició al moreno. Una suscripción popular le permitió levantar rápidamente sobre las ruinas humeantes, una casa de material. Esa es la "casa del esclavo". Tiene aún el mismo aspecto de 1856. Los que la conocen saben que la suscripción no alcanzó para el lujo de un reboque.

"Lo que importa es el techo, amito", nos dice con voz débil la hija del esclavo. Fructuosa, pisando el siglo, que nos acompaña hasta la puerta, repitiendo, obstinada: "Yo creo que tengo más de 300 años"...

* *

Enfrente, un terreno de leyenda. La quinta de don Pedro. Descanso de aquel trabajador infatigable que fue don

Pedro Staricco. La plantaba con amor, y cazaba en ella. Un maestro, poeta laureado hoy, une los más lejanos recuerdos de su niñez, a esas aventuras de caza en la quinta de don Pedro, en las que nunca jugó, claro está, más que un ínfimo rol de ayudante...

* *

En Plata y Figueroa, lo que fue cuartel del coronel Belén. Una fuerza de caballería a su mando ocupó esa finca en 1875. A raíz de los sucesos de enero, se destacó a distintos puntos de la capital, batallones de vigilancia. A la Unión le tocó en suerte el que comandaba Belén. La casa fue arrendada al Gobierno por doña María Rubin de Baraldo. Una de las piezas la alquilaba de tiempo atrás, Bernardo de la Quintana, verdadero Brummel de la época, quien se presentó en queja al Juzgado local, declarando la desaparición de su guardarropa, que coincidió casualmente, con la ocupación de la finca por parte del batallón. Entre las "piezas" sustraídas a de la Quintana, se contaban "5 chalecos, 2 levitas, 6 pares de pantalones finos, 3 paletones de lustrina, 4 sombreros de fieltro". El cuarto tenía llave, pero al Petronio saqueado por la soldadesca... le habían "serrajado" la puerta...

40 metros más al norte, la casa donde vivió bastante tiempo el comisario Laborde. Dividida, lleva hoy los números 2517 y 2519. Veinte años de comisario, desde las épocas sombrías de Latorre y de Santos, hasta la más pacífica de J. L. Cuestas. Frente a esta casa el portalón de Preliasco. Se abría en las madrugadas, y salían rumbo a la playa, belfo húmedo y columna de humo, cuatro bueyes y la zorra en la que se traía la arena desde los altos médanos. Todos los días igual escena, mitad campo, mitad mar, hasta aquel mediodía en que Ambrosio, el viejo boyero de la barba florida, quedó en el fondo del foso, colmado súbitamente por las arenas homicidas.

En la esquina de 8 de Octubre y Plata, un almacén. Hay negocio en ese punto, desde hace un siglo. Durante el Sitio Grande el "Almacén del Sol" tuvo aviso en la cuarta página de "El Defensor de la Independencia Americana".

Desde 1846 rezaba el aviso: "En la calle de la Restauración, al lado del Café de los Federales". La vieja propiedad fue de Ventura Lazota. No se la reformó nunca. Cuando la entrada de Aparicio había allí otro letrero: "Almacén de los catalanes". Vino luego Villegas. Luego Olivé. Con este último comienza aquí el tradicional "Almacén del Cerro Largo". Esa es su cuna. Olivé venía con Vilaró desde los pagos lejanos de Dionisio Coronel. La procedencia gaucha le dio al comercio un nombre que resiste al tiempo. El 83 compró don Rafael Alvarez. Como empleado suyo, Cufré. Han pasado ya 55 años, desde que éste transformara el negocio en "Antiguo almacén de los amigos". Ni se ha movido más don Rafael de su banquito, ni ha dejado de ser nunca, en todas las épocas, "amigo de todos los gobiernos". Lo dice con altivez y se asombra de nuestro asombro.

Desde su observación ha visto en ese medio siglo largo, todo lo digno de ser recordado.

Un erizamiento de nuestras cejas.

Si. Todo.

El 90 colocaron un poste surtidor en la esquina del norte. El 95 un buzón en la esquina del sur. Zambrana hizo nombrar a don Rafael, decano de nuestro comercio local, agente de correos.

* *

En los diarios viejos y en los papeles amarillentos está todo el pasado lejano. Por los avisos de "El Defensor" podemos asegurar, a tanta distancia, y después de un examen detenido de la edificación de la calle principal del Cardal antiguo, que en Plata y 8 de Octubre, en la vieja esquina de las calles Real y Pantanoso, estuvieron tendidas hace cien años las enseñas de una rivalidad comercial... y astronómica. Porque frente a la esquina del Sol, con su Almacén de muestra seguramente simbólica, lucía, en el costado Norte, la esquina de la Luna. Una tienda cuyo nombre pálido llegó casi hasta nosotros.

* *

Es realmente esta calle, una de las que más tradiciones guarda, y más retazos de historia local. Sigamos Plata cruzando la Avenida hacia Juanicó. La tercera casa baja, achacosa, es la antigua escuela de Ribas y de Cordero. Tenía un gran número: 63 sobre el marco de la puertita de entrada. Dos maestros, don Cayetano Ribas, y don José María Cordero, enseñaron por varios años, con devoción, a los niños de la Restauración y del Cardal. Se separaron en 1851, tristemente, sin amistad, en una fría sala de Juzgado de la calle del Colegio, bajo la mirada afectuosa y apenada de don Tomás Basañez, Juez y patriarca de nuestro pueblo.

Antes de alcanzar Juanicó, la casa que tenía el Nº 57. Vivía Isasmendi en ella, en 1898. Recibió visitas militares fortuitas, previas al movimiento militar que estalló en la madrugada del 4 de julio.

En la esquina Sureste, el frontón de Franchez, que fue de Eusebio Martínez, y que guarda aún las ovaciones con que los aficionados a la pelota vasca premiaron alguna labor excepcional de Paysandú, a quien cantara el sacerdote Lacroix en versos que todavía, encuadrados, guardan algunos comercios locales en los muros antiguos.

Después... Después, no queda nada. A la calle Plata la han guillotinado con un golpe de nomenclatura. La cabeza, ensangrentada está ahí, al alcance de la leyenda. Ha caído en el último trozo de la calle Plata, que ya no se llama así, sino Lucas Moreno. En esta época de imágenes retorcidas la figura del final de la calle simulando una cabeza cortada con la cuchilla del nomenclator, es exacta y original. Cabeza roja. El Puerto Rico.

Salón crapuloso de donde salió más de una vez aquel a quien el destino pudo asegurar que no dejaría nunca la calle rea. Del Puerto Rico al Penal de la cantera. A pagar una puñalada. Por una traición. O por un desvío. Después de la visión penosa, el amable recuerdo. En el espacio libre entre ese final de la calle Plata y la Plaza de Toros, podía verse hace 70 años un espectáculo inalterable en los días 21 de junio. Medio centenar de muchachos rodeaba un buen fuego de troncos cerca del cual se asaba lentamente, sobre una re-

ja de ventana, una vaquillona con cuero. Alguna vez se acercaba a ese fuego un hombre alto y delgado, y daba vuelta el asado lanceándolo con una horquilla de pasto. Cuando la vaquillona estaba a punto, todo el Colegio de San Luis Gonzaga le hacía los honores alegremente. Porque ese era el Colegio, y así se honraba en él a su patrono. Con un pic nic *en las afueras*, bajo la égida del buen Maestro don Ignacio Mutuberría.

* *

Nos ha parecido interesante revivir el pasado de una calle de la vieja Unión que desaparece. Elegimos ésta por su jugosa tradición. Y por la pérdida de su nombre. Desde 1938 se le denomina "General Félix Laborde".

# BAJO LA CRUZ DEL SUR

## Dos hombres nacidos en la Coruña

Cuando lo recorrieron a caballo por la primera vez, comprobaron los hermanos Fariña que ese campo era bueno. Terreno raso, chirca y cardo, y un arroyo cruzándolo. Doscientas seis cuadras con bajíos y quebradas, tomando altura suavemente hasta adentrarse en medio de la loma. Enclavado entre el Cardal y el Cerrito, lindaba con la chacra de los Durán. Lo arrendaron en $ 500 a don José María Platero y a don Domingo González. "Con esta fecha, 21 de agosto de 1835, emprendimos la sociedad con don Andrés Fariña, poniendo éste de capital $ 4.903 con 371 reis, y yo pesos 2.500". Primera anotación que dejó en los libros del negocio don Antonio Fariña, y que acaba de entregarnos su nieto Horacio. Forma con los 30 paquetes de cartas que los acompañan, el más valioso archivo a consultarse sobre la iniciación del Sitio de Montevideo por las tropas de Oribe. Suma irrisoria esa de $ 7.403 con 371, para comenzar una industria que demandaba fuerte capital. Una tropa de novillos podía evaporarla. Muy pocos años se necesitaron para que uno de los socios anotara éstas palabras de triunfo: "Todo zanjeado y con tunas, higueras y membrillar; con laguna y quinta; con bajíos, corrales, mangueras, atahona, tendales. Un establecimiento que no había mejor en la capital, pues además de todo ésto, teníamos diez carretas con 120 bueyes para los acarreos y tropilla, con yegua madrina".

En agosto de 1839 el capital ascendía a $ 57.755 con 567 reis. La instalación era costosa. Los postes de los corrales, de

ñandubay; de guayabo los tendales y las mangueras.

Por los bergantines *Leopoldina. Concepción. Bella Teresa*, cuyo capitán era el conocido armador Juan Maristany, y la *Rosario*, polacra española comandada por Durell, los Fariña enviaban a los puertos de La Habana y del Brasil los productos del saladero; tasajo, sebo en rama, cerda, aspas de novillos, cueros y lenguas saladas. Los barcos volvían cargados de bolsas de fariña y arroz, barricas de azúcar y bacalao, rollos de tabaco, pipas de caña, ticholes, géneros... y onzas de oro.

Alrededor del enorme y viejo ombú se agrupaban las 28 piezas de severa edificación en la que podía descubrirse la influencia española. No era tejado el techo, sino de azotea, con una simple cornisa sin adornos. Muchas piezas ofrecían una abertura al patio. Las puertas, fuertes, con tableros salientes; las ventanitas con reja de hierro y rizo al centro. Durante tres años el campo fue arrendado. Carta de Antonio, de julio 3-1838: "Estamos para realizar la compra del saladero. cuya demora pende en que este pays afortunado no está en su berdadera tranquilidad; un destino fatal a querido robarnos un día de alegría; este fatal día hacido el 15 de Junio que nuestras armas sufrieron un pequeño contraste"...

Oribe era Presidente aún, y ese 15 de junio el general Rivera había deshecho sus fuerzas comandadas en la acción por Ignacio Oribe y J. A. Lavalleja. Ese *pequeño contraste* debía arrancar al gobernante su renuncia. Fue. pues. en seguida de Palmar que los Fariña compraron el campo y edificaron en él *sus poblaciones* definitivas, ya que no es posible pensar que tamaña obra fuera construída en tierra ajena. Hasta entonces se trabajó en grandes y primitivos galpones provisorios. La Sociedad pagó mil onzas de oro por el campo.

Andrés Fariña había sido vecino de Melo, donde juró la Constitución de 1830 en su calidad de suplente de Alcalde Ordinario. No olvidaba su pueblo fronterizo. En carta a Fco. de Trueba —Oct. 10-1837— le anuncia el envío de pesos 500 a favor de la policía. El dinero llega a manos del Jefe don Alejandro Bresque, junto "con las zarasas recién llegadas de Liverpool," y la encantada bandera de la que no pue-

de figurarse usted los inconvenientes que tube para pintarle el sol". Enorme insignia de 10 varas por 8, para la que solicita el donante "una hasta que sea buena". Las cartas simples de Fariña son una lupa para nosotros, por la que llegamos, a través del siglo, hasta su sensibilidad. "Póngala pronto, Bresque: esa bandera infundirá respeto al berla ondear en el pueblo".

Don Andrés Fariña supo conservar el recuerdo del poblado donde comenzara sus trabajos y en momentos en que inicia una firme posición económica, vuelve la mirada al lugar de donde partiera unos años antes, pobre y sin horizontes. Nimio el detalle. Descubre, sin embargo, un rincón de su alma.

Antonio era secretario activísimo de la sociedad. Consigna hasta los detalles de la vida llevada por la gente del saladero. La guerra ha volteado los precios del ganado, y las operaciones se paralizan. "No me mande alhajas, que toda la plata está parada", le escribe a su pariente Juan Ild. Blanco, su representante en el Brasil. Tampoco quiere naranjas. No sólo *se pierden* en el viaje, sino que en realidad no las necesita, ya que la quinta tiene "un naranjal grande y cuidado". También parece pequeño el detalle, y no lo es. A los tres años de tomar la tierra desnuda, ya produce en ella el monte de frutales. No es el gaucho quien procede así. Es el español que añora su cortijo, su monte y su viñedo.

Tan *parada* está la plata, que consigna con alborozo haber conseguido "venderle un par de carabanas valiosas a doña Lusianita Lagos". El triunfo de Rivera produce pronto un vuelco en la economía del país, por la confianza infundida desde ya por el nuevo gobierno que se presiente y que no es todavía más que un pequeño interinato de Gabriel Pereyra Doña Mariquita Rius le ha entregado ya a su cónyuge don Antonio Fariña, cuatro muchachos que han de heredar con su sangre, su rectitud. Necesita algo que el pariente Blanco puede conseguir en Pernambuco: "Mándeme cuatro negritos sanos, de 8 a 10 años". Tal vez no todos salgan buenos, pero entonces "podrán venderse aquí a $ 350 cada uno".

Fariña es oribista y *sufre* la derrota del Presidente. Pe-

ro al juzgarla pone al desnudo la rectitud de su juicio. Le escribe a J. I. Blanco: "Puede benirse con confianza, que nada le sucederá, ni a nadie, pues este diablo lleva una política hasta la fecha sin ejemplo en un caudillo de esta clase". Este *diablo* es don Frutos y ese párrafo su elogio. Rivera no persigue a nadie. El vencido emigra, pero él no lo deporta. Parece como que Fariña *sintiera* dolorosamente esa tolerancia y corrección del general enemigo, del que ya se sabe, y él lo consigna lealmente, que no empleará la victoria para revanchas ni atropellos.

Durante la 2ª presidencia de Rivera el establecimiento sufrió altibajos. Del 35 al 39 había ganado cincuenta mil pesos. Del 39 al 43 sufrirá la República el deseo de revancha del general Oribe, apoyado por Rosas en sus pretensiones en expresa renuncia. El saladero de Fariña estaba marcado por el destino a desaparecer por la acción del Sitio. Pero la permanente situación de guerra a partir del año 38, abrió el camino a la ruina definitiva.

No se consiguen animales para la matanza. Escribe a Julián Rosende, pidiéndole envíe desde campaña los novillos que quedan. "Antes no venían por flacos —dice— ahora por los caramuruses". Tiene por qué inquietarse. Ni Gutiérrez, ni José Lugos, ni Severino le mandan tropas desde hace varios meses. Las últimas han marchado a la Habana en forma de tasajo. conducidas en el "Brillante" por Pedro Giol. No puede ser mejor el producto. pero la competencia ha obligado a aceptar precios bajísimos.

En febrero del 24. el panorama se ensombrece más todavía. Pésimo el año anterior. Este lo superará en malas perspectivas. Se llega a no mandar carne a la Habana. "Este año — escribe — sufrimos una seca espantosa". Tan enorme ha sido la escasez de novillos que han cerrado casi todos los saladeros. "Nosotros faenamos hasta hoy. pero muy poco, y estos mismos novillos que hemos muerto. no salen a 22 reales el quintal de carne preparada. por cuya razón son muy pocos los buques que han salido para ese puerto". La guerra y la seca — una de las más terribles de los últimos diez años — obligaron a cesar la matanza a 16 saladeros en los

aledores de Montevideo. Antonio Fariña ruega a Rosende haga lo posible por servirlo. — "Por favor, Julián: recuerda que Muñoz te había prometido una tropa para la luna entrante".

Sufre en la inactividad el coruñés que, casi enriquecido ya, se levantaba con el alba, para observar, apenas llegada por el camino de las tropas, la que recién aparecía por los alrededores de Maroñas, en medio de la noche. Pero alcanzado el mes de noviembre, el ganado afluye a Montevideo como por encantamiento. El día 25 le llegan 716 animales, de los que pierde 22 por una disparada. Fariña, que ha comprado a cinco pesos novillo, comprueba con terror que su tropa no ha llegado sola. Son 20 las que entran a la Capital con la suya, arriada desde Tacuarembó por Querubín el canario. Así es de fulminante la caída de los precios. Apenas se paga cuatro pesos por el novillo más gordo, y dos por las vacas. Fariña no puede vender sus animales y decide matarlos, aún sabiendo que La Habana no es en ese momento un mercado deseable. Quiebran en pocas horas los saladeros de Diglón y Giménez.

¿A qué puede deberse ese aflujo enloquecido de animales desde la más alejada campaña? Al estado político del país. Se rumorea una batalla decisiva entre las tropas orientales y las rosistas. Temen los hacendados el triunfo extranjero, que, seguido de la invasión, provocaría la inmediata y absoluta pérdida de sus haciendas. Ese pánico explica el desborde de la Tablada en los últimos días de noviembre de 1842. Fariña, perdedor, se recobra ahora. Ha comprado 4.500 animales entre toros, vacas y novillos de más de tres años, a dos pesos, puestos en el Saladero. Por consejo de Visillac se deshace de ellos a 35 reales. Pero es éste su último negocio. Se libra en 6 de diciembre la batalla esperada. Es Arroyo Grande, inmensa fosa que la libertad rioplatense no colmará hasta Caseros. Fariña ha de sentirla en carne propia. Sus últimas cartas ofrecen 1.100 quintales de tasajo a un Sylock de Pernambuco, y este consejo a don Julián Rosende:

—"Al negro pasalo al Brasil y vendelo lo mejor que puedas". ¿Lo perjudicaría el clima nuestro? Sí. Desde diciem-

bre, Suárez, aboliendo la esclavitud, determinó una excursión inesperada de ese esclavo que reencontró en el trópico su clima y su manea.

Eran, pues, grandes, el temor y la incertidumbre para el floreciente saladero, en ese principio de 1843. Se había producido la invasión rosista, y los primeros jinetes alcanzaban ya el Cerrito de la Victoria. Era el 16 de febrero cuando un hombre llegó al establecimiento acompañado por una brillante escolta, pidiendo hablar con el dueño. Fariña abrió la puerta y se descubrió. Estaba ante el general don Manuel Oribe.

Así empezó el Sitio de Montevideo.

●

## Esto matará Aquéllo

El general traía un ejército tan numeroso y aguerrido como nunca lo había visto ningún campo oriental. ¿No quiso tomar la ciudad, o no pudo rendirla? Cuando se le preparó habitación para pasar su primera noche en el Saladero, aseguró a los dueños que sólo sería su huésped por quince días. Esas palabras revelan su propósito de atacar la plaza y tomarla en medio del asalto. Esos 15 días los necesitaba Oribe para preparar el ataque, tras el cual entraría en Montevideo a paso de carga. Es demasiado conocida la especie de que el general Oribe recibió orden de Rosas de no adueñarse de la capital uruguaya. La desechamos, sobre todo porque nos parece evidentemente interesada en arrancar a Montevideo la gloria de su inigualada Defensa de nueve años. Para los que la admiten, todo el heroísmo montevideano, sus privaciones, la sangre de Florencio Varela, no serían más que una parte de la comedia que Rosas habría obligado a representar a Oribe frente a los muros de una ciudad seudo atacada. El tirano habría deseado la ruina de nuestro territorio, para incorporarlo después, desangrado y exhausto, a la gloriosa Confederación Argentina.

No le interesaría la toma de la ciudad, ni la reposición en el mando del ex-Presidente Oribe, a quien desdeñaba desde el fondo turbio de su pensamiento. Esta interpretación del

oculto designio no es sostenida por los colorados, pero no le hace bien ni al propio Oribe.

Así, pues, en esos 15 días, el invasor no atacó la ciudad. ¿Pensó realmente rendirla por el bloqueo y el hambre? Instalado el Sitio, Montevideo ya no recibió carne de la campaña. Se mantuvo, sin embargo. Sobre este punto, el archivo del Saladero ofrece un dato de excepción. Es éste: Los Fariña tenían en Montevideo, en los sótanos de la enorme casa de don Juan Benito Blanco, un depósito de 600 quintales de tasajo pronto a ser embarcado para La Habana. Apenas iniciado el Sitio, el gobierno de Suárez se incautó de él. Fue con el tasajo de los Fariña, rigurosísimamente racionado, que pudo mantenerse en los primeros tiempos, sin sucumbir al hambre, la población militar y civil de la Nueva Troya. Es la primera vez que se ofrece este dato, y subrayamos su importancia.

El Saladero dejó de faenar en febrero de 1843. El ejército sitiador fue abastecido siempre por el matadero de Legrís. Los Fariña comenzaron a comprarle a éste los cueros para embarcarlos por el Buceo, salados ya, y secos. A eso se redujo su actividad durante la guerra. Valía la pesada 18 ½ reales, y era vendida muchas veces, ya trabajada a 15 y ½; el establecimiento perdió en ese *negocio* exactamente cincuenta mil pesos.

La verdadera importancia del Saladero Fariña radica en haber establecido en él *su Gobierno* el general don Manuel Oribe. En sus 28 piezas de enorme capacidad distribuyó las oficinas de los Ministerios, la Maestranzas, la Imprenta del ejército —la de "El Defensor"[1] estaba en el Miguelete— y la Comisaría.

El campo de Fariña fue ocupado *permanentemente*, durante toda la duración de la guerra, por 600 infantes. "A pesar de su disciplina —escribe Antonio— nos dejaron el campo raso". El campo y el establecimiento. La guerra arrancó a los hermanos españoles exactamente una fortuna de un cuarto de millón de pesos. Les dejó en cambio un honor. En una de las piezas del Saladero, firmó Oribe, en 24 de mayo de 1849, el decreto que empezaba: "Declárase pueblo, con el

nombre de Villa de la Restauración, el caserío formado en el paraje llamado del Cardal". Por ese honor y por su devoción por el Jefe, murió don Andrés Fariña en 17 de junio de 1850, sintiendo no tanto la pérdida de su fortuna como la segura y cercana derrota de su caudillo.

## Fiesta de San Andrés

Día de San Andrés en un noviembre cálido. Toda la peonada del saladero festejaba el *santo* del noble amo. Han bebido en su honor, discretamente, buena caña brasileña; anda aún por el aire apacible el olor sabroso de la vaquillona con cuero, de las tortas fritas. del rojo vino carlón, del arroz con leche cubierto de canela molida. Están ahitos y tal vez cansados. Corre de mano en mano el amargo, y en torno a los fogones casi apagados, algunos bordoneos de guitarra, alguna risotada brutal, alguna palabra suelta que el viento arrastra. Ya pica el fresco de la anochecida. Tres negritos bozales recién comprados en Pernambuco, dan diente con diente, extrañando el clima de su infancia y de su sangre. Gala de verdaderos ricos, como el terrible lujo de los bufones, ésta de traficar carne viva, para que los niños del patrón se diviertan con la media lengua de los negritos esclavos. Por el arco del cielo sube una luna clara, bruñida, bien cromada. Se pierden bajo la sombra del naranjal algunas parejas, denunciadas por las polleras almidonadas y las agudas nazarenas. Los galanes sonríen y sus guiñadas subrayan entre el blanco y negro de la noche, el significado feliz de la brevísima fuga.

Alguien grita, de pronto:

—"Va a cantar la patrona".

Cambia todo instantáneamente. Santos, el mulato mayordomo de la charqueada, gran guitarrista, arroja en un salto un brazado de astillas de ñandubay al fogón próximo. Parece que hasta el ombú gigantesco esperase ese grito. entredormido. Se diría que se aclara y se ensancha para la mujer que viene a traerle el hechizo del canto. Llega con el marido, los hijos, las visitas de campanillas —como que tam-

bién el general Oribe está entre los invitados— sus ángeles invisibles, sus duendes servidores. La recibe un festivo y a la vez solemne himno de guitarras. Es joven, rica, buena y feliz. Pero es, sobre todo, cantora. Está ungida y alta. La adora la peonada que los domingos se disputa el honor de ofrecerle el estribo cálido de sus manos, cuando la amazona, que gasta ese año la famosa "toca de seda color flor de romero", se apresta a trotar la legua que la separa de la capilla de la Mauricia. Canta. Y esa noche doña Manuela le ofrece a su esposo don Andrés Fariña el regalo perfecto de su voz y su arte. La mujer se sienta en una raíz del ombú centenario, como si por derecho se sentase sobre un trono. Es la reina de la noche. Toma la dulce caja sonora, recargada de cintas y de lemas, y empieza a templarla. La rodean, tímidas, apenas perceptibles —casi tan sólo un subrayado rítmico— diez o doce guitarras de payadores. De un lado, en la penumbra rojiza del fuego de nuevo avivado, la gente del saladero y los puestos: bronce, cobre, diorita. Las polleras de zaraza de las chinas, el gacho requintado de sus hombres, los esclavitos que sufrieron el sol del trópico, las viejas, prácticas en embrujos: un cuadro de Figari. Del otro lado, mitad desdeñoso, mitad expectante, el grupo de los amigos del dueño de la casa, gente de pro: Larravide, Basañez, el comisario Visillac, el juez Farías, el doctor Capdehourat, y alguno de los ministros. Villademoros entre ellos, que ya había aprendido a querer la guitarra a través de los dedos de Felipe Maturana. En el medio la cantora, el busto erguido, bajos los ojos brillantes, sueltas las trenzas negras, henchida la garganta de palpitaciones rítmicas. Un golpe vigoroso de los dedos morenos sobre el haz de cuerdas en tensión, quiebra de pronto el juego del templaje, y las entrega, temblando, al prodigio. Doña Manuela cantaba décimas y coplas. Las primeras, que se conservan escritas, encierran ya el monocorde consejo del Viejo Viscacha, no nacido todavía para la gloria. Las coplas, quejumbrosas y tristes, recuerdan extrañamente las de Manrique.

Toda manifestación popular de las bellas artes parece salir directamente del molde de los clásicos. Décimas y cuartetas fueron la forma inicial del verso castellano. Como to-

das las señoras de su época, doña Manuela Herrera de Fariña apenas sabía escribir. Pero el signo escrito es menos importante que el espíritu de la voz. La inspiración no es un juego de cifras, sino un especial estado de gracia, que claramente percibieron los grandes poetas orales de la infancia de nuestro idioma. Ni el juglar ni el payador necesitaron el conocimiento de la retórica. Y fue por ellos que no se han perdido episodios, hombres y empujes que formaron los cimientos de la raza. Sin la poesía popular, —tan humilde y desinteresada que ni conserva el nombre de sus poetas— no hubieran existido para nosotros el Cid, ni aquel Arcipreste de Hita, que si supo más de amor que de teología, fue porque *sintió* mejor las perfecciones terrenas que los divinos arrobos.

Cantaba doña Manuela, simple y señorialmente, para regalo de su marido, en el día del santo. De vez en cuando subrayaba su música el coro de las guitarras, que en seguida volvía al silencio, para que la voz pura luciera en toda su belleza. Estaba erguida y sonrosada bajo el gran dosel del árbol patrio, como la sacerdotisa de un rito esotérico. Poco a poco en la peonada empezó a sentirse el mandato del ritmo. Movíanse los pies sonoros de nazarenas, y castañeteaban los dedos tomados por la impaciencia. Alzóse de pronto una voz varonil en la que podía *sentirse* el dejo respetuoso:

—"El pericón, patrona"...

Sonrió la "señora ama". Los hombres de aquel tiempo les tenían más respeto y temor a sus esposas que a la muerte, a la cual, sin escalofrío, se enfrentaban de continuo. hasta por causas mínimas. Sonrió la "señora ama". Y después de un leve juego de templaje, entró de lleno en los prolegómenos de la música para el amado baile de la patria. Instintivamente se hizo la cancha alrededor. Un negro gigantesco, el famoso Orfilio, apagó a tizonazos la hoguera central, separando el asador en el cual se doraba un último costillar de oveja. Seis parejas *saltaron* al ruedo. Con chiripá, bota de potro, chambergo oscuro, ellos. Ellas vestidas de zaraza, llenas de volados, por una extraña reminiscencia de gitanas o andaluzas, visible hasta en el detalle de las peinetas cubier-

tas de piedras falsas. En el grupo de los señores, serios y barbados, presididos por la taciturna figura del Jefe, también hervía el entusiasmo apenas dominado por la cultura o el empinamiento de sus apellidos. Volaban en la cancha los *compuestos*, como en el solar de la raza vuelan, en las procesiones de Corpus, las saetas:

*En el campo hay una flor*
*de hoja blanca y colorada:*
*te he de querer, corazón,*
*hasta dormir la mirada.*

Y contestaba la dama, jugando con ojo de picardía, con el gran pañuelo de seda:

*No precisa dir tan lejo*
*el buen gaucho y caballero:*
*esa flor también existe*
*debajo de este pañuelo.*

Una voz llena, bárbara, profunda:

—"¡Viva la Patria y el Ilustre Restaurador de las Leyes don Juan Manuel de Rosas!"

—"¡Viva el Excelentísimo Sr. Presidente de la República, General don Manuel Oribe!".

—"Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios!"

Y después del triple grito, coreado y aplaudido, señalando, con la mano cerrada en puño, a la dama que ***había sabido desempeñarse*** tan bien:

—"¡Así contestan las hembras gáuchas!..."

Después de cuya intervención, casi mundana, el buen fraile Ereño, mucho más soldado que sacerdote, volvía a su mutismo admirativo, mientras sus dedos empezaban de nuevo a rielar las largas cuentas de su rosario.

Concluía el baile y una voz de muchacha tímida pedía a la patrona un compuesto *suyo*. La patrona accedía como siempre. Y era entonces, la payadora. En el silencio profundo, sólo el viento, con mucha suavidad, hizo girar algunas rítmicas palabras en la copa rumorosa del ombú, su arpa eólica. Todo lo dominó luego, en un lento crecer ascensional, la voz emocionada, gradualmente más firme, de la cantora. A

don Andrés Fariña, con el niño más pequeño a babuchas sobre los hombros, debieron humedecérsele los ojos. Aquella joven señora, que se le aparecía ahora como rodeada de una aureola, era suya. Podría ya pasarle cualquier cosa en la vida. Junto a ella, lo sufriría resignadamente. Su mujer era su tesoro. Dios se lo guardase, aunque se fundieran, al soplo de la guerra, todas sus onzas de oro.

* *

Su mano y su sonrisa iban despidiendo a los convidados, pero él estaba ausente.

¡Dios le guardase su tesoro!...

Quedó al fin oscuro y solitario el patio de la fiesta, y un perro vino a echarse bajo el ramaje del árbol dormido. Sólo se oía a lo lejos la campanilla del último carruaje, el grito de algún tero, una lechuza lanzando desde la sombra su fúnebre chistido.

El viento soplaba del lado del Este, hacia Montevideo.

Tal vez fuera la hora en que Melchor Pacheco subía las escaleras de la casa de Mitre, para traducir, con Esteban Echeverría, las estrofas de Byron...

## "SANGRE Y ARENA"

### 1. — Bajo la glicina de Basáñez

Callecita humilde del pueblo, la del Colegio, entre naranjales. A 200 pasos del cruce con la del G. Artigas, comienza hacia el sur una quinta de once hectáreas, con valioso monte frutal. Sobre el portón trepa la enredadera y borra un número, el 63, sobre la tabla pintada en negro. Rodea la mesa en la bochornosa noche de octubre, pequeño grupo de amigos, que ha preferido la tertulia a cielo abierto en el amplio patio empedrado con losa de Pando.

Don Norberto Larravide provoca la admiración de don Hermenegildo Fuentes, desarrollándole su fantástico plan de instalar una fábrica de gas en la manzana de sus casas...

El viejo maestro de la Restauración, D. Cayetano Ribas, recomienda al juez Fernández un *empujoncito* en un trámite. El tiempo que le dejaban libre sus pupilos lo empleaba el hombre en defensas judiciales. Así, hasta el 66, en que se fue al centro, y más tarde al Tala, donde murió casi centenario. Junto al tilo añoso, el castellano tolera a su cuñado una historia bravía, de entreveros. El callado, Basañez. Y el exaltado Illa y Viamont, cuya hermana Juana se ha unido hace muchos años con el rico terrateniente del Cardal. La reunión nocturna en el patio de la casona, huye del ambiente caldeado de las piezas. La conversación se hace general. Pocos días antes ha muerto Lavalleja, y no se ha elevado aún el informe de la autopsia, que tan de sorpresa tomara a la población. Con Basañez lo habían visto la semana anterior. en la puerta del Juzgado Ordinario.

Lavalleja conservaba sus fuertes amistades de la Restauración, contraídas durante el Sitio, en las frecuentes escapadas hechas al Cerrito, en el que nunca estuvo exageradamente cómodo el Jefe de la Cruzada del año 25. Concurría el héroe al "Café de los Federales", con Trápani, y a veces con Andrés Latorre, que pasaba temporadas en su casa del Cardal. Rivera debe llegar por el camino del Norte. Escribe que sigue bien, pero no se atreve a ponerse en viaje para recibirse del Poder. Queda al frente del Gobierno un solo triunviro, Venancio Flores, vecino de la Unión, en una de cuyas cercanas quintas, la de Solsona, pasa muchos ratos serenos. Los pocos que la borrascosa política de la época no le enturbia...

Es extraño el clima de la reunión en la casa de Basañez. El grupo que rodea al castellano es netamente blanco. Sin embargo, se habla del coronel Flores sin rencor. Y es un jefe rojo. Y ha sustituído violentamente a Giró.

Los seis hombres respetan a Oribe, y lo obedecen. Uno de ellos ha tenido con él negocios de cueros. Otro le ha educado sus hijos. Illa ha sido su Jefe Político.

¿Cómo explicar esa falta de encono de la reunión hacia el hombre que desdeñó quitarse las botas al escalar una posición que no le dio el sufragio? Esa gente no abdica fácilmente de sus ideales políticos. Debe haber un motivo que explique la placidez de la rueda.

Basañez apaga con un gesto las voces sueltas. Y dice:

—"Señores: el primer accionista de nuestra futura plaza de toros se llama Venancio Flores"...

* *

Frase esperada y aplaudida con un murmullo, explicaría bastante la circunstancial popularidad de Flores en un medio tan genuinamente blanco, como la Unión. Giró había sido enemigo jurado de las corridas. No fue su Gobierno, sino el Provisorio, instalado después de la paz de Octubre, quien concedió permiso para la construcción de nuestra plaza. Lo presidía Berro. Otorgó ese permiso en enero de 1852, "en consideración al estado miserable a que había quedado

reducida la Villa de la Unión, por consecuencia de la paz de octubre, y clausura del puerto del Buceo". Se impuso una condición al empresario. Debía "conservar en buen estado el camino que conduce de la capital a aquella Villa".

Berro, pues, dio el permiso. Giró lo entretuvo. El impulso final lo dio Flores, comprando la primera acción en 1853. Es él el verdadero restaurador de las corridas. Véase en este pasaje de la vida pública el origen de su curiosa popularidad obtenida fulminantemente, en un pueblo de ideología totalmente contraria a la suya. Tan contraria, que del caserío de sus orillas habían de salir, 15 años más tarde, dos de los hombres que lo ultimaron a golpes de cuchillo.

* *

En reuniones sucesivas, los invitados a la casa de Basañez aumentaron. No mucho. Pero se vio llegar hasta la solariega casa, cuyo portón lucía, encendido en las noches oscuras, un artístico farol de hierro forjado, a don Pedro Piñeyría, a don Juan José Durán, a don Cesáreo Villegas y Luna, correcto Alcalde Ordinario del pueblo; a don Pedro P. Díaz, escribano de la Restauración, genioso y luchador. Llegó también un joven que había estudiado en Buenos Aires en el Colegio de los Jesuítas, desde donde escribía a su padre en 1841: "No necesito nada; mándame, eso sí, dos divisas: una para el sombrero, la otra para el pecho".

Ese joven federal, que ocupó la secretaría del primer Directorio de la Plaza de Toros, honró muchos años después el Juzgado del Crimen.

Era nieto de la Mauricia. Se llamaba José Luis Vila.

* *

Así, con estos hombres, bajo la glicina florecida en un patio señorial del viejo Cardal de Aramburú y Pancho Tajes, se corporizó, en los últimos días de octubre de 1853, la idea de 1851, de levantar, con el pretexto de una probable resurrección del pueblo caído a menos, una plaza de toros.

La idea es realmente de esa fecha. La iniciativa perte-

nece a Larravide. Lo sabemos por una composición poética de Fco. Acuña de Figueroa, entusiasta cultor de la lidia, como lo fue el padre Ereño, que hacía propaganda desde el púlpito de San Agustín. No mucha. El destierro sorprendió al buen fraile antes que la plaza abriera sus puertas.

Atanasio Aguirre, J. F. Giró, Venancio Flores y Bernardo P. Berro vivían entonces en la jurisdicción de la Unión. Cuatro personajes, destinados a ocupar, en distintas épocas, la primera magistratura del país.

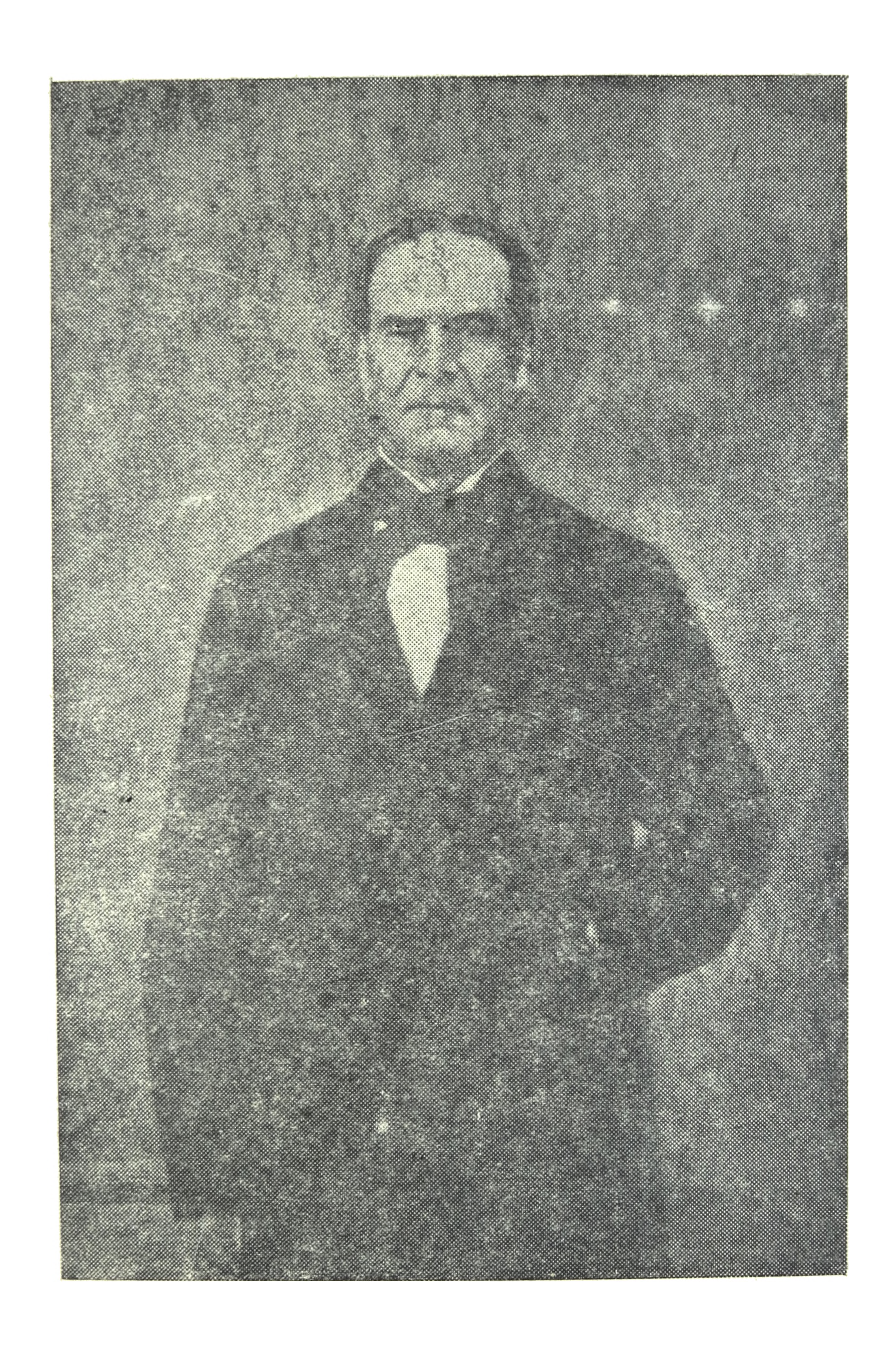
Aguirre y Flores fueron accionistas y arrastraron gente de arraigo y dinero con ellos. Berro y Giró combatieron la roja diversión del circo.

Las acciones eran de cien patacones, y las medias de cincuenta.

Fuentes y Larravide compraron *seis* acciones cada uno, adquiriendo derecho a *dos* votos. Fco. X. de Garmendia, autor del plano de la obra, *cuatro*. Pedro Mascaró y Mariano Mazza, *tres*. Buxareo, Mageste, Aguirre, y Flores, *dos*. Con *una* se suscribieron: F. A. de Figueroa, At. Aguirre, Ant. Benvenuto, A. M. Fernández, A. Golfarini, A. Chucarro, B. Más, César Díaz, C. Crocker, C. Salvañach, C. Villegas y Luna, C. Ribas, E. Uriarte, E. Beltrán, F. Araúcho, F. Oribe, F. Comparada, J. Quiles, J. Illa y Viamont, J. A. Posolo, J. M. Martínez, J. Requena, J. M. de la Sota, J. J. Durán, J. . de la Sierra, J. Olivé, J. Rubio, J. L. de la Peña, L. Lerena, M. Berro, M. Errazquín, M. Herrera y Obes, P. Duhart, P. P. Díaz, P. Villamil, P. de Angelis, S. Botana, T. Tutzo y V. Ponce de León.

Se suscribieron 308 acciones, con un total de 271 accionistas. Se pagaba diez patacones por mes. Dificultades de cambio obligaron pronto a modificar la recaudación. Se cobró entonces una onza de oro, cada 45 días.

El Directorio compró al señor Larravide el terreno necesario, al precio de medio real la vara. Se le atacó por esa compra, ya que despreció una gratuita oferta de terreno con ladrillos como refuerzo de regalo. Pero la ubicación central exigía el terreno elegido.



## Cal y Tierra Romana

Fontgibell construyó la plaza de toros de la Unión. Vivía apenas a cien metros del emplazamiento de la obra, en una manzana de tierra en medio de la cual se *descubrió* hace diez años el subterráneo famoso, que era nada más que un aljibe...

No tenía el constructor catalán ningún competidor en la construcción de bóvedas, salvo Mayol, y éste ya no vivía en 1854 en la Unión. Había levantado muchas iglesias en el país, y esto hizo que el Directorio lo eligiera para la construcción de la obra ciclópea, que debía tener real mérito, precisamente por sus 36 bóvedas, de calificadísima resistencia. Se pidió propuestas para la compra de ladrillos en febrero 16 de 1854. Ganó la licitación Basañez, fabricando ladrillos especiales para la plaza que era, en gran parte, obra suya. Ladrillos enormes, que no fueron unidos con barro. La gigantesca obra de albañilería exigía algo más firme que el que le hubiera dado el barro sin cocer de la Restauración.

Tenía una capacidad para doce mil espectadores sentados en el enorme anfiteatro circular. Se trajo tierra romana de las orillas del Tíber, y eso dotó de la necesaria solidez a la obra, pero la encareció.

Los obreros que trabajaron en la plaza eran de la localidad. Casi sin excepción blancos, muchos de ellos provenientes de los pocos batallones orientales que participaron en el Sitio. Entre los albañiles figuraba Santiago de Anca, botero que acompañó de cerca a los 33, cuando su desembarco en la Agraciada.

Uno de los curiosos que pasaba a menudo largos ratos siguiendo atentamente los trabajos, era un hombre magro, lindo tipo, piel terrosa, ojos azules, "grandes las orejas, muy grandes y feas". Era el general don Manuel Oribe, sentado a la sombra del gran ombú de la quinta del inglés Bell, que se extendía por el oeste hasta el camino de los Olivos, franqueándolo, y que se caracterizaba por el alto cerco tunero del lado Sur, rémora artística de la que subsisten algunos trozos.

Sin embargo, Oribe no fue accionista de la plaza, y no se menciona su nombre en las crónicas de las corridas del 55 al 57, en que murió el jefe blanco en su quinta del Miguelete.

Las obras comenzaron en marzo del 54. En mayo la pared del lado Norte "se levantaba a más de una vara". La plaza se construyó sobre una superficie de 6082 metros, alcanzando los terrenos adyacentes, de propiedad de la Sociedad, la cifra de 21.916 metros cuadrados.

El Cardal progresaba. Se edificaba bastante sobre el camino Artigas. Apareció en esa época el primer periódico local. Se llamaba "La Unión", y lo dirigía don José Toribio Madrazo, procurador de la Restauración, noblote pero impulsivo, hasta el punto de haberse extendido su opinión famosa, y nada tranquilizadora para el contrario: "Cuando no se puede ganar un asunto en el Juzgado, todavía se puede ganar a palos"...

Ese *todavía* definía claramente la combatividad de Pepito "seis dedos".

El periódico de Madrazo lanzó la idea feliz, pero que no prosperó, de destinar la concavidad dejada en la plaza de toros por las bóvedas, como mercado, "con lo que desaparecería de las calles esos puestos de carne que tanto las afean".

Treinta y seis bóvedas, con una circunsferencia de 360 varas. Pronto hubo que hacer los portalones de medio punto, y los construyó don Augusto Liesack, mientras salía rumbo a Europa "un hombre entendido", a buscar cuadrilla española. Otro rumbeó hacia las estancias del Interior, a encargar "en la época de la castración", 150 toros entre 4 y 5 años, para las primeras corridas. Se les encontró sobre todo en las dehesas de José M. Viñoles y de Ramón Pérez, la primera ocupando el campo junto al Santa Lucía, de la actual estancia de los Pascual.

El entusiasmo en la Unión crecía. Figueroa recitaba versos en la barbería de Quintana, mientras los ventorrillos hacían su aparición. Las fondas se preparaban para la temporada; la de Pirulín tenía 15 piezas, para *parada*, y la de Lucía 10.

Se iba el año. El Directorio necesitaba dinero, y decidió inaugurar la plaza en febrero del 55, no terminada todavía. Le faltaba tanto, que recién en la cuarta corrida debía habilitarse los tendidos de sombra.

## Primera Corrida y Temporada del 55

La plaza se inauguró el domingo 18 de febrero de 1855. El verdadero estado de la edificación lo transparenta el primer programa. "Sólo un lienzo tiene asientos de preferencia, divididos en lunetas y bancas". Los otros pertenecían al primer ocupante.

Grande la expectativa para la inauguración. La corrida fue pésima. "Mal estreno", era el título de una de las crónicas del 19. Es claro que no podía esperarse prodigios de una corrida de aficionados. Porque eso fue la inauguración. No llegó a tiempo la cuadrilla del *hombre entendido*. Malos los toros, traicioneros y sin empuje. Peores los aficionados, que fueron pisoteados por los *bichos*.

Muy poco dinero se recogió. Se cobró esta tarde ½ patacón por la luneta, 18 vintenes por el banco, y 12 por las gradas y azoteas.

La corrida empezó a las 3 y ½ de la tarde.

Una industria nueva nació con la plaza. La de los cuidadores de caballos. Quien iba en carruaje dejaba al cochero cuidando el vehículo. Pero al caballo, y sobre todo al apero, muchas veces valioso, había que dedicarle un especial cuidado.

Ya en la primera corrida funcionó un corral para caballos junto a la plaza. Estaba ubicado cien metros al Norte del circo, y se respondía en él "del caballo y de la montura". Precio del servicio: 6 vintenes. Se rogaba "llevar cambio".

Con motivo de la segunda corrida ya tenía ese corral un competidor. "A 50 varas de la p. de t. se ha establecido un corral para caballos: un real fuerte, o sean 125 reis". ¡Cuidado! "No olviden el cambio, sea plata o cobre". Otro: "No equivoquen el corral". ¡Qué habían de equivocarlo! Estaba al Sur de la plaza, y tenía un distintivo: "una bandera colorada

con un caballo blanco en su centro".

2ª corrida. 11 de marzo. Ya hay 11 palcos, para 6 personas. Ojo: "los que los ocupen deberán llevar sillas". Corrida de aficionados. Mala.

3ª corrida. 8 de abril, domingo de Pascua. Para ella empezó a venderse las entradas en el café de Lasnier, por fuera del Mercado, junto a la Plaza de la Independencia. Intervinieron en esta corrida "los nuevos individuos". Cuatro aventureros: Frasquito Arroyo, Carlos Pérez, Ambrosio y Mariano Arrimada. Venían de Buenos Aires, y hacia allá huyeron después de la escandalosa corrida en la que rivalizaron los cuatro en derroche. . . de cobardía. Tan mal se portaron que es en el archivo del Juzgado de la Unión donde pueden verse los antecedentes de esos diestros.

La presentación de estos toreros dio lugar a un ruidoso pleito, que algún día exhumaremos para solaz del lector.

4ª corrida. 22 de abril. Plaza arrendada a Manuel Delgado, espada, por 525 patacones por corrida. "Será una verdadera corrida de toros; se han hecho arreglos en la plaza; debutará un banderillero, y sustituirá a Ambrosio".

Dieron juego los toros de Viñoles. Fue la primera corrida pasable. Ya hubo localidades de sombra. Mucha gente, y para remache: "se inutilizó seis caballos, y fueron heridos tres toreros, aunque no por asta de toro".

5ª corrida. 6 de mayo. Hora de comienzo: 12 y ½.

6ª corrida. Extraordinaria. 17 de mayo. Ganado de la estancia de don Fco. Burgueño. Se domó un toro al final. El picador Recoba puso banderillas a caballo.

Fue la última. La autoridad siguió dando permiso. Pero el tiempo no. Llovió agosto y setiembre, y la suestada del 28 de este último mes casi se llevó media plaza.

En diciembre 16 se abriría de nuevo el redondel. Pero ya estamos en la segunda temporada, que habría de ser infinitamente superior a la primera.

# DOS HOMBRES Y UN SANTO

## La Barricada

Los archivos, esas campanas que enmudecen a veces y otras hablan tan claro, cuando quien conoce su secreto sabe golpearlas, nos prestan hoy su voz para rehacer el alma de dos curas de nuestro pueblo.

Domingo Ereño es uno. Presenta aspecto de campesino sano, bien nutrido, fuerte nuca colorada, mirar enérgico, boca sensual. Juega a la pelota vasca en el frontón vecino al Circo Olímpico que se levanta frente a la Capilla y madruga para llevar hasta el Cerrito sus servicios espirituales en las mañanas de ejecución. Las auroras lo sorprenden junto al moribundo, en el alejado rincón de Melones, en la barra del arroyo Balbín, o en el caserío que rodea el rancho del general Núñez. Dinámico y febril, jinetea la jaca con que lo obsequiara Larravide, o el moro que nunca dejó de ser un poco potro, y que había visto la luz en el baldío de su propiedad, calle del Miguelete, frente a la barraca. Era un cura blanco, un verdadero cura federal. En medio del sermón solía retumbar bajo la bóveda su bronca voz:

—"Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios".

Era la sombra de Rosas, y esa sombra se hacía sonora, y trepando a su garganta se volvía grito, y ascendiendo más, todavía, escapaba en el viento, arrebatado por sus campanas.

La política arrojó a este cura del país, pasados unos años de la derrota del Cerrito. Fue en 1854. Le escamotearon su parroquia, así como él, según el fraile Reyna, lo habría he-

cho con el cura Santiago Estrázulas y Falcón, el curandero de la homeopatía, que ya se había convertido, por obra de la gratitud, en Santiago Estrázulas y Lamas. Ninguna autoridad eclesiástica se presentó en la iglesia a exigirle su entrega. Quien la intimó fue el comisario José Martínez, ofreciendo, con su brusca urbanidad de cuerpo de guardia, doce horas de plazo. El invocaría más tarde esa prisa en arrojarlo del templo, cuando lo acusaron de haberse llevado hasta los libros de fábrica. No se le dio recibo por lo que dejaba. Había gastado en alhajar su iglesia, $ 4.285.00. El detalle es interminable: candelabros, lámparas, vinajeras de plata, sagrario, túmulos, cruz procesional, ciriales de platina, ornamentos de culto, cálices, incensarios, casullas y sotanas. El santo Cristo mayor le había costado $ 200; y 120 su ornamento de tisú. Había entregado $ 360 a Robillar por la vía sacra, 76 a Magin Artigas por el vestido de terciopelo de la dolorosa, y 652 al Padre Quiles por el órgano ya instalado. Augusto Liesack, por su parte, había recibido $ 300 por el altar mayor. Dentro de esas cuentas pagadas, iban las economías personales del cura Ereño.

Y cuando su enemigo, el cura Reyna, lo ve alejarse a Entre Ríos, lo acusa de llevarse en su viaje una custodia de plata, y le abre causa criminal. Prueba él que la custodia es suya. Se la regaló en 1849 el feligrés Manuel da Cunha, cuyo testimonio presenta.

Así perdió su iglesia este exaltado y militante fraile federal. Llevado a ella por Oribe, lo expulsó de ella Flores. Pero a éste lo impulsaba Reyna, celoso adversario tonsurado, acusándolo de "conducta poco eclesiástica, exaltación de principios, anarquizador del pueblo de la Unión; osado hasta atreverse a atemorizar al que lo sustituyó en el curato". Tras una escaramuza, en la que ocupa la parroquia, por pocos días el presbítero don Martín Aramburú, sustituye realmente a Ereño el doctor don Victoriano A. Conde.

## El Mostrador

Conde se merece un capítulo. La energía de Ereño, él la tenía, pero puesta al servicio de otra especie de inquietudes. No fue como aquél, un cura-soldado. Era el mercader. Nadie llegó a defraudarlo enteramente en sus legítimos derechos. Lo aseguramos, por su correspondencia, copiosísima, verdadera luz que nos ilumina hasta el último repliegue de su espíritu.

Por ese año de 1854 se nombró a don José Luis Vila, escribano foráneo de la iglesia de San Agustín. Ese puesto fue un lazo que lo unió a Conde, con el cual había de cartearse hasta 1859, en que el cura Conde fue sustituído en aquella parroquia, por el doctor don Antonio María Castro. Hombre meticuloso, Conde iba hasta el detalle en sus misivas, las que descubren en él un arraigado espíritu de apego a las cosas de este mundo. Lo que resalta en esas cartas íntimas, es el abuso cometido reiteradamente por los vecinos de la vieja Unión, contra su confiado padre espiritual.

Octubre 14. 1854. — "Lucio Figueroa no paga. Es un contratiempo".

—"Hoy mismo el moreno Juan Fabricio de Mello me habló sobre los 4 patacones que adeuda, suplicándome con las palabras del Evangelio: "patientiam habe in me, et omnia reddan tibi". Agrega, desanimado: "¡Qué quiere, amigo, que haga!"

En setiembre 4 de 1854, Ignacio Emiles pide que le permitan pagar sus derechos de matrimonio en mensualidades. No acepta el cura. No sabe por qué, pero le desconfía a ese feligrés. Cree que debe exigirse fiador. "Ya me han dado algunos chascos, y a pesar de prometer con palabras muy solemnes, después de obtenido el objeto. casi ninguno cumple la palabra de hombre de bien".

No conociendo a don Ignacio. no afirmamos que hubiera podido fiarse en su palabra. Creemos que se mostró prudente el señor cura al no aceptar su oferta de pagar tal vez de mal modo. y en mensualidades. un sacramento que se le iba a administrar de muy buen grado. y en una sola vez.

Octubre de 1854. "Haré cuanto pueda para que no sean ni picos ni azadas, las promesas de Dufour, obligándole previamente a pagar los derechos íntegros; si así no se hiciera, V. crea que después no daría ni un centavo más; a fe que de ello tenemos sobrado motivo de experiencia".

Toda la razón es del párroco. La época era temible. Fallaban lamentablemente los fieles, en cuanto a memoria, como lo prueba esta otra misiva, en la que se menta a un tal Echeverri, recién casado, y que debe íntegros los derechos matrimoniales. Este último detalle nos desorienta un tanto. ¿Dónde fue a parar la rigidez del cura? Tal vez la encontráramos dentro de la esperanza más elemental, en un probable buen proceder del contrayente al fiado.

Diciembre 9, 1954. — "Deseo conocerlo —dice Conde a Vila— para ver más de cerca su audacia. No le extrañe, porque en este tiempo hay pájaros de toda clase. Doy a V. las gracias por esta advertencia, y es preciso que marchemos con esta correspondencia mutua, para no ser sorprendidos".

Es lastimoso. Un sacerdote inteligente, como lo fue sin duda alguna el presbítero Conde, tiene que haberse sentido descentrado en el medio en que actuó. La conducta impía de sus feligreses, lo obligaba a un control severísimo, con lamentable descuido de los problemas espirituales que lo atraían, nos consta, de una manera irresistible. Echaremos un velo sobre tres años de esa correspondencia. De esta manera, podremos constatar si en ellos ha cambiado la idiosincrasia de los novios de la Unión, y si el señor cura Conde pudo al fin sentirse tranquilo con respecto a sus legítimos intereses, tan amenazados siempre por la desaprensión del vecindario, que tanto y tan indignamente fustigamos, a pesar del tiempo transcurrido.

Sentimos asegurar que el cura continuó ceñudo frente a la población despreocupada y casi trapalona. Su tranquilidad había desaparecido apenas sustituyera a Ereño, y éste era el momento en que hasta los parientes se entregaban a ese deporte divertido y curioso, que consistía en casarse en San Agustín... gratuitamente, deporte, que a esta altura de nuestro relato, estamos seguros ya, envenenó la vida recti-

línea del señor Conde. Comenzó a adelgazar, hasta el punto que en 1859, cuando fue sustituído por el doctor Antonio María Castro, famoso cartujo español, pudo decirse que ese cartujo vino a arrancarle la parroquia, y a salvarle la vida.

Nos referimos recién a los parientes. Véase por qué. Un dia resolvió casarse un tal Morales, primo del párroco. Fue a San Agustín, saludó cariñosamente a su primo cura —hacía años que no se veían, justamente desde aquella trilla en Las Piedras— y después de apuntarse para la ceremonia, se retiró, olvidando, desgraciadamente, satisfacer el pago de los derechos correspondientes. Conde escribe entonces a Vila, desesperado, sacudiendo la cabeza como si lo picaran salvajes avispas. —Oct. 26. 1857. "Lo apadrina a Morales el coronel Olivera, y eso me pone en el caso de silenciar".

El asunto es serio, en realidad. Morales no pagará. El lo estima, es bueno, y hasta pariente suyo, algo lejano es cierto, pero no pagará. (¿Sería este Morales pariente de las del mate, vecinas conspícuas de la Restauración? A ser así, eso hubiera agravado considerablemente las probabilidades de la cobranza).

Al terminar el pliego, ya no conserva la energía, y suplica:

—"Deme usted un consejo, para no equivocarme, de manera que sin herir la delicadeza de esos caballeros, dejemos en plena garantía nuestra platita".

Da pena, realmente, seguir de cerca esta correspondencia dolorosa. Las tribulaciones del buen párroco, no hacen sino aumentar. Es posible que su creciente vinculación vecinal lo haya perjudicado más aún, dado su corazón generoso. El no lo consigna, pero tenemos el derecho a sospecharlo.

Su debilidad de carácter era proverbial, tanto que sus colegas de tierra adentro trataban de encaminarlo con informes confidenciales. Así, don Manuel Francés, cura del Tala, se ve en la necesidad de prevenirlo. Lo hace en forma delicada, para no rozar al recomendado. El sobre encierra una epístola. — 21 Agosto 1857 — en la que "le abría el ojo con respecto al portador Juan Ferreira"..., etc. — No sabemos si el portador de la carta era negro. Pero lo presumimos.

El estilo de la misiva de Febrero 18, 1857, empieza por engañar. Se pierde en divagaciones, aumenta los mechados de latín, habla de las milicias de extramuros, hasta que aparece de pronto, de cuerpo entero, sobresaliendo su figura por entre las altas malezas que lo ocultaban. La carta, inofensiva hasta entonces, se transforma, y él cae bruscamente, como por sorpresa, en su antigua preocupación que parece ir convirtiéndose ya en manía. "Muy acertado me ha parecido el proceder de V. —escribe a Vila en esa carta con red— en la pretensión del Policiano de la Chacarita, sobre el matrimonio a que aspira, exigiéndole que si algo percibe por su servicio militar, algo también contribuya de los derechos que nos corresponden". A pesar de que confía en el Sr. Vila, creyéndolo capáz de persuadir a fondo al hombre del bañado, refuerza su posición, y piensa en el comisario Chalar como posible garantía del inminente himeneo del policiano rural. "Por lo demás, termina —cada suceso de éstos me convence cumplidamente que es V. más feliz que yo para ablandar a estos llorones en materia pecuniaria". Estas líneas, traducen, no sólo la modestia del Cura Conde, sino el cumplido elogio del destinatario. Es que era, en realidad, este sacerdote, cuya psicología desentrañamos de sus cartas, un hombre tierno y débil. Otra muestra: "Al fin las lágrimas triunfan de mis más irrevocables resoluciones", escribe a Vila, dándole cuenta de haber rebajado a una onza el casamiento de Ciriaco Caballero.

Lo que realmente asombra frente a esta correspondencia, es la cantidad alarmante de gente audaz, siempre en actitud de burlar las aspiraciones legítimas del párroco de San Agustín. No lo sospechábamos al iniciar el rastreo por el pasado heroico de la Restauración. Esa gente sin escrúpulos envenenó la vida del cura Conde, tan digno de mejor trato por parte de su feligresía. Y si se piensa que con su proceder incorrecto, esa gente privó al párroco de la Unión, no sólo de sus derechos, sino también de su tiempo precioso, que él hubiera podido emplear en meditaciones espirituales y en la preparación de sus sermones, tan famosos en el viejo Montevideo, la indignación que sentimos por nuestros conveci-

nos desaparecidos, llega casi a confinar con el rencor. Indignamente se obligó al párroco a llevar una contabilidad firme y una meticulosa correspondencia comercial, que no hubiera sido necesaria si toda esa gente, tan apurada, después de la guerra, por casarse, hubiera sentido el mismo apuro en pagar al contado sus compromisos con la iglesia. Tenía que indignarse el cura, y ese resentimiento se trasparenta en sus escritos.

Nos ponemos en su lugar, frente a la osadía del negro Porfirio, antiguo peón del saladero de los Fariña y muy conocido en la Unión como payador y guitarrero. Véase estas líneas, en las que puede percibirse cómo el señor párroco ha recobrado ya su firmeza: "Hace dos horas que el moreno Porfirio está inculcando sobre la celebración de su matrimonio esta misma noche, y a pesar de su obstinación, yo he permanecido más obstinado, por la íntima persuación que si lo caso sin satisfacer previamente los derechos, quedarán perdidos, como la experiencia nos enseña". El final es un fustazo para el moreno: "In límine, y categóricamente: mientras no se pague, no hay casamiento". Habíamos perdido la pista de este negro, a partir de la paz de octubre. Ahora, por lo menos, abrigamos la sospecha de que murió soltero.

Lamentamos ignorar el latín. No sabemos, pues, el alcance de algunas recomendaciones que abundan en esta correspondencia, como aquella en que Conde aconseja a Vila que "hay que hacerle un *recordéresis* a Morales", o esta otra, que tal vez sea más amarga: "comuníquele la píldora *in límini*".

Lo que surge siempre, nítidamente en estas cartas, es la urbanidad del doctor Conde: Jamás olvida preguntar al escribano Vila por su salud, cuando éste, por sus achaques frecuentes, a pesar de su juventud, guarda cama; cuando el enfermo es él, pide al Sr. Vila, que vivía en 18 de Julio 85, a 300 metros de la iglesia, se traslade a ella para comunicarle un asunto urgente, y le ruega de antemano "mil perdones por la molestia".

Creemos innecesario copiar más. Lo transcripto basta pa-

ra dar una idea de la informalidad de los novios de la época. Abandonamos, pues, este archivo, para abrir el del Juzgado de la Unión. En 1855 hay un expediente que quisiéramos creer único en los anales de la Iglesia; lo recorreremos para ver cómo la temeridad de una viuda del lugar trastornó la paz espiritual del cura Conde, hasta el punto de haber llegado a la demanda judicial. El procurador don Lorenzo Conde, padre del sacerdote, se presenta con esa fecha al juzgado a cuyo frente está el señor don Juan José Segundo, y demanda "a doña Antonia Regueira de Comparada, por $ 137 y 4 reales, importe de un entierro *resado* y honras cantadas, en sufragio del alma de don Francisco Comparada". Que no pague un novio apurado está bien, y es casi simpático, pero que después de un funeral de alcurnia, quiera eludirse con habilidades de leguleyo los derechos de la iglesia, eso es realmente intolerable y pareciéndole lo mismo al señor Conde, inició la demanda. El procurador ofrece tres días de plazo, "bajo apercibimiento de ejecución y embargo". La viuda pide se la espere hasta el final de la sucesión. No. A lo sumo 30 días, y eso, aunque se tome esa actitud como una flojedad. "¿Con qué derecho —dice el procurador en su escrito— pretende la albacea eludir el pago que le exijo, cuando ella y no los herederos, es la obligada a satisfacer una deuda tan sagrada, no sólo para descargar el alma del difunto, sino en cumplimiento de un deber de conciencia?".

Tan clara era la cuestión, que se condenó a la viuda. Doloroso, pero justo. Hubiera sido irritante que "el párroco esperase una partición de herencia, no tratándose de un entierro común, sino de ostentación", para el que el párroco había entrado en gastos, invitando sacerdotes extraños e iluminando la iglesia.....

El asunto pasó al Juzgado Ordinario: asesor, el doctor Enrique de Arrascaeta; honorarios del mismo: $ 8; regulador de esos honorarios: doctor Adolfo Basañez; honorarios por esa regulación: $ 3. La viuda tenía un modesto almacén en la calle del General Artigas y Miguelete, a veinte metros de donde, en una noche de invierno y junto a los hijos que rodean el fuego, estamos escribiendo, con el corazón apreta-

do, esta nota de nuestro viejo pueblo. En 19 de Julio de 1855, don Carlos Moratorio, de orden judicial, remató los artículos de almacén y bazar, obteniéndose en el bárbaro acto, la cantidad de "$ 205 y 68 Cts.", de la que, deducidos los $ 137 y 4 reales que pertenecían legítimamente a la iglesia, los $ 8 del asesor, los $ 3 de la regulación y las costas del juicio, quedó un sobrante muy débil —$ 21 y 3 reales— que le fue entregado bajo recibo a la viuda de Comparada... Los hijos eran chicos, y pudo muy bien haberlo necesitado.

* *

Y ahora, y tomando otro tono: ¿cayó el cura Conde en pecado capital? Si su proceder común con la feligresía, fue dictado más por avaricia que por el interés de los derechos de su iglesia, sí, cayó en pecado, y esa falta, cometida por ese párroco, debió ganarle antipatía en nuestro pueblo, porque los feligreses perciben mejor y más finamente estas fallas terrenales de sus ministros, que aquellas que confinan con las cosas divinas.

Así, el casi ingenuo comercio que el cura Conde llevaba en la sangre, pudo ser un pecado capital. Pero ese pecado siempre será inferior al del sacerdote que viola el secreto de la confesión, y mancha para siempre su ministerio, sea ese sacerdote un oscuro cura de aldea, o un ensoberbecido purpurado. La mano de Dios marcará a ese pecador por toda la eternidad, negándole su cielo, sus ángeles, su salvación definitiva. Yo estoy seguro — recobro aquí mi singular — que todo hombre de corazón y de conciencia, absolvería al primero, condenando al segundo.

## Una Lucerna

Una última palabra, antes de bajar nuestro índice.

Vivió en la Unión, hasta 1928, un cura que conocimos bien. Vegetaba, esperando la liberación, junto a su hermana y a los sobrinos. Tenía en sus últimos años, verde y raída la sotana, el ademán vencido, muy baja la voz, el perdón y la tolerancia a flor de labios; cuando un poco de sol podía

llegar hasta la pared de su cuarto, una débil sonrisa lo iluminaba, sobre todo si entonces le recordábamos sus tiempos de gran orador sagrado. Uno de sus últimos días terrenos, se atrevió a pedir a un pariente rico, una cantidad de dinero relativamente elevada, y el pariente se la dio, sin preguntas. Nunca lo había molestado. Tal vez fuera tremendo el trance que lo obligaba al pedido.

Poco tiempo después, el sacerdote murió. Recién entonces, indirectamente, supo el primo algo que sacudió su corazón; aquel dinero no se lo había solicitado el humilde para sus extremas y terribles necesidades, sufridas siempre en un silencio digno. Lo había pedido, para evitar el desalojo de una viuda más pobre que él, y que criaba cuatro hijitos.

Hace años que murió. Tal vez muy poca gente lo recuerde. Pero detrás de su imagen, que conservamos nítida; más allá del rostro resplandeciente de bondad de Monseñor de León, nos parece ver ahora la imagen de Monseñor Bienvenido, que Hugo eterniza en su epopeya. De Monseñor Bienvenido, que dejó al pobre ladrón acorralado llevarse sus candelabros, y que seguramente no tenía una cruz pectoral de piedras preciosas, porque de poseerla, la hubiera transformado en pan para todos los pobres que supieron golpear su puerta y su corazón.

# MEDICO Y CAMPESINO

## Eran Cinco Brumas

Esta es la silueta de Pedro Capdehourat, cirujano. La ha grabado un deseo. El de M. Jules Bertrand. Honrándonos, acaba de invitarnos desde las columnas de "Les cahiers francais", a develar la huella que dejó en nuestro pueblo el galo combativo.

Reconoce M. Bertrand la penumbra de esa existencia agitada. En ella se pierden el año de su nacimiento, el de su doctorado, el de su llegada al país, el de su pasaje al Cerrito desde su antiguo puesto de lucha en la ciudad sitiada, y el de su muerte.

Ya no. Hemos barrido las brumas.

Nació en Salies en 1803, se doctoró en 1832, llegó al Uruguay en 1838, fugó al Cardal en 1845, y murió en su quinta de la Unión el 6 de agosto de 1880. Partimos hacia el laberinto con este pequeño dato: casado con Carolina Danty, hija de un cirujano de los ejércitos de Napoleón, Capdehourat llegó a Montevideo cuando su hijo tenía dos años. Ese hijo se llamaba León. Lo conocimos cuando era un sarmiento venerable, envuelto siempre en la levita oscura, ennoblecido por la albura de la barba. Era entonces médico de policía en nuestra villa, y lo fue hasta su retiro al hogar, en el que lo clavó la hemiplegía. Su ficha de defunción, firmada por Sicardi, dice: "1920, 20 de julio, León Capdehourat, francés, 84 años, viudo, miocarditis, 8 de octubre 40".

León, hijo de Pedro, nacido en 1836, llegó al Plata en 1838.

Pedro murió en 1880, teniendo 77 años de edad. Es nacido, pues, en 1803.

Un curioso comunicado de Capdehourat, tomado a "La Constitución" de 10 Ag. 1852, nos ilumina más: "7 años de práctica en los mejores hospitales de París, y 20 en el ejército del arte de curar"...

Se recibió, pues, de médico, en 1832.

Un solo velo intacto. ¿Cuándo abandonó la causa de Montevideo para abrazar la del Cerrito? Están incompletas las dos colecciones de "El Defensor" de la Biblioteca Nacional. Abrimos entonces con secreta esperanza, las famosas libretas del doctor Fernández Saldaña, que no guardan secretos para nosotros.

En la 3ª, estas líneas: "Se pasó al campo de Oribe en febrero de 1845, junto con un grupo numeroso de desertores; 2 jefes, 6 oficiales y 67 individuos de tropa, según "El Defensor". El Maestro ha ojeado, evidentemente, la colección de Buenos Aires.

Las brumas se han disipado.

Todo esto es muy simple. Una consulta a los archivos y diarios de la época, cuyo rastreo sistematizado no nos era familiar hasta hace muy poco tiempo. Escribíamos en 1937 notas históricas en "La Semana". Difusión reducidísima la de ese periódico de nuestro pueblo. Conocíamos personalmente a todos nuestros lectores. Entre éstos se contaba el Dr. Fernández Saldaña. Trabado el conocimiento, nos dijo un día, refiriéndose a la prensa antigua: "Es la matriz". Tres palabras, y un sendero. Su método, es el nuestro ahora.

Su método no es sólo aquello, claro está. El documento; el culto a la verdad, la valentía en el juicio, una invencible inclinación hacia los temas contemporáneos, y sobre todo una enorme pulcritud profesional.

Casi todo el secreto de nuestro conocimiento sobre el pasado del pueblo de la Unión, consiste en haberlo seguido.

No debe verse en estas confesiones, una extrema humildad. Las hacemos públicas, porque de su divulgación, puede salir, y así lo esperamos, una enseñanza para los estudiosos bisoños que se acerquen a la historia con recta intención.

## Una Condena

21 médicos ejercían en Montevideo cuando el doctor Pedro Capdehourat llegó de Francia. En 1839, Vilardebó preparó una lista de los habilitados, distribuyéndola entre los juzgados capitalinos. Figura en ella nuestro hombre, como doctor en Medicina.

Inmediatamente comenzó a trabajar. Los agradecimientos a los médicos, eran, en la época lejana, carne diaria de los periódicos. Uno de ellos es curioso. "El doctor Capdehourat me curó de un reumatismo crónico de los músculos intercostales, que me atajaban el resuello y el acto de la deglutición, por intervalos". Mezcla híbrida de anatomista y curandero se demostraba Pascual Benítez en el grato comunicado. Grato para Capdehourat. Rencoroso para los colegas. En efecto: el francés lo había curado en 40 días, de los sufrimientos "ocasionados por las malas terapéuticas de los otros médicos". No los nombra. Pero estamos seguros que, con el recorte en el bolsillo, y la acidez en los labios, el ilustrado paciente no los perdonaba en las pulperías.

* *

Era hombre de baja estatura Capdehourat. Se definía él mismo: "Flaco y pequeño, pero de los que no se cuecen al primer hervor".

Ni al primero ni al último. Debió ser de una naturaleza indomable este francés que apenas venido al país, no aclimatado aún a la nueva tierra, arremetió, en defensa de sus ideas, contra el grupo de médicos de la ciudad, para imponerle sus creencias.

Fue en 1839. Escribimos a cien años de la polémica famosa.

Terrible apidemia asolaba la capital. Exótica al principio, casi misteriosa. Pronto, sin embargo, fue etiquetada por el cuerpo médico: *encefalitis*. Frente a ese criterio casi unánime, se levantó Capdehourat. Sólo en la mente de los colegas alumbra esa fiebre cerebral, afirmó. Se trata, en realidad. de una epidemia de tifoidea.

No existiendo prensa científica, el debate se planteó en los periódicos. Pronto descendió. Olvidóse el propio decoro, el respeto a la opinión ajena. Altanero y agresivo era Capdehourat. Sus comunicados a "El Constitucional", "El Periódico" y "El Nacional", eran verdaderos artículos de combate. Y esos diarios, a pesar del momento porque atravesaba el país, pronta ya la invasión rosista de Echagüe, guardaban con fruición sus columnas para la rara lucha, la primera de orden médico que registran los anales de nuestra prensa.

"Cien casos he asistido, de mayo a octubre", proclamaba Capdehourat, nombrando a los enfermos, sin olvidar su dirección. Era común esa acttud. "El mulato Benito, peón del tambo de la calle de San Carlos. tifus negro". Al final, un canto de triunfo: "tres muertos, sobre cien enfermos tratados".

La razón de sus éxitos era lógica. No utilizaba la sangría, porque descartando la encefalitis, surgía la tifoidea. Curaba el tifus, partiendo de un diagnóstico correcto.

En su entusiasmo llegó Capdehourat a una actitud inconveniente. Pidió a los colegas que rectificaran el tratamiento tirando las lancetas. De otra manera debía irse a la inmediata ampliación del cementerio de la ciudad...

La contestación de los colegas rozados fue brutal. Se dudó de su rectitud de vida en Francia, hasta de la legitimidad de su título.

El señor Intendente de Policía pudo leer entonces en los periódicos, una carta abierta que le dirigía Capdehourat. Esa carta había causado estupor al cuerpo médico nacional. Se le exigió a Capdehourat, "datos científicos, y no charlatanismo". Lo cierto es que se había excedido. En su entusiasmo, sembraba agravios. Pidió que se le enviaran enfermos del hospital, "aunque estuvieran moribundos", comprometiéndose a salvarlos. Esa pretensión constituía una ofensa para los médicos del Hospital de Caridad, doctores Gutiérrez y Ferreira, que habían perdido algunos enfermos en esa epidemia, después de haberlos sangrado con sanguijuelas.

Desagradable el giro de la cuestión. Se llegó rápidamente al insulto personal, utilizándose seudónimos en las publi-

caciones.

De pronto, Capdehourat jugóse la última carta. Aseguró que el gobierno negaba la tifoidea, "por temor de que el comercio se interrumpiera viendo nuestro pabellón infectado".

La Junta contestó por el Gobierno: "Suspéndase en el ejercicio de su profesión por seis meses, al doctor don Pedro Capdehourat".

Era el 4 de Diciembre de 1839 cuando el altivo francés empezó a cumplir la pena impuesta. Con ella terminó esta polémica tan poco edificante.

A los cien años, vemos claro. La imputación de Capdehourat, dirigida al Gobierno, podría ser calumniosa, en cuanto a la intención que le atribuía de ocultar una epidemia por no perjudicar la plaza comercial. No lo era, en cuanto a la realidad de la epidemia denunciada. La ciudad vieja rebosaba de tíficos. La epidemia había venido como un regalo de la escuadra francesa, anclada todavía en el puerto cuando la polémica tocaba a su fin. Capdehourat pagó sus palabras. Pero la tifoidea no desapareció. El día que se firmó el decreto suspendiendo al médico, la tripulación de la fragata Atalante sacaba de sus bodegas, para llevarlo al camposanto, el cadáver de un muchacho. Era el grumete Jean Pierre, que como Capdehourat, había pasado su infancia en un alegre pueblecito de los Bajos Pirineos.

## Al Servicio de los Unitarios

La condena de Capdehourat puso su nombre en todas las bocas. Empezó pronto a hablarse de su martirio. "Unos legos" estimaban en mil a dos mil patacones los perjuicios que sufriría en la forzada inactividad de seis meses. Un diario maltrataba al francés. Otro lo exaltó hasta endiosarlo.

En 1843 empieza el Sitio. Tres días después Andrés Lamas dice en documento oficial: "El Dr. en M. y C. don Pedro Capdehourat se ha presentado al Jefe Político y de Policía, ofreciendo sus servicios profesionales para el tratamiento de los heridos y enfermos de la valiente guarnición de Montevideo".

Capdehourat prestará sus servicios, en el Hospital de sangre, y en las propias baterías, bajo el fuego. Hace más. Cede una sala en su casa, amplia pieza, con ocho camas para otros tantos heridos que atenderá personalmente. Proporcionará además, —y esto lo agradece el jefe especialmente—, "una gran cantidad de agua diaria".

La "casa de la Buenavista", propiedad de Capdehourat, en donde éste preparó una sala para heridos de guerra, estaba situada en la calle Uruguay 242. Con sus colegas compatriotas organizó inmediatamente el servicio de sanidad de la Legión Francesa. Se reservó en él la vigilancia médica de los batallones 3º y 5º de Cazadores vascos.

¿Por mucho tiempo? Por siete meses. Con fecha 2 de Setiembre de 1843 renunció, "por exceso de trabajo", al honor de cuidar los enfermos y heridos de la Legión. En su Hospital de la Buenavista, "atenderé a todo enfermo sin distinción de patria". Exalta él mismo su actitud. "He tomado, —dice—, con respecto al Gobierno oriental, un interés público que estoy orgulloso de mantener hasta el fin de la crisis".

Se engañaba el francés. Su renuncia de médico de la Legión marca, para nosotros, el principio en la evolución de sus ideas políticas.

Se fue al Cerrito en Febrero del 45. Lo hubiera hecho antes a serle posible. Los vascos españoles iban llegando al país, y tomaban pronto el camino del campo sitiador, yendo al encuentro del catolicismo conocido del Jefe blanco. Así los carlistas Amilivia, Guruchaga, Basterrica.

Capdehourat era masón. Hay que buscar en otro lad su defección repentina. De las causas que examina M. Bertrand, nos seduce algo ésta: los celos profesionales, las rivalidades con sus colegas franceses, lo empujaron hasta el Cardal cercano. Pero no se va en seguida. En Enero del 44 la prensa nos ilumina su penumbra. Capdehourat asiste gratuitamente al pobrerío de la ciudad. Los boticarios no despachan sus recetas. Instala entonces el médico una botica en su Casa de Sanidad, y desde allí regala a las familias menesterosas, los remedios que no podrían obtener sino por la dádiva.

## Un Campesino

Treinta y cinco años tenía cuando llegó a la Restauración. No representaba esa edad. Pequeño, magro, tez blanca, lampiño. Una ojeada a su origen. Era un campesino bearnés, al que el estudio de una carrera como la medicina, no había conseguido arrancar las huellas impresas a su alma por el campo de Francia.

Tenía manos pequeñas y delicadas. Por ellas tal vez se hizo guitarrero en los ocios comunes con su amigo Maturana. Esas manos habían labrado la tierra. Recordándolo se levantaba aquí con el alba, para desayunar con su sopa de coles y su pan negro, mientras su navaja separaba los trozos al jamón ahumado que colgaba de la cocina aldeana.

Alma simple la de este gran médico que tuvo en sus albores nuestro pueblo, y al cual no pudo acriollar nunca del todo el ambiente nuevo. Fue siempre un campesino francés, con todas sus características, hasta con ésta, que lo diferencia de los aldeanos de todas las comarcas de la tierra: brusco en los poblados, demasiado fino para los campos. Eduardo Encina lo hubiera empotrado en uno de sus frisos.

## Aparece el Federal

Un solo médico ejercía en el Cardal en 1845, época en que Capdehourat desembarcó en las costas del Buceo, a raíz de su expulsión de la Capital. Era el doctor José María Azarola, español andariego, cuyo fervor por la causa oribista se exaltó por esa época, a raíz de su supuesto degüello por la *gente* de Maza.

Visitó Capdehourat al general Oribe en su campamento. De esa visita resultó el afincamiento del francés en el Cardal, donde no había cirujanos. En un rancho largo, de dos aguas, con los mojinetes orientados de Este a Oeste, sobre la paralela norte al camino Real, estableció Capdehourat su Hospital de sangre. Ladrillo y barro. Cuatro piezas corridas, tres con puerta a la callecita sin nombre, que sería *Maroñas* desde el 49, y *Juanicó* después del 67. Un ventanuco con reja,

dos pequeños ombúes, que pronto desaparecieron, la teja acanalada, y el farol del sur, contemplaban la fisonomía del Hospital.

En ese rancho cumplía Capdehourat su primitiva cirugía de guerra, enriquecida en 1847-48, por el éter primero, y luego por el cloroformo.

El médico nacido en la campaña de Montgicar, ejercía frecuentemente en los campos que rodeaban el Cardal. Iba por el lado del mar y del Este, hasta las más lejanas tierras de don Juan María Pérez y de don Doroteo García. Domeñaba los arenales y los arroyos con su famosa yunta de tordillos. Un poco distinto el aspecto de nuestra campiña, tan despoblada con relación a la francesa. A dos leguas de la Restauración había rodeos. Fueron luego trigales. Más tarde tambos. Ahora quintas.

En el Manga y Toledo las chacras que fueron de los Artigas. Enfrente, hacia el bañado, la fábrica clandestina de aguardiente, de J. Martín, en chacra conocida por de Portal, lindando con las tierras de don Federico Nin Reyes. Junto al camino a Maldonado, la grasería famosa, donde se mataba las yeguas para manufacturar la grasa y el sebo para el alumbrado de la ciudad.

Varias generaciones han pasado. Los campos transformaron su aspecto, la tierra se ha dividido, pero esos edificios se conservan intactos.

La población civil de la Restauración, la rural de las zonas citadas, y la militar del Cerrito, confiaban ciegamente en la ciencia de Capdehourat. Era el médico preferido del general Oribe.

El federal había aparecido pronto, apenas caída de los hombros de Capdehourat la capa con que se había cubierto en los dos primeros años de la guerra, en que era médico de la Legión.

Cuando terminó el Sitio ya contaba la Restauración con un discreto número de médicos. José María *Azarola*, industrial más tarde, con velería en el Buceo. Pedro *Vavaseur*, de la Facultad de París, como Agustín *Robert*, con quien instaló en nuestro pueblo de la Unión, el año 52, en calle del Colegio,

frente al Pasteur de hoy, el primer Sanatorio médico-quirúrgico del país. Pedro *García de Salazar y Morales*, apóstol y mártir. José R. de *Mattos*; de la Universidad de Coimbra, especializado en enfermedades tropicales después de una estada de seis años en Río de Janeiro.

## Lo Ejecutan

Durante algunos años Capdehourat vivió en la calle del general Artigas, a cien metros de la callecita del Cardal, en la casa que ocupó después, hasta su muerte, su hijo León. Trasladóse más tarde a una manzana sobre la misma calle, hoy 8 de Octubre, entre las que se denominan actualmente Sanguinetti y Crocker. El límite Este lo marcaba una hondonada natural, un trozo de la zanja Reyuna. Con sus propias manos plantó álamos el médico francés a lo largo del barranco. La casona casi no se veía del camino Real, semioculta por los limoneros y los naranjos.

Apenas terminada la Guerra Grande la suerte lo abandonó. El general Eugenio Garzón, el más seguro candidato a la Presidencia, murió sorpresivamente. Capdehourat lo había asistido. Lo había asistido acudiendo desde la Restauración al llamado hecho desde Montevideo, olvidando que Garzón había defeccionado la causa de la Confederación Argentina. La adhesión a Oribe no tenía límites en el doctor Pedro Capdehourat. No vaciló, sin embargo, en atender al adversario que era ahora el general.

El Gobierno pidió la autopsia. Se nombró un Tribunal. Por haber errado el diagnóstico y el tratamiento, se suspendió al doctor Capdehourat por 8 meses en el ejercicio de su profesión. Cumplió la pena, de diciembre 4 de 1851, a 4 de agosto de 1852.

## El Hombre Activo, y el Hombre Optimista

El hombre activo que era Capdehourat, debió sufrir por el descanso forzoso. Frenado su dinamismo, se desató, una vez en libertad, en proyectos. Uno de ellos es casi desconocido de

los eruditos. Lo publicó "La Constitución", de 10 de agosto de 1852.

El Presidente Giró ha creado tres becas por departamento, para los tres mozos más pobres entre los seleccionados por su talento. El Colegio de la Unión les abrirá sus aulas.

El obstétrico distinguido que es Capdehourat se asocia entonces al gesto del Gobierno, creando en su quinta una Escuela de Parteras. En ella dará lecciones gratuitas "a una persona del sexo femenino por cada departamento".

¿Funcionó esa primera clínica obstétrica del país? Tenemos nuestras dudas. Esta frase del profesor Capdehourat, aparentemente inofensiva, pudo muy bien decretar el derrumbe de la clínica: "Me comprometo —decía en el comunicado, en frase jactanciosa— a darlas prontas a todas en seis meses".

Capdehourat se acercaba a los 50 años, y conservaba intacto... su optimismo. De cualquier manera, la Escuela parece no haber funcionado nunca.

* *

No triunfó ese proyecto generoso, pero muy pronto vio realizado otro de sus sueños. En el mismo rancho donde había instalado su Hospital de sangre de la Guerra, inauguró con gran fiesta, en 2 de noviembre de 1856, una Casa de Sanidad. Estaba destinada a enfermedades crónicas. Era un médico completo que no rehuía las especializaciones, aunque su predilección lo empujó siempre a la urología.

Su fama era extensa, y los honores se le acumulaban. Está ausente de Montevideo en octubre del 63, con el ejército del general Medina, en momentos que queda vacante el puesto de Cirujano Mayor del ejército nacional.

Por la pluma de don F. X. de Acha propone "El País" al doctor Azarola.

"La Reforma Pacífica" reivindica para Capdehourat ese honor que culminará su carrera.

Años antes, en abril del 58, había sido nombrado médico de la Comisión de Inválidos, en reemplazo del doctor Gualberto Méndez.

## Una Sombra Agasajando Fantasmas

Acercándose ya a los 80 años, aun ejercía la medicina. Su hijo León le preparaba poco a poco el descanso, tomando el cuidado de sus enfermos. La vida iba dejando al anciano en la soledad. Casi todos sus viejos amigos lo habían precedido en el gran viaje. A cierta edad los hombres no tienen lágrimas, pero las separaciones definitivas toman para ellos aspectos de verdaderos desgarramientos. Eso fue para Capdehourat la muerte de Basañez y poco después la del prebístero Lázaro Gadea, el mismo que había presenciado 60 años antes la ejecución de Liniers.

Salía poco ahora, y cumplía entonces, muy lentamente, sus antiguas caminatas por el pueblo que viera levantar tantos años antes. Usaba su bastón. Pero no aquel que le regalara Oribe, de ébano, estoque de Toledo, y fino puño de oro labrado. Una simple vara de guindo, llena de nudos. Podía ser la de Esculapio, aunque el viejo médico no podía conocer sin anacronismo la palabra de Baissette: "nudos múltiples, para marcar las dificultades de este arte lleno de escollos, y la longitud del tiempo que es necesario emplear para hacerse su artífice".

Fuera de esos raros paseos, era una breve línea oscura, errando bajo la sombra de sus naranjos...

En el último invierno se le notó alguna rareza. Vivía solo. Su hija, con el espíritu en nieblas desde muchos años antes, no contaba en la casa. Melancólico, su almuerzo solitario en el gran comedor en que reuniera treinta años antes a tantos jefes y oficiales del Cerrito. Su vieja ama de llaves adornaba alguna vez ese comedor lleno de cuadros, y de recuerdos. Le devolvía su antiguo esplendor. Sobre la amplia mesa los ricos manteles, la vajilla de plata, y la cristalería europea. Crepitaban los troncos en la chimenea, y el viejo cirujano descendía a soñar. Para esas raras ocasiones en que *esperaba* sus *huéspedes*, el gran señor que siempre llevó dentro, se vestía con el uniforme de gala. Estaba asimilado a coronel por sus servicios en cuatro guerras. La del Sitio Grande, que había presenciado al principio su devoción por los vascos heridos en de-

fensa de Montevideo, y luego su fanatismo por el coronel de Ituzaingó. La del 57-58, con el general Medina. La del 63 con el ejército legal que se opuso a la revolución florista. La del 70-71 ,con las trágicas sangrías de la Unión, del Sauce, y de Manantiales.

Las sombras se corporizaban. Aparecían allí Lasala, Artagaveytia, Servando Gómez, Olid, Aparicio, el general Núñez, el doctor Villademoros. Y el jefe, la figura térrea de Oribe, con su don de gentes, que le hacía pedir disculpas por su rebelde tos.

Uno de los rincones del comedor desbordaba de libros. Huídas las sombras queridas, buscaba un refugio junto a la chimenea. Como a Stelio, lo atraía el fuego. Junto a la alegre llama, dialogaba con Corneille, olvidando así sus borrascas morales...

En el ensueño de ese anciano Brummel que no tuvo caída, pudo muy bien figurar su pueblito natal. Salas, de Montgicar. Un muchacho ardiente, frente a una boca en flor.

* *

La miocarditis detuvo el corazón del viejo francés del sur. Eran exactamente las tres de la tarde del 6 de agosto de 1880.

Cubrieron el féretro con la bandera nacional, y el pueblo en masa acompañó sus despojos hasta el cementerio.

Santos pensó honrarlo. Creyendo hacerlo, hizo cumplir los honores decretados por el 5º de Cazadores...

## UN MINISTRO GALANTE Y UNA DAMA BRAVIA

Episodio de la Unión de 1858, cuando nuestro pueblo era una aldea. Nos revela la guía de 1859, que el trigo sembrado ese año en Montevideo, ofreció a los trojes 3620 fanegas. De ellas, 306 correspondían a la Unión.

No cabe el asombro. 25 años más tarde Rivero y Berrutti sembraban trigo en la Aldea. Trillaban en todas las eras del lugar las yeguadas de Bartolo Gordillo. Pueblo Blanco. Hueso de bagual. Tanto, que Goyo Suárez al visitar a su amigo Santiago Sierra en el camino de la Cuchilla Grande, evitaba pasar por la Unión, porque "en ella hasta las gallinas y los perros erán blancos"...

El caserío bajo rodeaba la Iglesia, donde oficiaba un cartujo español, el doctor Antonio María Castro. Afincó en la Unión casi toda la oficialidad que había acompañado a Oribe en el Cerrito. Los Virriel, los Casaux, los Arias, los Lasala, los Urtubey, los Puentes, los Díaz, los Cedrés; civiles espectables: F. X. de Acha, F. Acuña de Figueroa; comerciantes fuertes: Illa y Viamont, Larravide, Murguía, en la calle principal, o en las callejas adyacentes. Del lado del sur la quinta de Basañez atraía ya con sus perales a los muchachos de entonces. entre los que merece un recuerdo especial el niño nacido en la calle Toledo, en 20 de abril de 1851 y bautizado en San Agustín a los pocos días. Muchacho que dejó nombre, porque estaba destinado a firmar el manuscrito de "Ismael". Niño amanecido a la luz en el barrio de los molinos, agonizando el Sitio: Eduardo Acevedo Díaz.

De tierra la calle principal. Rebautizada con ahinco. Calle Real. De la Restauración. Del General Artigas. 18 de Ju-

lio. 8 de Octubre. Senda volcánica en Enero, maldita en el invierno, por la boca de veinte pantanos. Un cañón del Cerrito impedía en alguna esquina que los carros treparan a las veredas. Pitas en los bordes sinuosos. Nunca se reparaba los pantanos del camino a la Unión. Pantanos con personalidad. Con nombre propio. Respetados y temidos. Los pantanos de las Tres Cruces. De frente a lo de Sochantre. De frente a lo de Santos. De frente a lo de Piñeyro. De frente a lo de Mascaró. De frente a lo de Capdehourat. De frente a la antigua casa de Peña.

Las quintas de Becar y de Peña lindaban. Correspondían a la que fue hasta hace poco quinta de Rubio. Su terreno no alcanzaba hasta el camino de Larrañaga. De un diario de 20 de abril de 1858, describiendo el traslado de los restos del General Oribe a San Agustín: "...y el cortejo tomó el camino Real a la altura de la quinta de Peña". Exactamente el comienzo de la avenida Centenario de hoy. Venancio Flores durmió alguna noche del 65 en la casona de Peña, con su corte de mariscales brasileños, días antes de la entrada de Caraballo en la ciudad rendida por Aguirre.

El doctor José Luis de la Peña habitó esa casa. Aligerándose de las ropas de sacerdote había desposado a Laureana, una de las hijas de doña María Serrudo de González, con quien convivía en la finca. El catedrático de filosofía en Montevideo, y ex Ministro de Urquiza, dejó a la quinta su nombre como un escudo nobiliario.

Frente a la propiedad que compartían doña María Serrudo de González y su yerno el doctor de la Peña, se extendía el pantano temible. El más ancho, el más hondo de los atascaderos del poblado. Ya existía ese bajo el 52, cuando Giró emprendió su viaje al interior, hacia el cual se dirigió por nuestra calle Real, en cuya intersección con la quinta de Peña, una vil *cuarta* humana, la de los vecinos más espectables del pueblo, tuvo el honor, dice una crónica de la época. "de arrastrar su coche un centenar de metros". No temían al pantano los armiños locales...

* *

La mañana de un domingo de ese año de 1858, notóse de pronto inusitado movimiento en el lugar. Grupos de muchachos se dirigían apresuradamente en dirección al centro. Cercano ya, se veía avanzar por el camino un grupo de jinetes. Grupo importante. Brillantes uniformes sobre pingos regios. Se cubrieron de mozas las rejas florecidas. Salieron a las calles las familias de los contornos. Las de Reboledo, Buxareo, Becar, Davison, Pedemonte, Tajes. La comitiva avanzaba en zig-zag. Resbalaban en el lodo los caballos. Frente a la quinta de Peña los detuvo el pantano. Un tordillo negro encabezaba el grupo. Lo montaba un hombre joven, arrogante, correcto. 30 años a lo más. Fino látigo apretaba su puño enguantado. La mano de su corcel no alcanzó a chapotear en el fango. Conociendo o previendo su hondura, su jinete lo guió hasta la vereda. Subió por ella, y pretendió avanzar, esquivando así el obstáculo por la senda imprevista, abierta al conjuro de su voluntad. No pasó. Inesperadamente una dama acababa de tomar las riendas a su caballo. Era doña María Serrudo de González.

Un duelo, el diálogo corto.

—"No esperaba, señor, que se cometiera el atropello de pasar por esta vereda, sin mi permiso".

—"Se lo pido, señora, con todos mis respetos".

—"Tengo el gusto de negárselo, señor".

El personaje, que lo era, fijó su atención en el semblante enérgico de la dama.

—"Le ruego paso, señora".

La voz, correcta, recobraba ya un ligero acento de autoridad.

—"Vamos al Colegio. No llegaríamos dignamente si pasáramos a través del charco. No es posible atravesar por allí".

—"Por mi vereda tampoco es posible".

Había soltado las riendas. Comprendía que su mirada y su voz eran la más segura manea para las manos del tordillo que espumaba en el freno.

—"Señora"... casi gritó el jinete de traje impecable. Soy el Ministro de las Carreras. Voy al Colegio en representación del Superior Gobierno, a presidir un acto ofi-

cial".

Rápidamente, como si hubiera esperado esas palabras, halló contestación la dama bravía, que no pensaría, posiblemente, al salir del viejo macizo de su casa, como tantas veces al paso de una comitiva, ser la heroína de esa singular rebeldía. Se le empurpuró la cara.

—"Con mayor razón le negaré el permiso. El Gobierno es culpable del estado de este camino".

La gentileza proverbial del doctor de las Carreras, su don de gentes, su diplomacia, le ganaron la turbia partida.

—"Mañana desaparecerá el fangal, señora. Déjeme pasar por su vereda. A mi vuelta, pasaremos por el pantano".

Una exquisita reverencia femenina. Saludando, pasó la comitiva. Esquivó la laguna a la ida. La sufrió a la vuelta. En el intervalo se apeñuscó el vecindario en el Colegio, teatro de las hazañas magistrales de don Juan Manuel Bonifaz, que "descendiendo en línea recta de los Reyes de Castilla y Aragón (sic) desempeñaba ahora el humilde puesto de maestro de escuela de la villa de la Unión", "con una abnegación que no tiene ejemplo en toda la República". Calle por medio con el Colegio, se veía la casa especialmente construída por los doctores de la Facultad de Medicina de París, don Pedro Vavaseur, y don Agustín Robert, y en la que instalaron el primer sanatorio médico-quirúrgico del país, inaugurado en 20 de agosto de 1852. Junto a esa casa, lucían los salones de la casa de Larravide, alfombrados en 1856, para que el General don Manuel Oribe pudiera recibir en ellos los diarios homenajes de sus correligionarios.

* *

El Ministro cumplió su palabra, 24 horas después de la incidencia, se descargó frente al obstáculo la tosca y el pedregullo con que las cuadrillas de peones saldarían la deuda contraída por el apuesto jinete que no quería enlodarse. Así se compuso por primera vez, el pantano de frente a lo de Peña. Por la voluntad de una mujer enérgica, y por la comprensión de un hombre de Gobierno.

Días después del episodio que fue comentadísimo en nuestro pueblo, un grupo de vecinos de la Unión, lo mejor de la época, llegó hasta la casa de la señora de González, a testimoniar su agradecimiento. Lo que ellos no habían conseguido después de muchos pedidos inútiles, desde la prensa y desde la C. Auxiliar, lo había obtenido ella por la energía de su actitud. Figuraban en el grupo don Tomás Fernández, don Manuel Solsona, el Tte. Coronel José Antonio Pedemonte, don Santiago Poggi Linares, don Tomás Basañez y don Manuel Larravide.

Anotación curiosa. — Han pasado 80 años. Un solo pantano queda en la antigua jurisdicción de la Unión. Enclavado en Malvín, ocupa una parte del predio de Pancho González, nieto de aquella señora de González que jugó el primer rol en el episodio que hoy evocamos. Pantano "cultivado" canalizado y mimado por mano de ese artista, luce hoy junto al bungalow. La abuela escamoteó el primer pantano. El nieto evita que se seque el último. Sobre su agua mansa, florecen los nenúfares.

* *

Verá el lector por qué fijamos en 1858 este episodio, exacto hasta en sus detalles, que nos ha sido trasmitido por la más respetable tradición oral. De las Carreras fue ministro de Estado varias veces, bajo Pereira y bajo Aguirre. El episodio no puede haber ocurrido en su ministerio del 65, porque el Colegio ya era, desde 1860, Asilo de Mendigos. Pudo tener lugar, entonces, en los ministerio de los años 1858 o 1859. No puede ser en el último. En 1859 se compuso *todo* el camino de la Unión, siguiendo el plano del ingeniero Rabú. Desaparecieron los pantanos, por lo menos por un tiempo. Todos, incluído el de frente a lo de Peña. Hasta es presumible que esa fecunda obra pública se haya inspirado en el episodio relatado por nosotros, y que colocamos, por exclusión, en el año de 1858.

No tenía 30 años el doctor don Antonio Gregorio de las Carreras, cuando violando por primera vez la Constitución,

lo llamó al Ministerio de R. E. el Presidente Pereyra. — Enero 1858 —. En junio del mismo fue sustituído por el general Antonio Díaz. Un año después volvió. Fue el último Ministro de G. y R. E. del Presidente de Quinteros, hecatombe la más innoble en nuestra roja historia de una centuria, refiriéndose a la cual juró en juicio público don Antonio de las Carreras, que no había tenido conocimiento de la orden de ejecución, pero agregando espontáneamente, "que si la hubiera conocido la hubiera aprobado y firmado cien veces".

Impúdica competencia de responsabilidad histórica, corrida con fruición sádica con don Luis de Herrera, que se enorgulleció siempre de haber sido él, y no otro, quien arrancó la sangrienta orden al etilismo de Pereyra. Bien cara habría de pagar el ministro de las Carreras su arrogancia y su falta de temor al juicio de la Historia. Con Fernández Saldaña hemos conversado más de una vez de su fin. El gran erudito ha rastreado en el Paraguay las huellas que dejaron en él los emigrados orientales en la época del Mariscal. Llegó así una noche hasta la habitación donde agonizaba doña Juana de la Cruz, amante del ex ministro de las Carreras en tierra de Asunción, mujer que era un terrón sombrío cuando él la vió, y que en la época de su esplendor le había dado un hijo que habría de llegar un día de principios de siglo, a ser ministro de la nación paraguaya.

Le faltó belleza a la terrible muerte de Antonio Gregorio de las Carreras. Ese hombre viejo, que llegó al extremo de roer huesos que le arrojaban por la reja de la prisión; esa ruina humana, inmovilizada en sus últimos meses en actitud de ampararse el cerebro con las manos contra la terrible tortura de su jaqueca exacerbada por el sol paraguayo; ese esqueleto cubierto por un pergamino; deprimido, calvo, huído de la vida antes de ser arrastrado al lugar del suplicio, representaba, según un testigo, sesenta años. Sólo tenía 38. Una sombra. La del pulcro jinete que apenas diez años antes, rogaba a una dama, en un camino de la Unión, un limpio paso.

Caída a lo Brummel. Sin ahorrar una herida. Ni una aspereza.

# EL ULTIMO PENSAMIENTO DE ORIBE

Emigración valiosa poblaba el litoral en esos años bravíos. En campos de la Colonia, Poucel en el Vichadero, y el inglés Hinés en la horqueta del Manantiales. Médico, Hinés, como Vavasseur, que pasaba temporadas en la estancia de Poucel, llamada del Pichinango.

Tan tradicionalista era míster Hinés, que cuidaba sus hijas para casarlas con ingleses. Cuatro argentinos se las llevaron: los dos hermanos Larravide. Ocampo, y un mozo que empezaba a hacer versos y se llamaba Carlos Guido y Spano...

Cuando se estableció en el Uruguay, tenía 30 años don Norberto Larravide. Era de Buenos Aires, y se le conocía por "el porteño". Habilitado del ricacho Lezama, fue capataz y estanciero luego. Pretendió a la *hija del inglés*, y lo acogieron bien. Por motivos raciales se opuso el padre. Casó en la Colonia en 1838, y el asalto rosista lo sorprendió con dos hijos. Con la invasión llegó la tragedia. Ximénez, jefe de una partida blanca, atacó la hacienda. Ante los ojos de la esposa, se degolló al médico extranjero. Oribe acampaba ya en el Cerrito. Apenas asesinado Hinés, Larravide recurrió a él en demanda de justicia, y Oribe vengó la muerte alevosa. A su mandato, el coronel Montoro, cuya fama de crueldad era bien merecida, buscó a Ximénez y lo fusiló. El castigo efectuóse en la estancia de Manantiales, y el banquillo fue colocado en el lugar del crimen. Hasta él llegó la compañera del hombre asesinado, ¡pidiendo la vida del matador!... No la obtuvo, pero ese pedido de perdón en medio de su congoja, pinta un alma.

¡Y qué alma! De extraña y honda psicología. Era una

escocesa, gran dama, madre altísima, centinela de la paz doméstica, del bienestar familiar, tan amado por los sajones, del respeto y amor al dueño de su vida. Yo no sé si un latino podría comprender ese perdón estoico, pero aseguro que ninguna mujer de mi raza sería capaz de tanta magnanimidad. Prometería el anatema en lugar de la venganza, pero nunca renunciando al castigo, del cual muestra ejemplo el mismo Jehová del Génesis sangriento. Si él ha permitido la especie de los Jueces y hasta de los Fiscales, si torturó a Caín, y en dos mil años no ha perdonado a Judas, ¿podría encontrar bien ese gesto de la trágica viuda ante el bandido que dejó huérfanos a sus hijos?

Tal vez sea necesario haber nacido en un país de cardos y de brumas, para tener el corazón tan humilde, tan abroquelado contra los golpes de la vida, a fuerza de ceñido sufrimiento racial. ¿Vendrá de esa raíz la famosa flema escocesa? Yo no puedo comprender el gesto magnánimo. Perdón también para mí, espectro bueno de mistress Hinés...

* *

Disipado el humo de la descarga, la estancia queda desierta. Larravide se encamina al Cardal. La invasión rosista hacía inhabitable la campaña, que recién será enteramente de Oribe, cuando Urquiza se la ofrezca desde India Muerta. No podía quedar Larravide en la Colonia, con familia, y esa visión trágica, flotando siempre frente a las pobres mujeres, en la vigilia y en el sueño. Luego, la condena obtenida contra el asesino de Hinés, debió apretar un fuerte lazo entre los dos hombres. No era común en Oribe, que regresaba de una campaña tan implacable como la de las provincias. Larravide debió sentir esa justicia como una consideración personal que le dispensaba el Jefe. Eso lo ató a él, como una servidumbre. Se trasladó al Cardal, aldea de barro y candileja, desde la cual gozará la cercanía del caudillo, y podrá vigilar sus negocios, ya que no se deshace de su casa del Colla.

Por su parte, Oribe lo distingue. Cuando el cura Ereño bautiza en la capilla de los Olivos un nuevo vástago de La-

rravide, el General será el padrino, tendrá la niña en sus brazos sobre la rústica pila de piedra, y la llamará *Victoria*, como un símbolo, y hará desfilar en su honor, por el terreno flanqueado de olivos y de álamos, al ejército sitiador.

Lazos fuertes unieron a este hombre y a Oribe, pero no puramente afectivos. Don Manuel no era hombre rico, pero no bajó de la Presidencia en la pobreza. Negoció en la Restauración. Fue socio de Larravide en su negocio de cueros, y muy posiblemente también de Ponce de León y Reyes en su comercio de panadería. Honesto como era, incapaz de negociados indignos, habría reunido dinero según Poucel, como para poner en seguridad en el Brasil, después del Sitio, sumas considerables, de las que se precisaba número y sitio. (Nos ha sido imposible obtener copia del expediente sucesorio abierto a la muerte del general don M. Oribe. Desapareció del Juzgado respectivo, en 1908).

## Un Alma

Desearíamos develar el alma de Oribe. Es compleja pero tiene una unidad, desdoblada por una fecha. Antes de 1838 no es siempre duro; luego se acostumbra a la crueldad, deja crecer en él ese sentimiento nuevo, lo refina, como si lo cultivara después del acercamiento a Rosas y del aprendizaje de la campaña en las provincias.

Larravide nos acercará a esta alma tan enigmática. Lo hará, en medio de un episodio conocido por "las confinaciones del Durazno". Corre el año 45. La intervención franco-inglesa protege a Montevideo contra Rosas. Rotas las negociaciones, la intervención ocupa militarmente el puerto de la Colonia. Oribe siente el castigo, y arrancando a los residentes franco- ingleses de la campaña, los confina en el Durazno. Serán sus rehenes. Entre ellos, hay 50 hombres de la estancia del Pichinango, que llegaron desde Colonia a pie, salvo los hermanos Poucel, Wilson y Vavasseur, "a los que se dejó caballo flaco y cansado". Vavasseur, liberado, visitó a Oribe, y obtuvo de éste, primero la venida de Poucel al Ce-

rrito, y luego la libertad de los rehenes.

Benjamín Poucel nos dejó un sereno documento sobre el alma del jefe blanco. No hay que olvidar el trato recibido por los confinados: celda, hambre, andrajos. A pesar de eso reconoce el francés que Oribe "tenía principios sólidos de probidad, y la prueba de la exactitud de esta opinión, es que salió de la Presidencia en 1838, menos rico de lo que entró a ella".

Para Poucel, el origen de muchas de las faltas de Oribe estaba en su petulancia. Tenía una alta opinión de sí mismo, y eso lo volvió impaciente y orgulloso, llegando a no admitir la contradicción más respetuosamente formulada. Conociéndolo a fondo, no se exponían los íntimos, a escenas desagradables; otros provocaban en él, por falta de tacto frente a su natural tan difícil, verdaderas crisis de furor, que duraban poco, pero dejando rastros. Su palidez después de estas crisis, se acentuaba. Así cuando el oficial Sienra le presenta el puñal de Cabrera, ensangrentado hasta la cruz, insistiendo que debe recibir al matador, recién venido al Cerrito en ancas de su caballo. (Fojas 96 y sig., del Proceso al asesino de Florencio Varela). Así, cuando el general Antonio Díaz consigue que a 4 soldados que sirvieron con él, y desertaran luego, se les ejecute por fusilamiento, y no por degüello.

El reproche que se ha hecho a su carácter, de inconstancia y de ligereza, tiene ese origen, para Poucel. Pero no se le encontraría, sino en su actuación pública. En la vida privada, en efecto, Oribe es un hombre suave, casi amanerado, incapaz de una descortesía. No está siempre en gentilhombre, como su hermano Ignacio, pero desconoce las cóleras domésticas de su hermano Francisco. Es una mezcla de los dos, pero se presenta en la intimidad con la máscara del primero, reservando para la escena pública, y eso no siempre, la del otro.

Rodea su casa de comodidades y delicadezas. No busca sólo calor en la chimenea de troncos junto a la cual el hogar aprieta su haz en las sobremesas. Es un corso jefe de un clan. A su madre la rodea de ternura hasta la más extrema vejez, y para la esposa rompe un día el bloqueo que él mismo de-

cretara a la plaza de Montevideo, permitiendo que llegue hasta su casa de la Curva de las Maroñas, un piano de Prusia, que ha de aliviar las tristezas del Sitio.

Tal vez no se equivoque Poucel, cuando relaciona muchos errores y faltas del general Oribe, con su escasa inteligencia. Descuidó su educación, porque la época le impuso, como a tantos, ese sacrificio. Era preparado en táctica guerrera, pero su insuficiencia cultural no desapareció nunca del todo. Sin la llana urbanidad que le llegó con la sangre de sus ancestros, esa ignorancia de Oribe hubiera sido más visible. En el hogar primaba su cortesía; fuera de él, en el campamento, y sobre todo en el Cerrito, donde pasó tantos años vigilado por el desdén de Rosas, su natural, dominador, atropellaba vallas, y entonces aparecía al desnudo.

Hay, sin embargo, en sus crisis de irritabilidad, un elemento orgánico que no podemos olvidar: Oribe era un tuberculoso, y se sabe la influencia que ejerce la infección bacilar sobre las variaciones del carácter.

Agradezcamos a don Norberto Larravide, buena parte del conocimiento que nos ha dejado Poucel sobre la manera íntima del general. El predispuso el ánimo de Oribe para las entrevistas. Fue teatral la primera. Oribe junto a su mesa de trabajo, estaba reunido con el doctor Villademoros, don Bernardo Berro y el general Antonio Díaz. Poucel se acercó al centro de la estancia y mostró sus andrajos:

—"Así están en este país las gentes honradas", —dijo.

Vavasseur temió una reacción violenta. Pero el general se había levantado, y tomando sus dos manos entre las suyas, lo ayudaba a sentarse.

El francés volvió a acusar. Una voz seca, dura cortó la queja en dos:

—"Es común internar a los extranjeros".

Era Villademoros quien hablaba, tajando.

En un momento dado, Oribe, levantándose bruscamente, comenzó a declamar:

—"Estas ruinas de mi patria, los sufrimientos de todos, el de los extranjeros que vivían aquí en el trabajo y la paz, cuando vine a la Presidencia, todas nuestras desgracias des-

de hace once años, es a esos gobiernos impíos que se lo debemos. ¿Por qué han intervenido en nuestros asuntos americanos?".

Y señalando con el dedo a Poucel y a Vavasseur:

—"Y esos pobres rehenes, los he tomado para probar a la intervención, que no la temía".

Como único comentario escribiría muchos años después Poucel: "impulso de emoción convulsamente generosa".

Furor y pena había en esa actitud de Oribe. Dos sentimientos encontrados que él podía albergar a un tiempo en su corazón.

* *

De estas entrevistas hablaban luego los tres hombres en casa de Larravide, en el Cardal. Allí vivían los dos franceses. La sobremesa la llenaba Oribe ausente, y junto al entusiasmo desbordante de don Norberto, contrastaba la sobriedad de palabra de Vavasseur y la reserva de Poucel.

El recuerdo de las penurias del Durazno alcanzábalos a veces, empujándolos a la melancolía. Descansaban, fumando, a menudo en silencio, arrellanados en los muebles de jacarandá y palo de rosa. La sala era acogedora, y la dueña escocesa había gustado tapizarla en rico terciopelo violeta.

En un ángulo, el piano. Un músico de genio componía en él sin mirar las teclas. Era el ciego Miguel, cuñado de Larravide, que había de dejarnos, como muestra de su entusiasmo federal, la marcha heroica "El tambor de Palermo".

## El Animador

Larravide es uno de los puntales de la Restauración.

Junto a él, sólo cabe Basañez. Llegó al Cardal, joven, sin fortuna. Más tarde el manco Regino Méndez ha de enrostrarle desde "La Estrella" su prosperidad. Lo llamaba *mazorquero* desde su pasquin.

Recuerda que desembarcó en el Buceo "como habilitado del Sr. Lezama, empezando su fortuna cuando los cueros de vacuno valían doce vintenes..." Ese agravio torpe no lo rozó,

pero llega hasta nosotros, para iluminarnos. Lezama formó a Larravide, habilitándolo, como él, a su vez, lo hizo con tantos otros, en nuestro pueblo. De ahí su corta estadía en la Colonia de donde emigra apenas muerto su suegro.

No levanta, sin embargo, su Registro, saqueado, según "El Defensor", por los *salvajes unitarios* en julio del 46. Ese año Garibaldi está a punto de coparle en el Arazatí treinta mil cueros que defiende Amilivia.

Poco tiempo necesitó Larravide para ser el primer comerciante del Cardal. Mucho más que las barracas de Simonet, de Aguirre, de Illa y Viamont, sus almacenes son el Banco del pueblo, donde las gentes dejan las onzas de oro sin recibo.

Por sobre todas sus virtudes se destaca sin embargo, la del animador. Lo que con él hizo Lezama, Larravide lo repite indefinidamente con otros. Con su nombre surgen comercios de toda índole, la tienda de la callecita de la Luna, que es de García; la librería de la calle del Cardal, que es de Perdomo; la herrería del "pasaje de los membrillos", que es de un sobrino de Basterrica. *Forma* hombres hasta de los troperos más humildes y los carreteros que le acarrean los cueros salados. Bonilla, Santana, Reyes, Estomba, Curbelo, Estévez, Vignoles. Estos cuatro, llegan a ser hacendados fuertes; el 56 se lidian toros del último llegados de la Florida.

Es interesante seguir a este hombre en los años febriles de la Restauración. Anima el comercio de la calle Real, barrosa, ancha, llena de candilejas y de guitarras, y por la cual en los fastos argentinos, desfila el ejército con sus rojas divisas y sus gritos de muerte. Es siempre el sembrador. Presta, garante, habilita, construye. Tiene 40 años y llena el pueblo con su nombre y su energía, cuando hace apenas seis que se afinca en su caserío.

Llega la paz de octubre y Urquiza sopla sobre el Cerrito, haciendo desaparecer mágicamente los batallones oribistas. Después del largo y trágico sueño, se levantará una nueva aurora. Le cambian el nombre al pueblo. Le llaman la *Unión*. Es una cuchillada. Por la herida escapa la sangre que se trasfunde a la Capital.

Cae entonces Larravide, pero no lentamente, sino de un

golpe. La muerte de la Unión, ¿producirá la suya? No. Los quebrantos son serios, languidece el comercio, se paraliza la edificación, y comienza el éxodo de las familias hacia el centro de la ciudad.

La fortuna de Larravide no tuvo base nunca; ha prestado y garantido sin control. La quiebra general debe arrastrarlo.

Se sostiene porque se transforma. Parece invadirlo de pronto un vértigo. Proyecta en gran escala, para hacer resurgir el pueblo del que han desaparecido miles de hombres tan bruscamente.

Y entonces se asiste a la compostura de los pantanos del Camino Real, sobre el que trotan seis veces al día, desde abril del 53, las seis mulas que tiran de los ómnibus recién llegados de Londres.

Inaugura en enero del 54 las carreras inglesas "en los alrededores del saladero de Legrís", y en diciembre del mismo ilumina con gas el frente de sus almacenes. Es él quien proyecta la plaza de toros, y levanta a cien varas de la entrada la Casa de los Toreros, el famoso *rancho largo*, donde el *Conejo*, banderillero famoso, abre su ventorrillo. Inaugura su salón de lotería de cartones, en el que canta *Don Indio* hasta la madrugada. Y un buen día termina su Casa de baños, que "podría prosperar —decía "La Unión", si se lograra que las lavanderas tomaran la costumbre de no ir a lavar solo en agua de los *positos*..."

De pronto, la catástrofe. Es primero una impresión de sorpresa dolorosa, la que recibe quien recorre los expedientes del Juzgado de nuestro pueblo. Lo citan por deudas a este hombre tan digno y tan alto!... Concurre personalmente: antes enviaba a su abogado. Se le respeta aún. Se acepta su pedido de mora. Es el propio juez, don Juan José Segundo, quien propicia el arreglo. Estamos a 20 de abril de 1855. La vida le había cerrado todas las puertas. No todas. A 25 de julio, por la del síncope, se escapa. Tenía entonces 48 años.

* *

Cayó así el generoso gentilhombre. Había fecundado todos los surcos, asentando sobre bases movibles su fortuna, por

amor al hermano, no de sangre, sino por simple condición humana. Cada 15 días llegaban reses de su hacienda de la Florida, y él carneaba para los pobres de su pueblo. Daba, pero sin apuntar. No dejó pena sin consuelo, hambre sin hartazgo. Su riqueza estaba en el hogar antiguo.

Así se llamaban los diez hijos que dejó sin amparo:

Manuel, que casó más tarde con Pascuala Camusso.

Josefa, que fue la señora de Federico Cibils.

Victoria, viuda al año de unida a Augusto Salvañac, y muerta en 1937.

Norberto, que casó con Cándida Linares.

Alfredo, Augusto, Carlos y Enrique, que murieron solteros.

Elisa, señora de Francisco Lezica.

Sofía, esposa de Carlos Camusso.

Sobre las diez cabezas de pocos años, cayó la ingratitud. Demandaron a la viuda, caseros y proveedores.

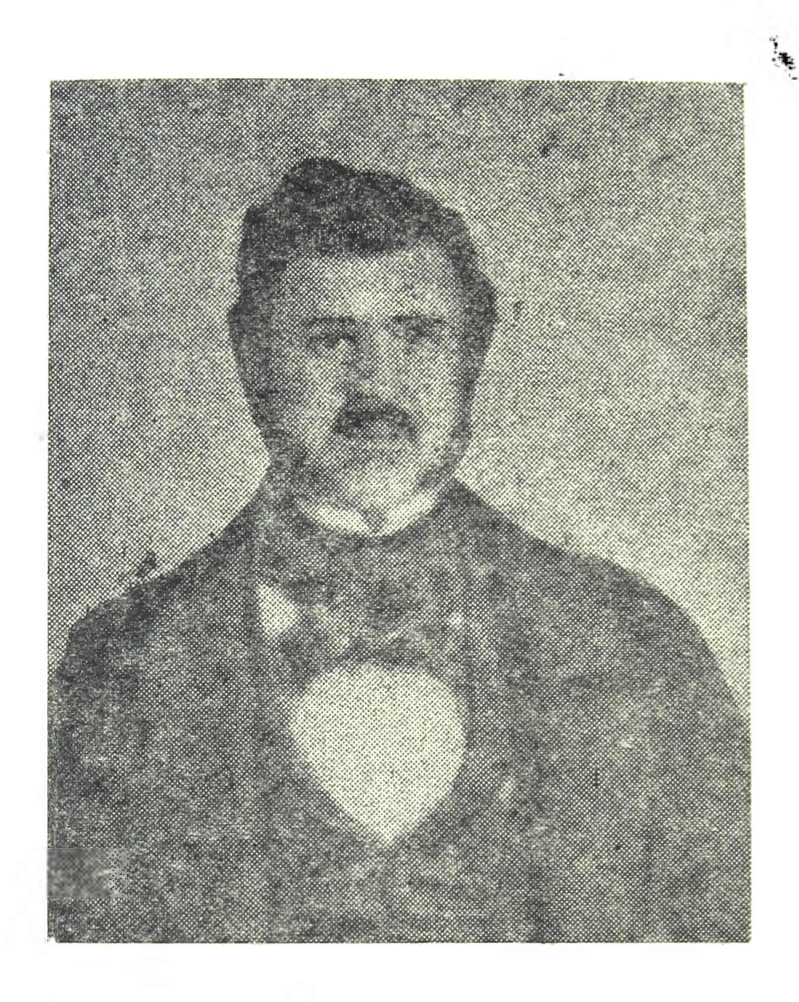
Golpea todas las puertas. No hay un alma en la Unión que quiera garantizar la leche que toman sus hijos, los zapatos clavetados que gastan. Las propiedades caerán bajo hipotecas vencidas.

Un viento de miseria soplará entonces sobre la familia numerosa, para dispersarla, como pasó el año anterior en el mismo pueblo con la del noble doctor don Francisco García de Salazar y Morales, cuyos hijos fueron distribuídos para que no cayeran en la mendicidad...

En agosto de 1855 la justicia levanta la vara, para dejarla caer ciegamente sobre la mujer enloquecida.

Pero entonces de un barco que llega de España, baja un hombre flaco, de piel terrosa, con la muerte dibujándose sobre el semblante triste. Llega a la Unión, y sube las escaleras, ya sin alfombras, de la casa de Larravide. Digna, la viuda no quiere mostrar su miseria. Él conoció sus días de esplendor. No contemplará los de su pesadumbre. Ya en la puerta, ese viajero, comprensivo y noble, deja caer ante la señora conmovida, estas palabras últimas.

—"Disponga de mi nombre y de mis bienes, como si fueran suyos".



Norberto Larravide

* *

Y ahora, pasados dos años, ese hombre se debate, luchando con la muerte, en su quinta del Miguelete. En la mañana del 12 de noviembre de 1857 no puede esperar más, y dicta una carta. Es para el doctor José Luis Vila, y le llega a éste con letra del capitán Pedro Duhart:

—"A pesar del estado de n|amigo el Gral. don Manuel Oribe, no olvida sus cosas; deseoso de satisfacerlo, estimaría a V. me dijese si se chanceló ya la fianza que prestó por la viuda del finado Larravide".

Con letra de Vila, pueden leerse estas palabras, en la parte baja del papel: "En la noche de este mismo día doce de noviembre murió el general Oribe".

Yo no tengo en mi archivo otro documento como éste. Es un trozo de cerebro humano. Contiene

## El Ultimo Pensamiento de Oribe

—¿Cómo no recordar aquí la deliciosa narración de Eça de Queirós, perdida en no sé cuál de sus libros?

Fray Genario el justo, el santo, el que no pecó nunca, ni pensó mal, ni lo deseó para ninguna criatura, oyó un día la súplica extraña del eremita moribundo:

—"Fray Genario: me voy de esta tierra del Señor. He vivido 80 años, casi de raicecitas tiernas. Hace mucho que bi boca, mis ojos, mi paladar, mi vigilia y mi sueño, me piden un bocadito del manjar de mi infancia..."

(Fray Genario, serio.)

—"Ay"... —repetía el eremita—. "Rece usted al Señor para que cuando me reciba en su seno, sea el premio inmediato a mi santidad, una pierna de lechoncillo asado..."

(Fray Genario, serio.)

—"Imagine, Fray Genario, una pierna de puerquito a buen fuego..."

Y la agonía del eremita se prolongaba... Y Fray Genario no resistió ya. Trajo un lechoncillo vivo, preparó su cuchillo de monte... y de un solo tajo, le cortó la pata.

Y el juicio del Señor llególe un día lejano a Fray Genario, que se fue como todos, y su balanza lució un platillo colmado, y otro que se mantenía muy alto, porque no caía nada en él. Las virtudes de su vida rebosaban el platillo, y el Señor y Fray Genario sonreían.

Pero de pronto se ensombreció la faz de Dios, y tirando sobre el plato vacío un despojo sangriento, lo bajó de golpe.

Así se condenó el santo, por el peso de una pierna de lechoncillo cortada de un solo tajo. . .

* *

Cuando Oribe entró en la eternidad, su último pensamiento pudo redimirlo. Su crueldad de Arroyo Grande, del Cerrito y de las provincias, llenaba un plato, desbordándolo, en el juicio final. ¿No habrán caído en el otro sus últimas palabras, dichas en voz baja:

—"La garantía. . . La viuda de Larravide. . . Escriba, capitán Duhart. . . escriba. . ."

Una pierna sangrante de un lechoncillo, y un pensamiento puro.

—"Cuidado, San Genario. . ."

Y la agonía de Oribe fue tranquila.

## ABUELO TABORDA

Sombríos días vive la Provincia Oriental en ese mes de enero de 1817. Maniatada por Buenos Aires yace Montevideo. Penetra Lecor a nuestro territorio por una faja de tierra que es como un puente cómplice, echado entre la Merín y el mar Atlántico. Tuesta la tierra el sol, y la tropa seca los hilos de agua que serpentean buscando el mar.

Fuerza aguerrida, templada en el molde de Wellington. Es tan terrible la sed, que frente a la Chacarita los caballos reyunos y rabones arrastran al invasor hacia el sur. Los hombres buscan también el frescor del bañado, y algunos, enloquecidos, beben el agua mala. Llegan el 20 a la ciudad. Han pasado como fantasmas por el lomo de la cuchilla, sableando cardales, los hombres del Rey Juan, que desmontan sudorosos en la plaza de Montevideo, entre la Iglesia y el Cabildo. Hunden la cara rojiza en el agua clara de los barriles, que el propio cabildo, en la fulminante transformación que De María llamó "cambio de casaca", ha mandado llenar, mientras sólo Lecor conserva la gravedad bajo el palio que lo cobija o lo ennoblece. Cada invasor es entonces, en ese explicable relajamiento de la disciplina que sigue a la marcha forzada de tantas leguas, algo más que un rostro curtido, una tercerola, y un uniforme. Hay, detrás de todo eso, una temible masculinidad en acecho. Acecho y salto. Así, en innoble y colectivo atropello, hacen los portugueses la siembre bastarda, en el pueblo que se rindió sin pelear.

* *

Nace el año 18 con la cosecha dolorosa. La tifoidea es

una hoz. Pero en infantes chillones florecen los zaguanes.

Nos trajeron así los lusitanos la trágica ofrenda. La muerte en la epidemia. En la canallesca natalidad, la Vida. Zanjas nuevas bastaron en el composanto a la primera. Para la otra contamos con la mano de Larrañaga. Noble mano patricia. extendida y aprisionando el germen de la Inclusa.

Dentro de ella, leve trompo dormido, el Torno.

* *

Con la innoble tropa atiliana, nos llegó un Hombre.

Hombre menudo, intrascendente. Toda la inquietud interior, asomada a los ojos pardos. Francisco de Andrada Taborda. Simple cirujano militar que tal vez no resista el trasplante. Nosotros sabemos que amó la tierra nueva, describiendo en ella una curva perfecta. Encontró al final, una fosa, Y la santidad, a la que no llegan sino los elegidos.

* *

Era de Oporto. La casa de piedra de sus mayores, que él abandonó para estudiar en Lisboa, se bañaba en el Duero. Un día del año 16 embarcó hacia el Brasil, en uno de los tantos barcos de la escuadra portuguesa, ya preparado en la corte lusitana el zarpazo a nuestro país. Fue médico a bordo, como lo había sido en las campañas contra el imperialismo francés.

Joven aún cuando llegó a Montevideo en tren de conquista. Amorosa la primera que obtuvo. De vuelta del Hospital a su hogar, seguía siempre el camino de la calle Guaraní, en una de cuyas casas de ventanal de enorme reja, inició Taborda un brevísimo idilio.

Era ella una guapa criolla, hija de Lizarda Yyarzábal y Eulogio Pinazo, sargento mayor de línea, más tarde, por sus servicios en la causa de la Independencia.

Fue médico del Hospital de Caridad, y práctico del ejército durante la ocupación portuguesa. Encontramos noticias en un libro impreso en Montevideo en la imprenta *da Pérez*.

Extractamos ésta: "Opinao das officiales e mais pracas do 1. Regimento de infantería, relativa a proclamação de 30 de

junio de 1822.

Era la proclamación del Imperio. Sacudido el yugo real de don Juan VI, Brasil utilizaba su independencia para darse un amo de título más sonoro. Lo notable es que se usó un procedimiento democrático, el de la consulta directa al pueblo, para sentar en el trono imperial al hijo de Juan, que se llamó Pedro I. En Montevideo, el ejército de ocupación plebiscitó el cambio de régimen. Votó Taborda, como cirujano mor do 1. reg. de infant. Como él, por el Imperio, votaron los diez cirujanos del ejército extranjero.

Ejerció la medicina en Montevideo, sin licencia, antes y después de la Cisplatina. Recién en 1829, bajo el gobierno de Lavalleja, le reconoce la flamante Junta de Higiene Pública, su título de "Médico cirujano de primer orden".

Diez años más tarde se le amputó el pergamino. Escrita de su puño y letra hemos leído la comunicación de Vilardebó. — Dice:

"*Doctores en Medicina y cirugía:* Teodoro M. Vilardebó, Ramón C. Ellauri, Pedro I. Otamendi, y José P. de Oliveira.

"*Doctores en Medicina:* Juan Gutiérrez Moreno, Fermín A. Ferreira, Cayetano Garbisso, Constancia Compignan, Domingo A. Arnould, Francisco García Salazar, Ireneo Portela, Juan J. Correa, Lope Merino, Patricio Ramos, Pedro Capdehourat, Jacobo Bond, José Previtale, Juan B. Brid, Pedro Orascimbere, y Gabriel Mendoza.

"*Profesor de Cirugía:* don Francisco de Andrada Taborda".

Se le reconocía, pues, neta superioridad en su especialización quirúrgica. El gobierno de la Defensa supo utilizarla el año 44, haciéndolo integrar la Comisión que organizó los hospitales militares en la ciudad sitiada.

Todo esto nos afirma en la idea de que el doctor Taborda fue un distinguido profesional de la vieja Montevideo.

Vasta y escogida fue su clientela particular, habiéndole dado el general Oribe, durante su presidencia una prueba de confianza al nombrarlo médico de su esposa.

Seguía, por otra parte, el movimiento social de la época, habiendo llegado a convertirse en el representante genuino de

su país de origen. Recibía a todo brasilero de significación que llegab a estas playas. La gran mesa del viejo hogar montevideano, reunía ya quince hijos juntos a la pareja que comenzaba a envejecer. Pronto los extranjeros, procediendo como él, empezaron a llevarse las hijas. Una casó con Otto Wildner, cónsul de Suecia; otra con Santa Anna, oficial de marina brasilero; la última con el español de Soto.

* *

Siempre ha sido muy apreciado nuestro clima por los ejércitos brasileros. Un gran esfuerzo de voluntad les costó toda vez que tuvieron que regresar al sol del trópico. Así, en 1851, en que habiendo llegado tarde para precipitar en algo la tragedia de Oribe, no se demoraron tanto como para no encontrar el camino de Caseros. Así después de la caída de Giró. Así, luego de vencido Aguirre, en cuya derrota tuvieron ellos tan activa participación.

La casa de Taborda, en las inmediaciones del Hospital, fue teatro de brillantes tertulias en las que predominaba el elemento militar brasilero. Se bailó en sus salones, hasta la *calenda*, que volvía otra vez de París, aclimatada en el Imperio después de su importación de las islas.

El lascivo baile, de ardiente y perverso ritmo, era resucitado por algún oficial, ante los ojos severos o complacientes del Ministro Amaral, del brigadier Pereyra Pintos, del coronel Osorio, de los comandantes Carneiro y Concalves Fontes. Fueron los tres últimos, buenos vecinos de la culta Unión del 54, comandando el 7º de infantería, y el 3º y 4º de caballería, destacados en ella.

Pronto vuela la prosperidad de las casas de familia numerosísima. Hacía ya mucho tiempo que había dejado de pertenecer a la Sanidad Militar. En 1862, cuando las arcas del buen médico mostraban el fondo, el presidente Berro lo nombró médico interno del Asilo de Mendigos de la Unión.

Viviendo aún en Montevideo, venía diariamente al hospital a caballo. Su sueldo alcanzaba apenas a los cincuenta pesos. Era poco, pero le reforzaron la cantidad con una onza. Dicho en honor de la frugalidad de Taborda: la onza se apli-

caría en la manutención del caballo. Un mes en esa forma. En marzo se radicó en la Unión, "con lo que cesaba el caballo empezando a comer yo, digo, a tener ración, de pan: 4; carne, ½ a; vino, 2 cuartas; leña, 8 astillas, todo por día". Comillas dignas de un griego del sur. Son de puño y letra de Taborda, y a ellas se asoma toda la simplicidad de su alma antigua.

* *

No hemos tomado al azar la figura de Taborda, para trazar su semblanza, la primera que hemos escrito de nuestra proyectada galería de viejos médicos de la Unión. La elegimos, valorando su permanente actitud hacia la piedad para sus enfermos humildes.

Vivía en sus últimos años, en la calle Real, casi en el cruce con Larravide. Frente a él, en el número 59, la botica de Guillemet. Muchas veces iba a ella el anciano, ponía en la mesa alta, entre los dos frascos de alcohol con víbora el pesado bastón de guindo, y garabateaba una receta. Poco después huía con los remedios el muchacho que lo había acompañado, y el boticario, moviendo la cabeza, apuntaba en la cuenta del médico el precio del remedio. A veces lo reñía: "Usted no tiene derecho, con su enorme familia"... Y Taborda, con la misma felicidad con que pudo hacerlo el señor Magdalena cuando arrancó a Fantina de las garras de la Ley, sonreía.

* *

Pasados los ochenta años, conservaba aún su aptitud para el ensueño, este médico que nos vino como conquistador, y no llegó a ser, en realidad, más que un cruzado.

Salía a menudo camino de la playa, jinete elegante todavía, en su caballo oscuro. Paseo veraniego, cayendo la tarde, cuando al pequeño pueblo lo tornaba perezoso el bochorno del día. Lentamente subía la cuesta del Cardal, camino áspero, bordeado en el estío por trigales maduros. Echaba entonces de menos su mocedad. Era cuando su caballo cruzaba la celes-

tinesca sombra de alguna parva, en la que una pareja campesina, a la que febrero soplaba bien hondo en las narinas su polen, sentía hincarse en su carne moza, como un dulce aguijón, el deseo.

Ya estaba él en paz, desde tiempo, pero no agotaba nunca la tolerancia para las sagradas solicitaciones. Venía de un país de pasiones violentas. Había sido él mismo, rudo, casi salvaje. Ahora era un anciano indulgente y suave, hasta algo cómplice para la escena que se interrumpía con un leve grito, y para la cual el buen médico levantaba la mano en una actitud clara de bendición.

Llegaba así al Buceo, sin prisa.

Los médanos conocían su figura, que no causaba ya temor a las aves marinas. La misma roca le servía siempre de asiento. Rodaba a sus pies el ancho fieltro, y el viento empezaba a batir los largos mechones blancos, y la barba en collar. Siempre hacia el Este los nostálgicos ojos. Por allí había llegado a estas tierras un día lejanísimo. El ensueño soltaba su amarra, penetrando hasta en la noche, millonaria de pedrería sobre la noble cabeza descubierta. De la isla, casi entre sus manos, llegábale rítmicamente un guiño de luz. Si el haz inquieto del faro tomara el Este por el camino salobre del mar, podría siguiéndolo, llegar a Oporto. Había dejado allí su niñez y su juventud. Diera todo el aliento que le restaba, por un minuto real de la visión lejana; el feudo paterno; el internato; una siesta reparadora, no sólo, bajo las encinas de la época del Rey Juan; una novillada entre dos pruebas clínicas.

Y luego la lucha contra el francés. Se embriagaba envuelto en el recuerdo heroico. En España empezó a cavarse la tumba de Napoleón. Para abrirla, Portugal le alargó el pico.

No es la nieve de Rusia ni la llanura de Waterloo. El suelo lusitano es sólo montaña, y la montaña no ofrece caminos. Para echar a los franceses, Portugal no cuenta más que con desfiladeros y gargantas.

Cuenta con algo más. Con Wellington. El camino de Lisboa es el único que pueden tomar los hombres de Francia. A su izquierda, los montes de Caramulo. Del otro lado, los contrafuertes de la Sierra de la Estrella. Massena, enfermo, desea

la lucha próxima, contra la opinión sensata de Ney, al que abofetea la palabra violenta del jefe.

Ataca, pues. Es una avalancha, en la madrugada, sobre el sendero del Moira. No llegarán a la Chartreuse. Sobre la cresta asoman los fantasmas ingleses. Es exactamente el 7 de setiembre de 1810. Contra el muro cortado a pico se arrojan, enloquecidos, los regimientos. La metralla inglesa los barre. Hay que echar al precipicio a los veteranos de Marengo y de Arcola. Para eso están allí las bayonetas de Lecor.

Entre esas bayonetas, no es la más inactiva la de Taborda. Ha obtenido, el médico combatiente, por esa participación personal en la epopeya, una cruz, una ancha herida, y el derecho al recuerdo.

* *

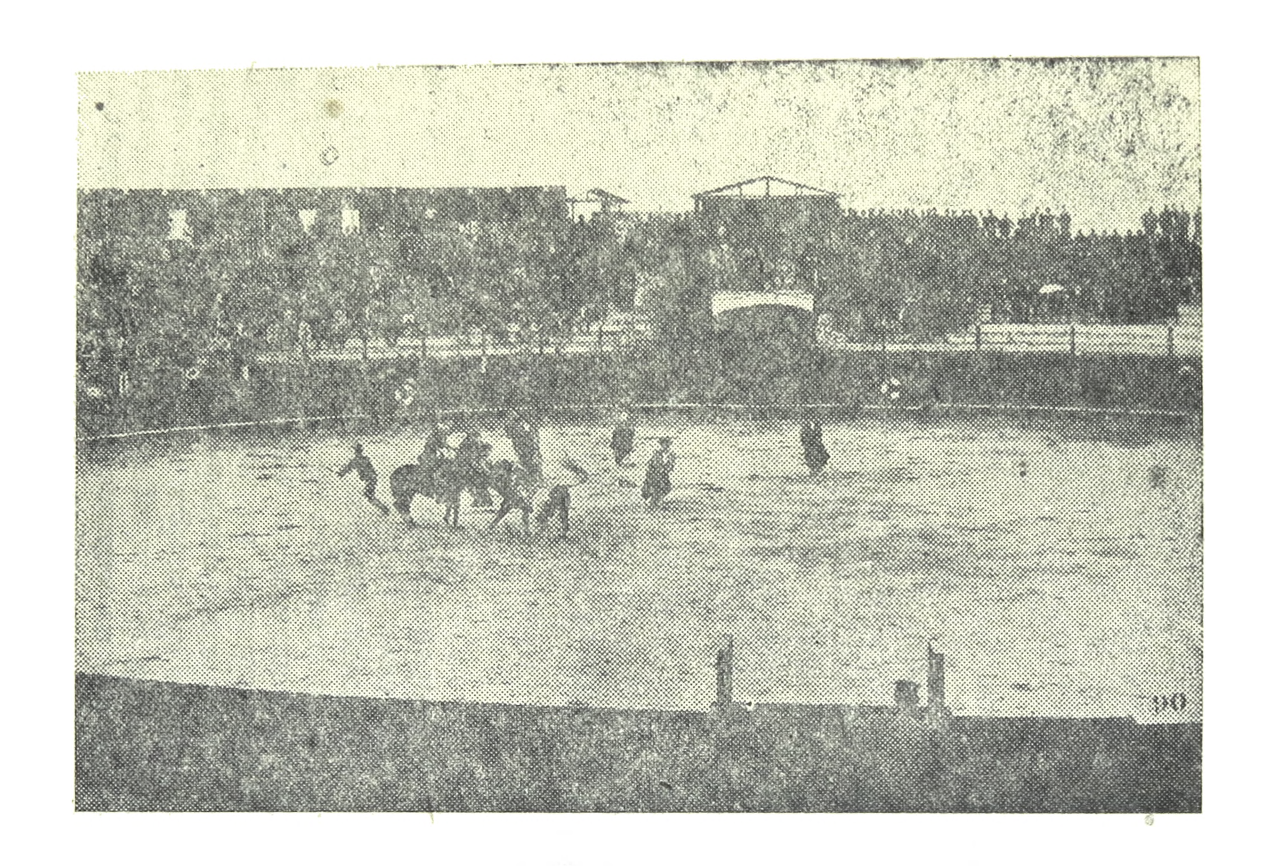
Su última mirada al agua que lo trajo al Plata es de febrero de 1866. Ya era la alta noche cuando montó para el regreso. ¿Estaba más ágil o lo remozaba el recuerdo de su juventud turbulenta?

Los pocos vecinos que lo vieron pasar de vuelta al pueblo, recordarían después el viaje lento, casi al paso, del magro jinete envuelto en oscura capa, la algodonada barba como una oscilante claridad sobre las ropas negras.

Cerca de las Tres Esquinas, el caballo, a quien el jinete pensativo había aflojado las riendas, se espantó. Cayó Taborda, y su cuerpo quedó tendido en la tierra del camino aldeano, sangrando. Poco después murió. En una madrugada. En medio del mudo dolor del pueblo.

Por unas horas el cuerpo de Taborda fue velado en el Asilo de Mendigos y luego sepultado por suscripción popular. No sospechó, pues, que cuatro años más tarde habría de nacerle una nieta con un destino glorioso.

Esa nieta se llamó Adelina, y fue la madre de Yamandú Rodríguez.



La última corrida en la Plaza de Toros de la Unión

# LA UNION DESPUES DEL SITIO

## Cal y Barro

Podríamos circunscribir más, refiriéndonos a *La Unión* del 54. De ningún otro período de su historia, hemos logrado reunir material tan interesante y nutrido. No disfrutó nuestro pueblo de época más ricamente emotiva que esa. Había salido ya del marasmo en que la hundiera la paz de octubre y el cierre de su puerto cercano. La empresa de ómnibus del 53 le había comunicado un magnífico impulso. Se intensificaba la edificación a lo largo de la calle Real, que no debía perder en mucho tiempo sus últimos tramos de pitas y tuneros.

Tenía como edificios notables el Colegio, con la Comisaría en un ángulo. Y la Iglesia, sin revoque y sin torres, pero de espléndido interior, amplia nave, columnas jónicas y corintias, aunque dejada de la mano de Dios, según Madrazo, que clamaba por la pronta colocación de la cerrajería. Las amplias puertas, costosísimas, "no se pueden cerrar sin tranca, —decía en su diario— por cuatro miserables fierros que le faltan". En un rincón del pueblo empezaba a levantarse la mole de la plaza de toros, esbozándose ya sus 36 bóvedas, y su anfiteatro a cuyo esqueleto no se mezquinaba la tierra romana.

A la entrada del camino por donde llegaba el grano de los trigales de Carrasco, el molino del Galgo, construído por Prat en 1839, con sus edificios aún en pie, y sus aljibes comunicantes.

Menos de cinco mil almas entre la población urbana y la gente de las afueras, diseminadas en chacras y estanzuelas.

Todo gira alrededor de la plaza y del templo, en los

pueblos del interior. No pasó eso en la Unión antigua. El centro aquí, lo marcó el "Café de los Federales", junto al "Almacén del Sol".

Frente a su puerta se fusiló en efigie, un día de marzo de 1848, al doctor Florencio Varela. Entre los muros de la casona, en el reñidero famoso, ganó el "Gaviota" todas las peleas disputadas, entrando en la leyenda por los versos de Acuña de Figueroa, y junto al nombre de Ignacio Oribe, su dueño, que dirigió en persona su crianza y su entrenamiento.

Alrededor de este punto se agrupaba la mejor gente de la Restauración. Federales todos. General Antonio Díaz, coroneles Maza, Ramiro y Rincón, Urtubey, Pancho Oribe, Visillac, desempeñando desde 1846 el comando de la policía del pueblo. Al fin de la Guerra Grande se habían afincado. los que ya no lo estaban, en el viejo Cardal aldeano.

El que fuera Estado Mayor del general don Manuel Oribe, ocupó, después de la guerra, casi toda la manzana circundada por las calles Maroñas, Miguelete y Pantanoso. Todas en pie, algunas en ruinas, todavía persisten las casas de Morteiro. cerla centuria.

Ese era el núcleo militar y político del viejo pueblo nuestro, núcleo del que participaron todavía el doctor Ambrosio Velazco, Fco. Xavier de Acha, Norberto Acevedo, y el vate del Himno.

El núcleo comercial se extendía hacia el oeste. Basáñez, Larravide, Aguirre, Illa y Viamont, Pijuán, cuya casa vieja conocimos, junto al Correo de hoy, y en cuyos muros empezaba, dirigiéndose hacia el sur, su Charqueada, la misma que evocáramos hace diez años, cuando al colocarse los caños y el hormigón, por Cabrera, no se explicaban los curiosos, salvo el comisario Platero y nosotros, que conocíamos la exacta ubicación de la antigua charqueada y saladero de don Juan Pijuán, el por qué de este interminable extraer del subsuelo, tanta calavera de vacuno, y tanto hueso largo, como surgían al reclamo de los picos obreros.

Ninguna calle del pueblo tenía vereda ni pavimento. Muy cercana aún la época en que, respetando el plano de Reyes, dos extranjeros, don Vicente Mayol y don Antonio Font-

gibell, tocaron con la vara de su energía, un poco en tierras que fueron de Camejo, y otro en estanzuela que fuera de Alzaibar. Casas de azotea en el centro. Ranchos de barro y quincha de paja brava en las orillas. Así fue surgiendo la Restauración del sitio, sobre el canevá del viejo Cardal. Sobre esos dos pilares, nuestra Unión.

## Civismo Primitivo

Señala ese año de 1854 una radical evolución en las autoridades del pueblo.

El comisario don José Martínez, que había reemplazado ese año a don José Visillac, fue sustituído por don Félix R. Fernández. Ya veremos por qué. La prensa de la época, ese espejo que a veces conserva su azogue, nos devuelve fielmente el carácter de los dos funcionarios.

Fernández era un ciudadano "honrado, íntegro, liberal, humano, conciliador". No muy activo. "No nos ha hecho vivir a vapor", —decía "La Unión" de 4 de octubre— "pero a lo menos no nos ha incomodado".

Martínez, por el contrario, mantenía en constante tensión su actividad, que constituía el pivote sobre el cual giraba su pintoresca personalidad. El mismo día que había hecho veinte leguas a caballo persiguiendo la banda de los hermanos Vilches, a quienes se sabía merodeando por los pajonales de Carrasco, desde donde salían de cuando en cuando para robar ganado, interrumpía su cena tardía en la fonda "del soldao", para apagar con sus propias manos el rancho de Ponce, junto a la plaza de toros, que ardía en la noche.

Era enérgico. Combatía incansablemente a vagos y jugadores. Limpiaba de ellos las pulperías, y destinaba a los detenidos a trabajos de utilidad pública. Con una *cuadrilla* de esas, extirpó las zarzas y cardales de la plaza. Con otra, rellenó en la calle principal el "enorme lagunón" que la cruzaba.

Las gentes de bien hacían su elogio en mesa redonda. Lo único que le falta, —anotaba un crítico exigente— "es despojarse de ese aire de soldado, arrojado y valiente, y vestir el de un diplomático".

Sabemos que en las elecciones del 1º de enero de 1854, ni vistió el aire reclamado, ni se despojó del otro.

Su estocada a la urna de la iglesia, le quitó el fondo. Por el hueco abierto, se colaron *algunos votos*. Justos los suficientes como para dictar sentencia... a favor del caballo del comisario. Flores era taurófilo, pero no entendía de carreras. Fue el comisario quien suspendió al esgrimista.

En el *Juzgado* de paz, también humo cambios. De 12 de enero a 23 de noviembre, don Juan José Segundo sustituyó al antiguo juez don Tomás R. Fernández, quien volvió a su puesto con esa fecha.

Lo inesperado fue la mutación del Juzgado Ordinario, que pasó, de manos de don Cesáreo Villegas y Luna, a las de don Juan Fco. González, en una sorpresiva victoria colorada. 188 votos rojos contra 147 de los "blancos rosines". La estocada del comisario habría tenido alguna pequeña influencia en el batacazo...

Ni la iglesia escapó a ese hálito de renovación. Desterrado del país por el coronel Flores, el cura de San Agustín don Domingo Ereño, ocupó su puesto el doctor don Victoriano Conde, quien adscribió inmediatamente a la parroquia, como escribano foráneo, a don José Luis Vila.

* *

Cinco elecciones tuvo que soportar ese año de 1854 el electorado de la Unión.

1 *de enero*. — De Alcalde Ordinario y Defensor de Menores. La ganó el partido colorado, en una carga matemática, sobre el disco. Es la famosa carrera, con suspensión de jockey, pero sin distanciamiento.

3 *de febrero*. — Senadores y Representantes de la Doble Asamblea. Magia pura. Es cierto que era la época en que se votaba: "por los mismos". Pero nos marea el cálculo. En los 480 minutos que caben en las 8 horas hábiles, desfilaron por la única mesa instalada en el atrio de San Agustín... 761 votantes. Hubo fuerte abstención blanca, lo que favoreció a la lista contraria, encabezada por el Dr. Marcelino Mezquita.

19 *de noviembre*. — Representantes de la 7ª Legislatura.

Votaron 488 ciudadanos. Berro se abstuvo. Se sufragó por una lista única, la de los colorados conservadores, de Muñoz. No hubo lucha, pero los ciudadanos Juan Jorge, Braulio Horno, Felipe Saldaña, Ignacio Blanco, Pedro Madero y Juan Malvar... votaron dos veces.

3 *de diciembre.* — Colegio electoral de Senador. 149 votantes.

10 *de diciembre.* — Miembros de la J. E. A. 113 votantes.

La frecuencia de las elecciones, producía, como se ve, el alejamiento cada vez más acentuado de los atrios cívicos. No fue esa la causa, sin embargo, por la que Timoteo Aparicio, vecino de nuestra vieja Unión, no votó en ninguna de las cinco elecciones de ese año.

Fue otra. Era analfabeto. Como causa legal para el impedimento, bastaba. Habría votado entonces, si para esa fecha, hubiera descubierto ya su lazo mágico.

## El Pueblo se Divierte

Movieron el ambiente de aldea de la Unión, esas cinco elecciones del 54. Digamos de paso, que el pueblo no era triste. El templo fue el punto de reunión de la sociedad de entonces. Frente a él, la plaza. No tenía verja ni canteros. En el centro un estanque, y a su alrededor "un bosque de yuyos y cardales". El estanque era un enorme pozo con brocal. "De día en día disminuye el ladrillo", decía una crónica. Se le cercó a principios del año que historiamos. Pronto, sin embargo, desaparecieron el alambre, los postes, y el ladrillo. Un diario relacionaba el abandono de la iglesia y de la plaza, al pleito religioso del momento. Están así, —decía— porque no se repuso al cura Ereño; y que nos perdone el cura Conde".

A esa plaza iban los domingos las bandas de músicos de los batallones brasileros destacados en la Unión. Era una de las pocas diversiones con que contaba el pueblo.

Otra, el *Teatro.* Porque la Unión tenía su teatro, amplio, con 30 palcos, 126 lunetas, y capacidad para 400 personas. "El Noticioso" de 28 de febrero de 1853, anuncia su venta. Venían a él todas las compañías que llegaban a Montevideo. Por mu-

cho tiempo se recordó en la vieja Unión la extraordinaria temporada de teatro dramático, desarrollada en la última quincena de enero del 53, por la compañía francesa Emon, que traía en su elenco una figura tan prestigiosa como la de Madame Fleuriet.

La temporada del 54 fue pobre. Tres semanas. De 12 de marzo a 4 de abril. Demasiado, para ser llenado el programa por un solo artista, el prestidigitador Monsieur Felipe Debarr. Era un hombre raro, que gustaba caricaturarse para el affiche de los periódicos, con cuernos. Para dar idea del Montevideo de entonces diremos que la venida a la Unión de M. Debarr, dejó a la ciudad sin distracciones. "No nos queda —decía un periódico— más diversión "inocente" que la retreta del 2º de Cazadores, que recorre las calles dos veces por semana". No agregaba una palabra sobre los pasatiempos no inocentes.

En agosto pudo gustar el pueblo católico, una nota de excepción. Los festejos del Santo Patrono fueron brillantes. La colecta popular alcanzó a la suma de $ 257 con 278 reis, que se invirtieron en adornos de tapicería, pagados a Antonio Montero; en maderas compradas a José Delgado; en orquesta, contratada por Ciriaco Ortega; en gastos de culto, satisfecho al prebístero Martín Pérez; y en varias barricas de alquitrán compradas en la pulpería de Valdéz, conocida por "del soldao". Lo demás, se hizo gratis. Y lo demás, fue lo mejor. Dirigió las fiestas religiosas el I. y R. V. A. don José Benito Lamas. Compuso el panegírico del Santo el doctor Magesté. Recitó el Himno de gozo al glorioso San Agustín, don Fco. Acuña de Figueroa. Donó la banda de su regimiento el jefe del 7º batallón brasilero de infantería, destacado en la Villa, comandante don Joaquín José Goncalves Fontes. Y "la piedad humilde de doña Mauricia Batalla, tributó al santo, seis velas de cera ricamente adornadas"...

Así festejaba la vieja Unión sus fechas cristianas.

* *

Tres acontecimientos significaron para la Unión del 54 los hechos a relatar.

La muerte de don Francisco Comparada, el decano de

los tenientes alcaldes locales, y cuyos funerales suntuosos, dieron lugar a un pleito entre la Iglesia y los deudos del virtuoso vecino desaparecido, tuvo tanta repercusión como el acto público en que se coló de abogado un hijo del pueblo, el primero que obtuvo un título universitario entre nosotros. Ese jurista fue el joven Adolfo Basañez, recibido de doctor en leyes en marzo 19.

El otro acontecimiento fue la inauguración del gas en las calles de la Unión, en diciembre 1º, de ese año. La manzana de casas de Larravide, sobre la calle principal, entre la del Colegio y la del Miguelete, se alumbraron con picos a gas, causando la sensación imaginada.

Cuadra de comercios, los frentes del Café de Larravide, donde ya se jugaba a la lotería de cartones; el del almacén y el de la barraca de Larravide, fueron los más iluminados.

Luego, la idea de Fontana, sobre la instalación de una Feria de verano en la Unión; y el proyecto de Larravide, realizado, de instalación de baños y lavadero público en sus terrenos adyacentes a la plaza de toros.

## La Sombra del Caudillo

Doblan las campanas de la Iglesia de la Unión, y se iza a media asta la bandera en el edificio del Colegio, en el atardecer del viernes 19 de enero de 1854. El comisario Martínez visita a los más destacados vecinos locales para comunicarles la noticia. La plaza y sus alrededores se van cubriendo de gente.

Llega por el camino de Pando el cortejo. Al carruaje enlutado, lo preceden cuatro lanceros. Otros dos custodian los flancos del coche. El resto de la comitiva, que ha ido engrosando su cauce incesantemente, a partir de Cerro Largo, detrás.

Es poco conocido el detalle: se veló en la Iglesia de San Agustín, toda la noche del 19 al 20 de enero, el cadáver del general Rivera.

Un sencillo catafalco bajo la bóveda de la nave. Forman guardia de honor los jefes y oficiales designados por Flores,

mientras desfila silencioso el pueblo ante los restos de su campeón.

Pasada la media noche despejóse la iglesia. Llegó del centro el ataúd definitivo, que reemplazaría al rústico y deteriorado por la penosa marcha de 60 leguas, en un coche con tan precarios elásticos cruzando arroyos y lomas.

Se detenía a menudo el convoy en los pueblos, y hasta en los pasos, para recibir el humilde homenaje de los paisanos angustiados. En uno de los gajos del Mansavillagra, se cruzó con una pequeña fuerza que buscaba el nordeste. Desde Montevideo iba la esposa, acongojada por las noticias que llegaban. No necesitó la dolorida oir el grito de aquella fuerza: "El general Rivera ha muertó"... Lo adivinó.

La tropa venía enlutada. Enlutado también el carruaje, y triste el ánimo y el semblante de los que conducían tan preciosa carga. Juntos hicieron el resto del camino. Unas horas en Pando. Luego, el tramo de 7 leguas hasta nuestro pueblo. A la Unión le cabría el triste honor de velar la última noche de Rivera.

El ataúd era una caja grande, de madera. Envolvía otra más pequeña, de hojalata, llena de alcohol. Descansaba en la última el cuerpo desnudo del general, obteniéndose así una conservación primitiva para el largo peregrinaje de siete días, que le esperaba.

¿Alcohol o caña?

Seguramente caña. Mucho más fácil conseguirla en el campo, junto a la frontera, que el alcohol fuerte de que hablan las crónicas de la época.

Una tradición pretende que en el camino, se bebieron la caña los soldados de la escolta. Don Juan Zorrilla de San Martín oyó alguna vez esta tradición singular. Creyéndola auténtica, o deseando tal vez que lo fuera realmente, compondrá sobre ella un romance, Silva Valdéz.

Nuestra impresión la conoce el gran poeta nativista. No puede ser. La guardia que trajo el cuerpo, fue elegida entre la gente más adicta de Minas. Hasta el puente de Toledo, mandó la fuerza el mayor Carbajal. Allí recibió los despojos el coronel Guerra, Jefe Político de Montevideo.

¿Qué impulso habría llevado a la guardia al gesto impuro? Podría ser esta una explicación: los habría aguijoneado el deseo de apropiarse las cualidades superiores del muerto, agotando el fuerte licor que empapara hasta entonces, el cuerpo del valiente.

No lo creemos. La escolta gaucha no era escolta india. Así proceden las tribus exóticas. Corazón de león para el coraje. Sesos de zorro para la astucia. Nuestros gauchos no iban tan lejos en el conocimiento.

Pero hay un motivo superior para desechar la leyenda. Hasta el Mansavillagra bastó con la fiereza de Brígido Silveira para guardar al caudillo. Desde allí se contó con la congoja de doña Bernardina. La vigilante congoja de Señora Ama...

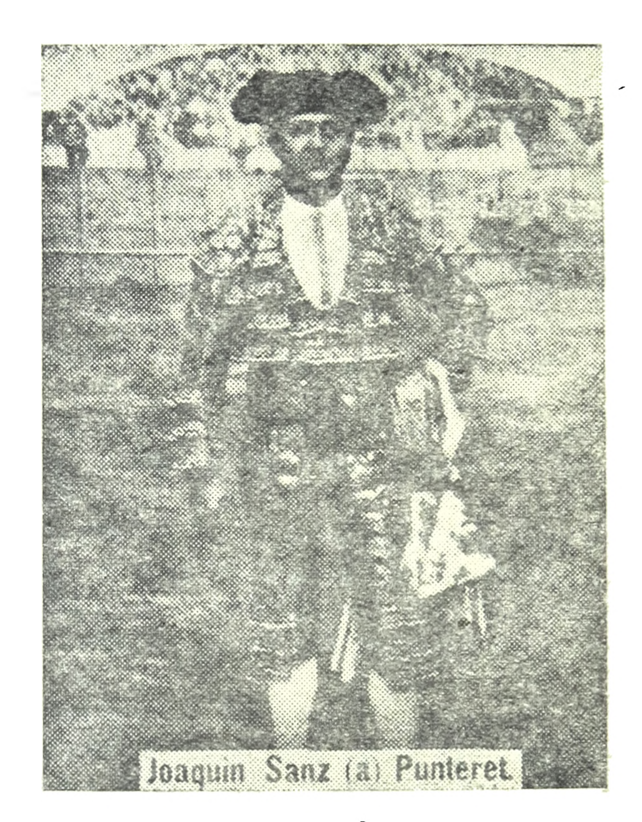
* *

La población blanca fundada por Oribe, guardó para el cuerpo yacente de Rivera, un casi unánime respecto. Don Cayetano Rivas tuvo a su cargo la única nota ingrata. Lo recordamos con pena. El noble y respetado maestro se dejó cegar por la pasión partidista. Desde una de las esquinas de la plaza, festejó la caída de tan alto adversario, con salvas de cohetes y bombas, muy cerca de los hachones encendidos en los ángulos del templo enlutado.

Tremenda corrección recibió del Comisario Martínez, y pobre defensa ofrecería luego a la opinión pública, desde las columnas de "El Sol Oriental". Sus salvas, —dijo— festejaban la llegada al pueblo de un nuevo ómnibus.

Por otra parte, él ignoraba entonces, la luctuosa noticia.

Doce años más tarde de este episodio, un día de julio de 1866, se festejó en la Unión con salvas parecidas, la muerte de un valiente. La de León de Palleja.




**Punteret,** el torero muerto en la plaza en 1888, lo que trajo por consecuencia el cierre de la misma.

# CASONAS DE MI PUEBLO

## Campo y Ciudad

Andar entre la maleza y describir... cualquier cosa. No importa qué. Para levantarse sobre su gris niebla cotidiana, el hombre necesita todos los días, un poco de imprevisto. No mucho. La dosis justa para codearse en el sueño, con la maravilla. El hombre que anda siempre con idénticos pasos un mismo camino; el que no le pide a los dioses algo distinto a lo que le dieron ayer; el que encuentra su felicidad en la repetición perfecta de sus horas diarias, habrá ganado la paz, pero ha perdido el ensueño. Vagar por los campos, descubriendo para su exclusivo gozo la zoología, la botánica, la filosofía y la ética, a veces también la astronomía, es un placer de dioses. Han de acompañarme regocijados, todos aquellos de la paganía, desaparecidos por el eterno destino perecedero de las cosas, que destruyó el Olimpo, y ha de aventar hasta el cielo de hoy, para que los hombres del futuro posean otro propio, construído por su esperanza. El único cielo verdadero es el que promete la felicidad, y no la entrega nunca.

El mío cumple bien con su destino. Médico semi-rural —no es la primera vez que reivindico para mí ese título humilde y alto, poniendo siempre en su posesión una íntima voluptuosidad— mis enfermos campesinos no se asombran ya de mis personalísimas incursiones a los bañados de Carrasco, rico en marabullones tornasoles, y en el pulido coral de los huevos de batracio prendidos a las matas de paja brava. No se asombra tampoco al sentir "*la cachila del dotor*" a través de los campos, con el iris de las flores silvestres escapando

por alguna de sus puertas: ni piensan mal del hombre taciturno, que entre visita y visita atraviesa los campos, y detenido por los cañadones o las barrancas, se pierde a pie entre la maleza, asustando alguna pareja de martinetas, y a todo un mundo mínimo y chirriante de insectos incatalogados.

El azar me regaló así unas ruinas, con grandes pedazos de cielo rutilante entre los ventanales vacíos y los portalones sin maderos. Azul de nuestro cielo, semi-bárbaro a fuerza de rotundo. O tal vez, azul de niños, o de ingenuos pintores de bóvedas de iglesias pobres, y de mantos de madonas de aldea. Casas viejas, que siempre guardan una historia de amor, de muerte, y de fantasmas. Vuelvo a agradecerle al destino, las que me entregó una serena tarde de noviembre. Las paredes por las que ha pasado el calor humano, están llenas de apariciones, infaliblemente. Se les pega la vida, y una misteriosa alquimia les da la sub-vida sobrenatusal de las sombras que vagan en las noches de luna, y asustan a los niños y a los labriegos. ¡Qué sería de su espina dorsal, —dulzura del escalofrío ingenuo— sin las casas viejas de paredes verdinegras, y sus almas en pena, sus lobizones que tan bien conoció Acevedo Díaz, —el grande—, su hálito de tristeza!

Ninguno de los pocos viejos del Manga, que van acercándose, ya casi liberados, al siglo, podría pasar sin un especial recogimiento frente a las magnolias que ocultan la casona de don Bernardo Berro, o por el caserón en que pudo haber quedado prendido algún terrible insomnio de Anacleto Medina, si es que los tuvo...

## Un Hombre

Está intacta la casa del Manga de don Bernardo Berro. La edificó su padre utilizando en ella maderas duras expresamente llegadas del Paraguay, frente al camino de la Cuchilla Grande, en la chacra de forma bizarra —cuatro cuadras de ancho por una legua de largo, entre los arroyos Toledo y del Mangangá— y que un día de 1799 adquiriera la sociedad de Berro y Errazquín. La madre del futuro Presidente se llamaba Juana, y tenía un hermano cura. En 1816 ese sacer-

dote, que acababa de inaugurar la primera Biblioteca pública siguiendo la inspiración de Artigas, plantó un roble en la chacra del Manga. El padre Larrañaga le daba relativa importancia a sus gestos de fundador, pero Berro que los valoraba, tuvo siempre para ese árbol magnífico, plantado por el tío cura, una devoción casi mística.

Muchos momentos de la azarosa vida pública de don Bernardo Berro, estuvieron ligados a su chacra del Manga.

Hasta ella llegó, en medio de la dominación brasileña —1825— para ocupar el puesto de comisario de la línea sitiadora. Muy cerca se mantenía Oribe. Había estado hasta entonces el joven Berro al frente de la pulpería que con Francisco Juanicó abriera su padre en la calle que hoy lleva el nombre de Agraciada.

Don Bernardo casó en Minas, en 1836. Hija de don Manuel Basilio Bustamante era doña Práxedes. La chacra del Manga acogió la nueva pareja, por un breve período, hasta su traslado definitivo a Montevideo.

En el enorme predio limitado por cercos de piedra y pita, ofrecía Berro sus ocios a la agricultura. Era hombre de vida austera y sencilla. No fumaba. Prefería el mate y el rapé, alegrando el amargo "con un trago de caña". Odiando el juego por dinero llegó hasta desterrar entre sus peones el uso de la taba. Era buen lector, y discreto aficionado de ajedrez. Como su hermano Adolfo, presentó también batalla a las musas. En Casupá compuso en 1835, su "Epístola a Doricio", publicada más tarde por Magariños Cervantes, en su álbum de poesías uruguayas.

Poco antes, en Minas, la ciudad preferida por Berro, y a la cual debía su compañera, dedicó a Froilán Machado, maestro de escuela en el lugar, una epístola jocosa que comenzaba con esta cuarteta, e ilustra bastante sobre las traviesas costumbres de los minuanos de entonces.

*"Amigos míos, amados,*
*los que en la plaza de Minas,*
*os merendáis las gallinas*
*que abundan en los cercados".*

En 1854 estuvo escondido en su casa del Manga. Se acer-

caban las elecciones para la 7ª Legislatura, cuando Berro constituyó una nueva agrupación política en la Unión, presidida por él, fundando un diario con el nombre del pueblo de Oribe, y que tenía su redacción en el Hotel de París, calle del General Artigas 109. Un periódico colorado, de Montevideo, dada cuenta de las actividades del comité que se reunía por las noches en casa de don Norberto Larravide.

"Los blancos han formado una ínsula en la Unión", decía "La Estrella" en pintoresca crónica, en la que se sustituía agresivamente los nombres de los asistentes por satíricos motes. No se destacaba el alférez de inválidos Regino Méndez, (a) el manco, por exceso de corrección en sus notas. Casi todos doctores los que participaron de la reunión del 23 de octubre en la sede frente al Colegio. Enumeraba Méndez: "Estaban Uña de burro, Rasqueta, Bocoy, Cupido y Mantera". Se trataba de los doctores Antuña, Arrascaeta, Velasco, Lapido, y Montero. A Berro lo nombraba por su nombre, preguntando qué podía esperarse de su *peluca mágica*.

La última de estas reuniones fue la del 20 de noviembre, y Berro leyó en ella su famoso manifiesto escrito la tarde anterior en su chacra del Manga, y en el que aconsejaba la abstención. El coronel don Venancio Flores, único sobreviviente del Triunvirato, consideró revolucionario el volante, y Berro tuvo que huir de Montevideo. Quince días estuvo refugiado en su quinta. Apresuradamente se abrió un sótano en una de las piezas. Hasta él llevaba dos veces en el día los alimentos, una sobrina, doña Amelia Chopitea.

El último episodio digno de destacarse, de la vida de Berro en su chacra, es de 1860. En 29 de febrero un grupo de amigos políticos, encabezado por el coronel Santiago Botana, salió en carruaje hacia la residencia de don Bernardo. Era cerca de mediodía, cuando el grupo descendió junto al portón de hierro de la entrada, Berro estaba en la quinta. Lo encontraron labrando la tierra, utilizando un arado de los que el mismo construía con los gruesos troncos de su heredad. Aceptó el labrador en pocas palabras, lo que el grupo venía a ofrecerle. Era, la Presidencia de la República.

No sabemos qué habrá de verdad en la aspiración que

se atribuyó a Berro, de descansar para siempre bajo el roble de Larrañaga, luego de una última noche pasada entre los muros de su vieja casa del Manga, que tantas veces le ofreció unas horas de soledad.

Se lo impidió la borrasca en que encontró la muerte, borrasca que él mismo desencadenara en la tarde trágica del 19 de febrero. Del estudio de su vida, hemos extraído un saldo que le es favorable. Honrado, de una singularísima probidad, no alcanzó sin embargo, a dejar su nombre entre los de nuestros grandes gobernantes. Sus errores políticos, que los tuvo, en medio de sus aciertos y de su siempre recta intención, lo empujaron poco a poco al estado de espíritu en que lo encontró el final borrascoso de su gobierno, y habría de llevarlo más tarde a su fulminante asalto al Fuerte. Pero cualquiera que sea el juicio que se desprenda del estudio de su actuación pública tan discutida, no es posible dejar de reconocer en don Bernardo Berro, una rara y hermosa figura de hombre y de ciudadano.

## Un Lancero Oriental

Esta otra casa antigua del Manga tiene más aspecto de fortaleza que de hogar. En ella dejamos cuatro horas nuestras, aquel atardecer ya lejano en que una brusca tempestad de viento y granizo nos arrastró hasta su añeja arquitectura de estilo semi bretón, en busca de un refugio.

Estaba vacía entonces, y desde una de las ventanas de la bohardilla contemplamos el espectáculo de la naturaleza enfurecida. Todo un sitio podría sostenerse desde este caserón que no envejece. Se agrupan a su alrededor los árboles gigantescos, en una actitud que parece defensiva, como si los pinos estrecharan filas contra un invasor imaginario. Nunca nos pareció más lúgubre el aullido del viento colándose por entre las casuarinas, para apagarse recién entre las vigas de la techumbre, en medio de relámpagos.

Una repentina curiosidad nos dictó esta pregunta al rústico que nos acompañaba:

—"¿Quién vivió en esta casa, "antes?"

Conoció el campesino a los últimos propietarios, a doña Manuela M. de Aguilar y a don Samuel Horne. Pero como si la palabra *antes* lo hubiera arrastrado hasta el origen, dejó caer este nombre con indiferente y lenta voz:

—"Anacleto Medina".

Nos volvimos bruscamente.

¡Anacleto Medina!...

Como si esas palabras hubieran sido un conjuro, el cuadro de Quinteros empezó a cobrar vida, como acercándose desde la lejanía esfumada, para llegar a colocarse entre los maderos de la alta estancia de nuestro abrigo.

Pensamos entonces que más de una vez, aquel viejo trágico, a pesar de su primitiva mentalidad, pudo sentarse bajo esta misma sombra, en muchas tardecitas de su vida, hosco y silencioso, sobre una cabeza de vaca, o en su silla de ñandubay, ancha y baja, con peludo asiento vacuno, a recordar, en la única compañía del amargo, aquellas jornadas terribles en que su error o su ferocidad mataron un puñado de hombres tan nobles, que parece como que el azar los hubiera elegido para que su anatema fuera más tremendo, y esos fusilados resplandecieran más puramente en la gloria heroica de nuestra historia.

* *

No es totalmente suya la responsabilidad de Quinteros. Sobre su memoria han caído las descargas, los lanzazos, los golpes de cuchillo, bajo los que murieron 152 hombres que fiaron en una capitulación no respetada. Medina no habría hecho otra cosa que cumplir "la orden del Gobierno".

Pero en qué forma! A dos leguas del Durazno se hizo alto en la cumbre de una cuchilla. Son las 7 de la tarde del 2 de febrero del 58. Bajan del caballo a un hombre a quien se ha quitado las espuelas de plata, el sombrero, el cinto con dinero, y el poncho. Ha escondido el reloj, que Basterrica entregará a su esposa. Dirigiéndose al espinillo bajo el cual han de fusilarlo, pasa junto al jefe del ejército gubernista.

El hombre que marcha a la muerte es el general César Díaz, al que no pudo hacer intangible su gloria de Caseros.

Su única queja es una pregunta, pero esa pregunta golpea y mancha:

—"General Medina ¿qué vale ya la palabra de un general oriental?"

Es luego otro hombre bien probado en cien combates, el que es arrastrado al lugar del suplicio y muere con lágrimas, porque su hijo a quien fusilarán en seguida, contempla su martirio y eso le hace vacilar su coraje. Es el general Manuel Freire, al que tampoco pudo hacer intangible su gloria del desembarco.

El coronel Pancho Tajes intentó suicidarse y se disparó dos tiros "para no morir por manos de esos miserables cobardes". Ya moribundo, fue ultimado por el piquete. Llevaba puesto sobre los hombres el poncho de vicuña que trajera Juan Carlos Gómez desde la cordillera. Era el Bayardo oriental, y había merecido este juicio de un hombre como Garibaldi: "El americano más valeroso que he conocido nunca".

Así fue jalonado con sangre —¡y qué sangre!— el camino entre Quinteros y Montevideo. Para perros y cuervos hubo festines en la costa del Tala, en el monte de Santa Lucía, en las barrancas del Canelón Grande y en La Teja.

* *

Medina pretendió respetar la vida de los prisioneros. Los jefes que lo rodeaban no se lo permitieron. Por eso hemos dicho que no es toda suya la responsabilidad del episodio. Es un crimen de dos camarillas.

La de Montevideo rodeó la inteligencia en brumas de Pereyra. La del ejército abusó de la mentalidad de Medina. Esto no lo exime de culpa. Le dictaron la ejecución, no esta frase al general Freire, arrodillado ya, porque quiso morir como cristiano:

—"Yo no conozco a traidores. Capitán Estomba: fusile a estos pícaros".

La responsabilidad para los autores de este crimen, aumenta o disminuye según se crea o no en la capitulación escrita. Se ha pretendido negarla. Pero la hubo. Medina la firmó y la entregó a Díaz. Se la quitó muy pronto, pero cuando

ya el jefe revolucionario había sacado copia del documento. Se ha negado también la existencia de esta copia. Está actualmente en Montevideo. El fac-simil prueba que es de puño y letra del jefe ejecutado. Luce en un ángulo esta leyenda, escrita por el oficial Leonel Alvarez: "Sacado del pantalón de César Díaz, unos minutos después de ser afusilado".

Hubo, sí, capitulación escrita. Por ella el general Anacleto Medina garantía la vida de los que se rindieron porque confiaron en él. No puede, pues, disculparse a Medina. Pero tiene atenuantes. El Gobierno ordenó el martirio, a pesar de la capitulación firmada por su generalísimo. Pero no se eche tampoco toda la responsabilidad sobre el Presidente Pereyra. Inclinado sobre su hombro, urgiéndole la firma en la orden de muerte que se le ha presentado, está don Luis de Herrera. Jefe Político de Montevideo. No rehuyó nunca Herrera su responsabilidad. No la rehuyó tampoco su hijo Juan José, que en carta a don Andrés Lamas, ya publicada, reivindica para su padre el honor de haber ejemplarizado a los revolucionarios.

Tres caminos tuvo Medina ante sí, cuando se le exigió el perjuirio. Pudo renunciar el mando del ejército, para que no cayera sobre él la sangre a derramarse. Nosotros creemos que esa actitud habría provocado un juicio sumarísimo después del cual se hubiera fusilado al general Medina. Pudo matarse. Pudo, por fin cumplir la orden del Gobierno, ejecutando a quienes le habían hecho el honor de confiar en él.

Prefirió tomar el último camino. Conservó la vida al precio de su palabra, tan respetada antes, porque sus antecedentes eran honrosísimos, y perdió lo que más debió haber tratado de conservar, su nombre, su honor de soldado, el derecho a que la posteridad lo conservara como a un elegido.

Después de Quinteros vivió trece años. Nadie puede asegurar que a pesar de su escasa mentalidad, sus últimos años no estuvieron amargados por el recuerdo de la tragedia del Río Negro. Lo mataron en Manantiales, siendo ya muy anciano, y, enardecidos, sus antiguos compañeros de credo político y de luchas por la independencia, ultrajaron su deshecho cadáver. Cuando tomó su lanza para acompañar la revolu-

ción de Aparicio, en la vieja casa del Manga que pudo muy bien haber asistido a algún momento suyo de desesperación o de arrepentimiento, habrá pensado tal vez que ese gesto de armarse para el combate, pudiera significar para él, un aligeramiento o una liberación.

* *

Por los muros sombríos, ha pasado el calor humano.

Viejas casas, que siempre guardan una historia de amor, de muerte y de fantasmas...

## HISTORIA DE UN GRAN SEÑOR

Salieron los tres hombres de la iglesia, y atravesando la plaza ganaron la callecita del Colegio. Repetían invariablemente el paseo en las mañanas y en el atardecer. Uno de los tres se dejaba conducir. Vestía de negro, y la chaqueta, cerrada bajo el mentón, no dejaba ver la corbata oscura. Los otros lo tomaban del brazo llevándolo de la quinta al templo, y una vez cumplido el deber religioso, lo volvían hasta su casa. No podía ocultar uno de los acompañantes el aire militar, aunque vestía de paisano, atildadamente. El otro había actuado bajo las órdenes de San Martín. Coronel Ricardo López Jordán. General Cipriano Miró. Este disponía ya de la paz interior. Aquél, huyendo del espectro de Urquiza, custodiaba en la Restauración, la sombra de Bayañez.

* *

Sabían en la casa que era sagrado el sueño del señor a la vuelta de su paseo. Llegaba siempre como dormido. Nadie lo negara viéndolo en su patio, bajo el árbol enorme, junto a la mancha blanca del aljibe que lucía una fecha en el hierro, exhibiendo frente a la severidad de la losa de Pando, su pompa de azulejos. El corredor se poblaba de roces bajo las tejas descoloridas que acogían murciélagos y pájaros, como el pozo lo hacía con las estrellas y la luna. No le llegaba al viejo ni la canturria de las mujeres de servicios: ellas sabían velarla, para su descanso.

Del tilo que no envejece ni se encorva como el hombre, que ya es solo una sombra en el crepúsculo del día y de la vida, desciende lentamente, como un hechizo, la memoria de



los días bizarros.

Algunos pétalos han caído sobre el chambergo oscuro, que presta al rostro afilado y pálido, un poco del aspecto que debió tener Felipe II, el monarca sombrío que no pudo menos de dar a su palacio desierto, su propia fisonomía de atormentado.

Descienden los recuerdos sobre el hombre del que han huído las horas serenas. La vida lo había colmado, para quitarle luego, poco a poco, los bienes. Cuando llegó al Cardal disponía de un brazado jugoso: juventud, hijos chicos, la entrañable compañera que había entroncado su patricio apellido de Illa y Viamont al que él traía desde San Sebastián para esclarecerlo. Afincó en la aldehuela a principios del éxodo del 43, en que una parte de Montevideo se fue volcando despacio en el pueblo surgido bruscamente junto al cuartel de Oribe. Diez años antes había adquirido en precio mínimo las tierras que Solsona arrancó a la estanzuela que había sido de Alzáibar, y que seguirían incultas y desiertas, hasta necesitar años para salpicar de ranchos ese camino Real que avanzaba viboreando desde las sierras de Maldonado: mesón de Pacheco Medina, pulperías de doña Mauricia, de Soca y de González. En un extremo del caserío, la azotea de los Patiño: en el otro los ombúes de doña Mercedes. Poca gente, y con leyenda. Melones fue un portugués medio ermitaño, que se creyó con derecho a descansar un cuarto de siglo, porque había plantado, de orden de don Juan María Pérez, la costa del bañado, con sauce, mimbre y álamo. Ramón Manso, un patriarca negro, centinela bajo el añoso ombú de la playa de la Mulata.

Empezaba a subdividirse la tierra que había sufrido su primera fractura cien años antes: estanzuela de Alzáibar, y antes de Sebastián Carrasco; ahora, chacras de doña Candelaria, de Xerpes, de Camejo, de Ramírez, y de Pernas.

Sobre ese Cardal de la Estanzuela, ahincará Basañez su feudo.

* *

Ha de necesitarlo Oribe, como a todos los hombres de

energía y de acción, con los cuales levantará ese pueblo en què debió esperar la caída de Montevideo, que tan fácil le pareciera aquel día de Febrero en que desmontando ante el saladero de Fariña, pidió a su dueño una posada de quince días.

Basañez fue uno de los puntales, en la Restauración. No habrá dudado él tampoco, al iniciarse el Sitio, de la cercana victoria. Pero así que corrían los años sin que se la entreviera, debió pensar que el destino le ordenaba quedarse allí para siempre.

Habrá deseado tal vez levantar en el Cardal un pueblo que le recordara los de su costa cantábrica: una gran iglesia de piedra, y a su alrededor grandes casas con tejado y balcón saliente; angosta la calleja, con adoquines; los aleros arrastrando hasta la senda enredaderas y sombras; un vago olor de humedad o de pasto recién recogido, huyendo de los portalones; algún escudo nobiliario sobre un dintel labrado. Un verdadero ensueño vasco. La realidad fue otra. El conjunto de ranchos de adobe tradujo hasta en su falta de alineación el apuro con que fue levantado; no existía la soñada iglesia de piedra; en su lugar oficiaba una capillita en medio de naranjos, y en vez de la población tranquila y soñadora, hervía el campamento con el relámpago rojo de los asaltos.

El coronel Reyes sopló sobre el rancherío unos años después, y la Restauración apareció sobre el Cardal como bajo el ademán de un mago: casitas bajas, agrupadas como por un sentido instintivo de mutua ayuda, y en las cuales no debía respirarse otro aire que el íntimo de los viejos hogares de la patria.

* *

En esa *nueva* Restauración, nacida adulta por un decreto, con casitas blancas y puertas coloradas desparramándose hasta el campo; molinos junto a los trigales; surcos urbanos y gente *antigua*, supo Basañez ser el patriarca que ese pueblo esperaba. Le dejó el juez Farías su sitial el año 49.

Yo adivino la alegría interior de ese buen juez, cuando obligó a Manuel Cachila a pagar a la Florinda, no sólo tres

años de trabajos domésticos no satisfechos, sino también cierta cantidad "para la cría del hijo que el demandado había tenido con ella".

Y cuando desestimó una querella de desalojo y cobro de pesos, "porque tenía orden verbal del Presidente Oribe de proteger de todas maneras la familia de los individuos que estaban en servicio activo".

La ley podía obligarlo, pero él encontraba siempre manera de humanizar sus sentencias. Tuvo la intuición de que podía ser, con las tablas de la ley en la mano, "tan justo como inicuo". Si no fue alguna vez lo primero, nunca cayó del todo en la verdadera iniquidad legal. Domó la ley, siempre que pudo. Así, en el "pleito de la mula muerta", en que si el testimonio decisivo del *pastoriador* no pudo caer en la balanza porque el muchacho tenía doce años, hizo pesar en ella la sangre de la mula de doña Antonia, "*totalmente* ultimada por el chuzazo de Gentil".

Aunque la compasión fue el matiz más definido de su carácter no utilizó jamás dos medidas. El desheredado supo, sin embargo, lo que era la justicia distribuída por ese hombre: una mano, que el pobre necesita, y la ley también, porque a su contacto se humaniza. Y eso pasó en Basañez sin desmedro de la justicia misma. No hizo pesar demasiado la piedad hasta convertir la sentencia piadosa para el pobre en un desequilibrio injusto para el poderoso.

Amigo íntimo del doctor Capdehourat, amparó contra él a su demandado —Petronilo Alonso. Compadre del doctor Azarola intercedió a favor de Mariano Pereyra en peregrino expediente del 51.

Detalle de la cuenta:

"Por el viaje en caballo propio a la estancia de los Burgueño, en el Mosquito, que dista 14 leguas, —cuatro patacones la legua— 56 patacones. Por la operación del labio *lemporino;* 34 patacones. Por permanecer tres días en la estancia, cuidando, sangrando, aplicando sanguijuelas al susodicho; 60 patacones".

Modesto, en realidad el monto total. Pero la guerra ha arruinado las estancias, la época es terrible, y aunque el juez

comprende la justicia de la demanda, intercede ante el doctor Azarola, obteniendo para Pereyra, a quien no ha visto nunca hasta entonces, una quita que aligera el alma del buen juez.

Cuando dejó el juzgado en 1852 debió hacerlo con pena, por no haber podido doblegar siempre la letra de la ley; por haber lastimado alguna vez la apariencia de un derecho, o haber sostenido, obligado, contra el pobre, la pretensión del rico torpe, que disponiendo de "la razón y de la piedad", sólo ejerció la primera, porque la otra le pareció confinar con el despilfarro o con la flaqueza.

## El candombe

La fiesta sería bajo la mancha blanca y rosada de los frutales florecidos. El ébano vivo —congos, mozambiques, molembos— iba a festejar su nueva condición de seres libres, con un candombe en honor del noble amo. Suárez había abolido la esclavitud en 1842. Fue un deseo, más que una realización imposible. Cuatro años después Oribe liberó definitivamente la raza oprimida, pero como el gobierno del Cerrito no disponía de tesoro, el valor de los libertados se declaró deuda de la nación. El Estado la pagaría después de la victoria. Es de creer que en esta forma los amos se desprendieron de sus negros de muy mala gana.

Frente a esa actitud contrastó la de don Tomás Basañez. Renunció por escrito a la indemnización debida, arrastrando tras él a don Pedro Olave, don Joaquín Requena, don Norberto Larravide y don Césareo Villegas y Luna, dueño de muchos negros en su establecimiento de Pando.

Esa fiesta de Setiembre de 1846, en el caserón de la callecita del Colegio, ha llegado intacta hasta nosotros, por la tradición y alguna carta de íntima correspondencia de la época.

Cuando cayó la tarde la fiesta llevaba ya muchas horas. Empezaron a encenderse los farolitos de papel formando guirnaldas, y el golpetear rítmico de los tamboriles marcó el principio del candombe. Ni una guitarra. El negro Orfilio sabía

templarla como ninguno, pero ese día le estuvo vedado. Hasta el último rincón del pueblo llegó el eco de la tambora y de los tamboriles, de la marimba en el porongo, del mazacalle y de los palillos. Música enervante y triste —tiene que serla por ser negra— parece llevar dentro un dolor de siglos.

Los que fueron hasta ese día esclavos de don Tomás, se embriagaron ante el buen amo y el grupo de invitados que los contemplaban desde el patio, bajo la tienda fragante de le copa del tilo, con el rojo carlón y el mareante vino de la libertad inesperada. Brillante era en los oscuros rostros la blanca cimitarra de la risa negroide, cuyo tremendo respeto de esclavo no había limado aún el tiempo.

Lucía doña Juana Illa y Viamont, dueña de casa, su extraordinaria hermosura en medio de la preciosa corona de las hijas, en las que el timbre de la raza —belleza y señorío— estaba, en todas, bien marcado. Junto al hidalgo señor, la enjuta estampa del general Oribe, el placentero rostro de don Carlos Anaya, el sombrío de su pariente Villademoros, la colorada nuca del cura Ereño. Los ministros y personajes de la Restauración animaban el cuadro, marginado por espectadores más humildes, embobados ante el grupo medido y lujoso de los elegidos:

Baile, negro aflicano,
baile el candóm,
pala el ama y las niñas
para el patlón.

La lengua, no domada, rebelde a las erres, de tía Lucía, daba la señal de comienzo de la danza semisalvaje, con agradecida cortesía para los patrones. La grita no se interrumpía un segundo, la bulla crecía siempre, el negro parecía aturdirse, pero al fin de cada canto pasaba un viento helado por el corazón de los que *sabían* oír. El tam-tam traía lágrimas, arrastraba sangre:

-eeé, llumbá,
eeé, llumbá...

La rueda desconocía el descanso; no había una pierna, un brazo inmóvil. Girando las cabezas, los negros multiplicaban el palmoteo. Las ágiles manos de diorita volvían sono-

ros los grandes mates con semillas secas. Los tambores, el rítmico zapatear, la grave alegría de los desterrados, y los saltos acrobáticos, y las reverencias del gramillero, y el vino desbordado a las pipas, hacían subir el fuego nostálgico de los corazones, y pronto los libertos olvidaban medio y espectadores, para revivir el ambiente natal. Había benguelas, minas, y cabindas, pero todos eran, al fin, un solo negro, gemido en el viento, por los que no podrían liberarse nunca.

Las viejas libertas, con sus anchas caderas y los rebocitos rojos agitábanse con la misma agilidad de las muchachas nacidas en el país. Los hombres de motosas cabezas ya con patillas grises, fumaban sus cachimbos, emitiendo de vez en cuando gritos guturales, mientras los jóvenes —verdaderas estatuas de azabache algunos— pitaban en chala, requebrando a las negrillas de amplias polleras de percal y ajustada basquiña que les marcaba los núbiles senos.

Decía doña Mercedes Lasala, con los ojos llenos de lágrimas, moviendo acompasadamente su gran abanico de carey:

—"Qué obra la tuya, Tomás. Darles la libertad y dejarlos a tu servicio con sueldo. Bien deben quererte de rodillas".

Y contestaba el noble señor, grave, pero sonriente:

"Es mi deber humano, bien cumplido, Merceditas".

Y su mirada buscaba con amor el rostro perfecto de su compañera, las juveniles cabezas de los hijos. Era feliz. El cielo lo había colmado. Crecía el alboroto, la jarana, el ruido de los instrumentos selváticos que acompañaban baile y canto. En medio de un silencio impuesto por ño Martín, rey de los escoberos, la voz cristalina de una negra que habiendo ya elegido nuevo oficio iba todos los días a lavar a la playa, se alzó entre reojos de picardía:

*Quien quiela sabé*
*de vidas ajenas,*
*qué vaya al pocito*
*de las lavandelas,*
*que ayí se mulmula*
*de toda manera,*
*de poble, de lica,*
*de viuda y soltela.*

De pronto entró en la rueda de los tamboriles un negro gigantesco. Bajo la máscara de novillo, con cortas guampas, que le cubría el rostro, se adivinaba fácilmente a *Guarumba*. Esbelto y ágil, arqueábase su cuerpo musculoso en mil figuras, mientras la escoba describía filigramas, saltando, de una mano a la otra, con amenaza para tía Maruka, fantasma salido de las aguas del Nyanza para tomar su festivo disfraz en la Restauración. La danza de Guarumba, rítmica y sonora epilepsia, agrandaba los ojos de los que tamborileaban con el alma en la aldea natal, pequeñas chozas con techumbre de paja bajo un sol de fuego. El eco endurecía los gritos alargándolos.

En un descanso surgió entre el grupo de los invitados una morena con el turbante de un pañuelo a cuadros. llevando cuidadosamente un gran vaso de leche recién ordeñada, espumosa y tibia. Acercóse al general Oribe y se la ofreció con gran respeto:

"Lechita de la burra del señó Jefeamo".

Tomólo don Manuel, agradeciendo:

—"No te olvidas, Tomasa. . . ¿Está linda *la mansa*?"

—Como el sol de hoy; mi Dios la gualde".

Todo duerme ya en la muerte y el tiempo. Apenas puede darme su crónica la historia, minuciosa espigadora. Manos pulidas de los señores, manos rudas de los esclavos, humildes instrumentos del candombe, entorchados y sedas, rostros angélicos, caras negras de expresión sumisa, poderío de don Tomás Basañez: todo ha desaparecido, lenta y oscuramente, en un descenso igualitario hacia la sombra.

Sólo queda en una vitrina de los Lasala, el abanico de carey con el retrato del Restaurador de las Leyes, de óvalo firme entre el calado varillaje, que un día de Setiembre de 1846, supo lucir en la fiesta de la liberación, doña Mercedes la hermosa, en medio del encanto de todas las damas, muy entendidas en ricas y auténticas elegancias. . .

* *

Esto no es una biografía; aspira a ser un aguafuerte del señor del Cardal. Fue uno de los fundadores del pueblo, con

virtudes que justifican se le recuerde en la nomenclatura, aunque su nombre esté perdido en una de las callecitas que bordean el cementerio. Una fecha dobló su destino: la del año en que murió su compañera. Hasta entonces había sido asombrosa su actividad. No hubo progreso local que no se iniciara con él. Subdividió su feudo, y en los solares que fueron suyos edificóse la zona urbana del poblado. Regaló al gobierno del Cerrito tres manzanas centrales para colegio, iglesia y plaza. Estuvo junto a Larravide en la construcción del ruedo español; a Fuentes, el consuegro, en la del camino que hizo correr los ómnibus; a Don Lorenzo Cardona en el molino de los fondos del templo. Salieron del horno suyo los enormes ladrillos con que se levantó la Unión, y de su quinta de la Grasería el aceite de potro y las velas con que se alumbró tanto tiempo la población naciente. La piedra para las calles del Cardal, desde el 66 se la arrancó Diego Martínez a la cantera de Basañez. No alcanzó a ver, cruzando la Villa, el penacho de humo blanco del Ferrocarril a Pando, pero sus esfuerzos a favor de esa mejora fueron infatigables.

No fue sin embargo esa actividad la que atrajo nuestra atención hacia esta figura.

Basañez fue un hombre como muchos, apasionado y virtuoso. Conoció el amor y la ambición; llegó un momento en que vió extinguirse el primero, y otro, penoso también, de ver satisfecha la segunda, sin sentir alegría. Sus últimos años son los que nos ataron a su recuerdo. Había pasado los 65 y se sostenía erguido, tersa la faz, apenas con algún poco de gris en las sienes. Ambición satisfecha, hermosa familia crecida en la opulencia y en la ternura hogareña. Era joven. Se *sentía* joven, esperanzado todavía. Libre ya de las turbulencias pasionales, su dicha era reposada.

El hombre avanza en la vida tan lentamente, que sólo los que dejan de verlo largo tiempo se dan cuenta del cambio. Basañez parecía estancado en una edad indefinida, pero lejos de la vejez.

De pronto, en una semana, fue capaz la neumonia de arrebatarle la compañera. —1862— En esa semana desapareció de golpe la ficticia juventud de ese hombre. Ocho días

son suficientes "para apagar una mirada", para que una espalda se encorve. El viejo estaba dormido en ese *joven*, y no se necesitó una enfermedad para despertarlo, bastando sólo con una desgracia.

Alguien ha lamentado no haber escrito la fábula del árbol que quiso guardar sus hojas. Le fue fácil en el estío, pero cumplido el plazo inflexible en que debían caer, entonces, a pesar de sus esfuerzos por conservarlas, huyeron en remolino, y el árbol pudo ver en el arroyo su oscuro esqueleto, idéntico al de los otros a los cuales hubiera deseado no asemejarse nunca.

Basta una sola tormenta para desnudar un tronco, para envejercer un alma. Ese año fue aquel en que Basañez se convirtió en cartujo.

Salía tan sólo para llegar hasta el templo, en cuyo altar, propio, hincaba la rodilla, aflojando el alma. Todas las hijas habían pasado bajo esa bóveda de San Agustín, para salir después, radiantes, bendecida la boda suntuosa. Del fresco ramillete, Butler había escogido a Valentina, Verde a Juana, Pochet a Rosa, Beherens a Carolina.

Sufrió el padre los sucesivos desgarramientos, amortiguándolos con un pedido tierno: que se fueran al nido nuevo, pero siempre que se anunciara un heredero, debía regresar la pareja al caserón antiguo.

Y los nietos fueron llegando al mundo en el lecho amplio de la abuela patricia, en la pieza cuyo ventanal se abría bajo la sombra veraniega de los parrales, oficiando en el trance la única comadrona del pueblo; el mismo fuego en la chimenea, siempre intacto el artesonado de duras vigas.

Ahora está solo Basañez, definitivamente solo. No conseguían los íntimos cambiar su habitual actitud: reconcentrado y silencioso, parecía no conservar fuerzas ya ni para sufrir.

Hubo un momento en que pudo creerse en una reacción del ánimo. Pareció interesarse por los triunfos del hijo. Distinguido abogado, agente fiscal, representante del partido blanco en la Cámara baja, Adolfo Basañez escalaba rápidamente posiciones. La herida del viejo parecía sangrar menos.

Siempre gusta ver a los de nuestra sangre recorriendo el camino al que no volveremos más. Pero durante la revo-

lución de Aparicio, el doctor Basañez, comandante del ejército revolucionario, fue enterrado con honores al otro día de una refriega en las Tres Cruces.

Se encorvó más todavía, el cartujo.

Le quedaba ahora, único báculo, el hijo de su nombre de pila.

Pero Tomás se fue también, envuelto en nieblas el espíritu. Le restó al abuelo la infancia de Ecilda, al abuelo que ya tenía los cachorros de Adolfo. Así llega el verano de 1873. Los lazos que pueden atarlo a la vida, no se mantienen a su lado todos los momentos.

Los pequeñuelos, aun los huérfanos, más sagrados, no bastan. El triste abuelo no está dispuesto a jugar con ellos, a descender hasta su edad, a contarles cuentos, siempre los mismos, a escuchar de sus labios incontaminados las deliciosas confesiones. Ahora sí, conoce la indiferencia del alma. Ahora sí, el antes altivo terrateniente que pudo disponer de su feudo para regalarlo al gobierno de su partido, es el *viejo Basañez*. En la laguna de la quinta contempla ahora el tronco desnudo de sus días. Se le han desprendido muchas hojas: Juana, la compañera perfecta; Adolfo, el que debió esclarecer el respetado nombre vasco; Tomás, escapado por la puerta de la locura. Ha puesto todo su afecto en esas sombras y ya no teme a la muerte.

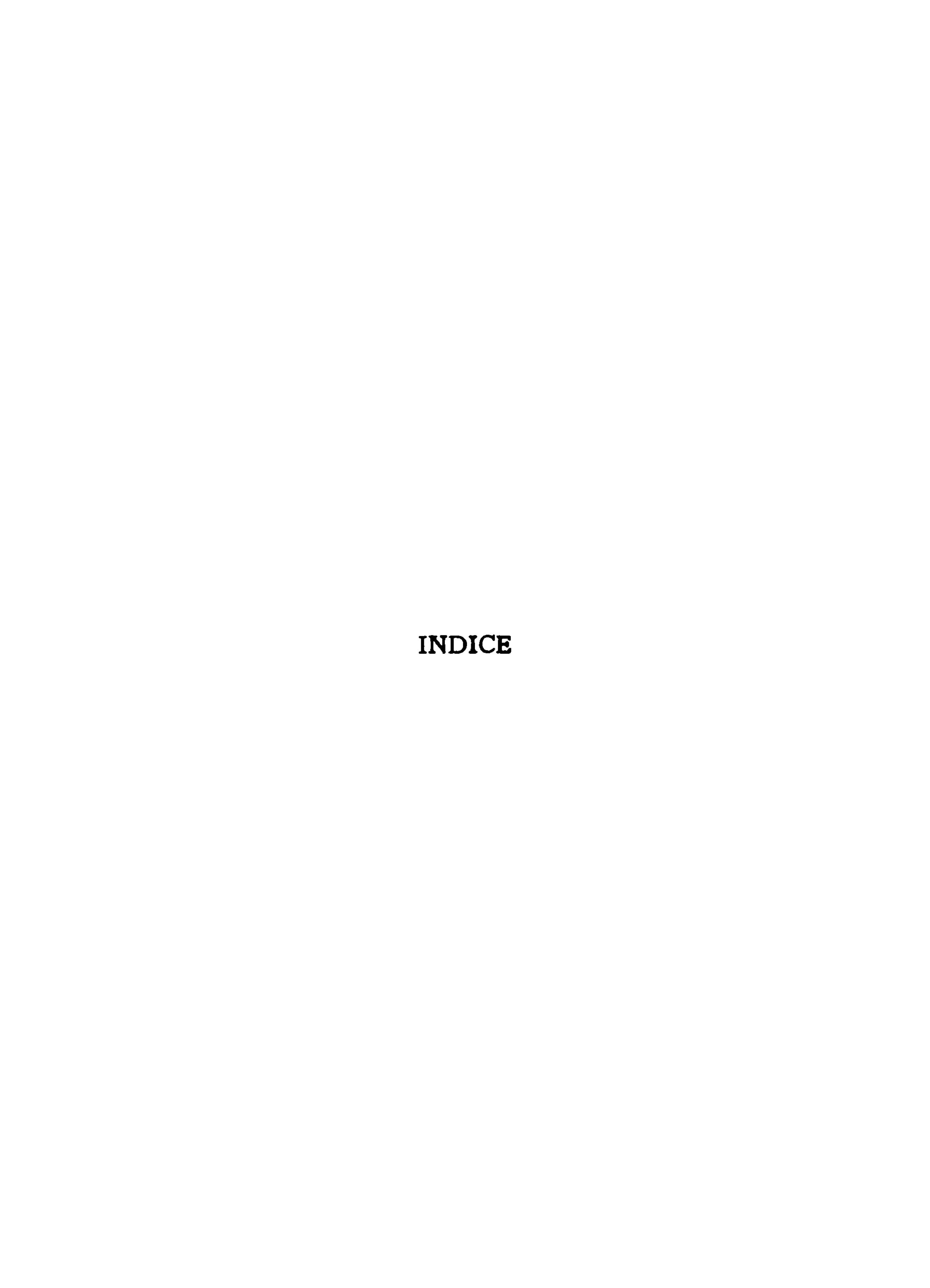
Cuando sueña bajo el tilo, dialoga con esos queridos fantasmas.

Lo rodea la antigua atmósfera familiar. Su casa no ha cambiado; en tantos años nunca dejó esa enredadera de tirar un ramo por encima del muro; a esta hora del atardecer tía Maruka encendía los candelabros antes de asombrarse con la novedad de la lámpara.

Ni el padre Gadea, ni el doctor Capdehourat consiguen arrancarlo a sus pensamientos. Por esa puerta se ha colado tantas veces el frío, tantas veces el viento... Por ella llegó el Amor hasta su casa dichosa. Por ella ha de venir el sueño...

* *

Tiembla el corazón del hombre que no está seguro de haber sabido vivir... porque ha sobrevivido.



# INDICE

*INDICE*

Este libro se terminó de imprimir
el 20 de junio de 1960,
en los talleres gráficos de la
Editorial Albatros
Timoteo Aparicio 3914
Unión - Montevideo